

**LAS PRIMERAS EDADES DEL METAL
EN EL
SUDESTE DE ESPAÑA**

ENRIQUE Y LUIS SIRET

Murcia
2006



ARQ

Museo Arqueológico de Murcia



Región de Murcia
Consejería de Educación y Cultura
Dirección General de Cultura

cultura



FUNDACIÓN CAJAMURCIA

LAS PRIMERAS EDADES DEL METAL EN EL SUDESTE DE ESPAÑA. TEXTO
ENRIQUE Y LUIS SIRET

Edición facsimilar

(c) de esta edición:

Dirección General de Cultura
Museo Arqueológico de Murcia
Avda. Alfonso X el Sabio, 7
30008 Murcia
Tlf.: 968 234 602

Original cedido para su reproducción:
Excmo. Ayuntamiento de Murcia
Archivo Municipal de Murcia

Edición científica:
Pascual Martínez Ortiz
Francisco José Navarro Suárez

Depósito legal: MU-584-2006

Gestión editorial:
Ligia Comunicación y Tecnología, S.L.
Tlf.: 868 940 433 Fax: 868 940 429
director@tabulariumlibros.com

COMUNIDAD AUTÓNOMA DE LA REGIÓN DE MURCIA

Presidente

Ramón Luis Valcárcel Siso

Consejero de Educación y Cultura

Juan Ramón Medina Precioso

Secretario General de la Consejería

José Vicente Albaladejo Andreu

Director General de Cultura

José Miguel Noguera Celdrán

FUNDACIÓN CAJAMURCIA

Presidente

Juan Roca Guillamón

Vicepresidente

Carlos Egea Krauel

Director

José Moreno Espinosa

Dentro de las competencias de la Consejería de Educación y Cultura en materia de patrimonio histórico se encuentra la recuperación y puesta en valor de la historia de la investigación en Murcia, a través de personajes ilustres cuyo genio y trayectoria intelectual situaron a nuestra región, en particular, y a España, en general, en el punto de mira de la comunidad científica europea.

Desde la Consejería de Educación y Cultura queremos expresar nuestra satisfacción y orgullo por la reedición facsimilar de *Las primeras edades del metal en el sudeste de España*, probablemente la obra más importante y emblemática de Luis Siret, considerado “padre” de la arqueología prehistórica del sureste español, que publicaría junto a su hermano Enrique en 1887, siendo posteriormente objeto de una reedición en castellano en 1890.

Ingenieros de minas, con una amplia formación humanística, llegaron a España para dirigir la explotación de los yacimientos de galena argentífera en la Compañía de Minas de Sierra Almagrera, período en el que entraron en contacto con la realidad arqueológica concentrada en la estrecha franja costera entre Murcia y Almería. Yacimientos tan importantes como Los Millares, Fuente Álamo, El Argar o Villaricos son sólo algunas de las empresas iniciadas por los Siret, que asentaron a través de su conocimiento las bases de la arqueología prehistórica del sureste.

Las primeras edades del metal en el sudeste de España significó una auténtica revolución dentro del ámbito científico de la época por su rigurosidad analítica y la extraordinaria documentación gráfica aportada, dejando constancia de la primera secuencia cronológica del poblamiento prehistórico comprendida entre el Paleolítico y la Edad del Bronce, y abordando temas tan importantes como la aparición de la metalurgia en el sureste o el origen de la cultura del Argar.

Obra precursora y notabilísima, fue galardonada con el Premio Martorel y la medalla de oro de la Exposición Universal de Toulouse en 1887 y de Barcelona en 1888, fijando el sureste de la Península en el mapa de la arqueología europea de finales del siglo XIX; en la actualidad, la reedición de esta gran obra constituye un homenaje a la labor científica desarrollada por los Siret y un modelo a seguir en la recuperación de nuestro patrimonio arqueológico, que ha situado este magnífico tratado en el plano de la divulgación para que todos los ciudadanos podamos disfrutar de su posesión y lectura.

Juan Ramón Medina Precioso
Consejero de Educación y Cultura
Región de Murcia

En el último cuarto del siglo XIX el conocimiento de la Prehistoria de la Península Ibérica experimentó un avance extraordinario gracias a las investigaciones llevadas a cabo por dos ingenieros belgas, Enrique y Luis Siret, que compaginaron su labor en los distritos mineros de Murcia y de Almería con el estudio de importantes yacimientos arqueológicos, sobre todo de la Edad del Bronce, en los territorios del sureste peninsular.

En apenas seis años los hermanos Siret localizaron y excavaron numerosos asentamientos prehistóricos en la franja costera comprendida entre Cartagena y la desembocadura del río Almanzora, y los resultados de sus iniciales trabajos fueron recogidos por ellos en una monumental obra que vio la luz, primero, en Amberes, y luego, en 1890, en Barcelona: *Las primeras edades del metal en el sudeste de España*. El libro obtuvo, desde el momento mismo de su publicación, importantes galardones como el prestigioso Premio instituido por don Francisco Martorell y Peña, o medallas de oro en las Exposiciones Universales celebradas en Tolosa y en la Ciudad Condal.

En los ambientes científicos de la época sorprendió sobremanera la existencia de una civilización, desconocida hasta ese momento en Europa Occidental, que, con desarrollo a lo largo del segundo milenio antes de Cristo, había descubierto el beneficio de metales como el cobre y la plata, y enterraba a los difuntos, rodeados de ajuares funerarios, bajo el suelo de sus propias viviendas. El yacimiento de El Argar, donde los Siret excavaron casi un millar de tumbas, dio nombre, en la literatura arqueológica, a una cultura sobre la que aún se ciernen numerosos interrogantes, pero que, por mor del trabajo, pionero y metódico, de estos ingenieros de minas y de otros destacados investigadores, ocupa un lugar de privilegio en la secuencia cultural que documenta la presencia del hombre en las tierras del sureste, sus avances tecnológicos en el ámbito de la metalurgia y su mundo simbólico, espiritual, durante los últimos cuatro mil años.

Para la Fundación Cajamurcia es motivo de gran satisfacción colaborar con la Consejería de Educación y Cultura para que este libro de los hermanos Siret pueda estar a disposición, por medio de esta cuidada edición facsimilar, de aquellos que se interesan por el remoto pasado, por las raíces prehistóricas de nuestra Comunidad y de las regiones vecinas. Esperamos y deseamos, finalmente, que esta obra, con su interesante texto y sus bellos dibujos tomados del natural, continúe gozando de la atención que merece una de las aportaciones más sobresalientes para el estudio de los orígenes de la civilización en la Península Ibérica.

Carlos Egea Krauel

Director General de la Caja de Ahorros de Murcia
y Vicepresidente de su Fundación

EDICIÓN FACSIMILAR

TEXTO

TIPOGRAFÍA DE HENRICH Y C.^a EN COMANDITA, SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y C.^a
Pasaje de Escudillers, número 1 — Barcelona.

LAS PRIMERAS EDADES DEL METAL

EN EL

SUDESTE DE ESPAÑA

ENRIQUE Y LUIS SIRET, INGENIEROS

LAS PRIMERAS EDADES DEL METAL

EN EL

SUDESTE DE ESPAÑA

RESULTADOS OBTENIDOS EN LAS EXCAVACIONES

HECHAS POR LOS AUTORES DESDE 1881 Á 1887

Texto en 4.º con numerosos dibujos,
seguido de un ESTUDIO ETNOLÓGICO por el DR. VÍCTOR JACQUES, secretario
de la Sociedad de Antropología de Bruselas

ALBUM EN FÓLEO, CONTENIENDO UN MAPA Y SETENTA LÁMINAS ACOMPAÑADAS DE SU EXPLICACIÓN

PREFACIO DE P. J. VAN BENEDEN

VERSIÓN CASTELLANA DE SILVINO THÓS Y CODINA

INGENIERO JEFE DE MINAS

TEXTO



Obra premiada en el Concurso MARTORELL de Barcelona (premio de 20,000 pesetas)
y galardonada con medalla de oro en las Exposiciones Universales de Tolosa (1887) y de Barcelona (1888)

BARCELONA, 1890

PREFACIO

Los más antiguos autores que de España se han ocupado ponderan sus riquezas y la cultura intelectual de sus habitantes, y aun cuando esas narraciones puedan considerarse algo exageradas, es indudable que ofrece un interés muy especial el estudio de los orígenes de la civilización en ese gran país.

La importancia de la cuestión, desde el punto de vista de sus relaciones con la Historia y de la solución de los problemas arqueológicos que interesan á los demás países de Europa, es primordial, y venía contrastando singularmente con la rareza de los documentos prehistóricos recogidos en la Península.

Hoy día la situación ha cambiado de tal modo que, después de anunciados los descubrimientos que en este libro se relatan, el ilustre arqueólogo inglés M. J. Evans ha podido decir en el reciente Congreso de Manchester, promovido por la Asociación Británica: «nos hallábamos hasta ahora en la ignorancia relativamente á los tiempos primitivos de España; pero, en la actualidad, parece que ese país ha de ser el destinado á dar luz sobre las grandes cuestiones de la edad del bronce en Europa».

Es, en efecto, la vez primera que en él se han ejecutado importantes y metódicas investigaciones, de las que se han obtenido resultados inesperados. No son únicamente restos de la industria de alguna familia ó tribu aislada los que han sido puestos á la luz del día: es todo un pueblo que aparece en una extensa comarca. Paso á paso pueden seguirse sus progresos y estudiar su vida y sus costumbres hasta en sus menores detalles.

Vésele ante todo construyendo groseras chozas, pidiendo á las piedras y á los huesos sus armas y sus utensilios, sirviéndose para su adorno de conchas como joyas y enterrando sus muertos con los objetos que les pertenecieron. Más tarde, algunos extranjeros llegados á sus costas les traen adornos de bronce y enseñan á los habitantes á extraer el cobre de los minerales del país y á incinerar los cuerpos de los difuntos. Mejóranse al mismo tiempo las viviendas y se extiende el cultivo de los cereales; pero el metal es todavía artículo de lujo, pues que la mayor parte de los instrumentos y de las armas son de piedra y de hueso.

Hacia el fin de este período tiene lugar el descubrimiento y aprovechamiento de la plata, metal que los indígenas recogen al estado nativo en la superficie del suelo ó á corta profundidad. Este hecho capital produce una modificación profunda en las costumbres. Desde aquel momento, esas costas ofrecen nuevo atractivo para los codiciosos navegantes, á quienes hay que oponer una vigorosa resistencia; constrúyense los caseríos en la cima de los peñascos escarpados y defiéndense los puntos más accesibles con gruesos muros de piedra y tierra. Las habitaciones se cierran con muros más delgados y se cubren con techos formados con vigas, cañas y tierra. En la confección de las armas y de los útiles el uso del metal se generaliza, pero el cobre abunda mucho más que el bronce. Estos objetos, bien que perfeccionándose, permanecen, no obstante, en un estado más primitivo del que estamos habituados á ver en los que en otros países se encuentran en la edad del bronce; lo contrario tiene lugar en las obras de alfar, que ofrecen una gran variedad de formas, una elegancia y un acabamiento verdaderamente maravillosos.

El desarrollo que se observa parece más bien debido á una evolu-

ción local que á una influencia extraña, sin que pueda, sin embargo, negarse esta influencia; las relaciones con los comerciantes extranjeros debían ser muy poco frecuentes; ese pueblo creía ser libre é independiente y estaba constantemente á la defensiva.

La ausencia del hierro, de monedas y de inscripciones, la forma constante y primitiva de los *celts* planos y de las hojas de bronce y de cobre, prueban de sobras la antigüedad de esa población. El respeto que profesaba á sus difuntos da la medida de su grado de civilización; así, á fin de substraer á la profanación del enemigo los despojos de aquellos que dejaron de existir, depositábalos en el suelo de sus propias viviendas. Ordinariamente el ataúd consistía en una gran jarra de tierra cocida, donde se colocaba el cuerpo encogido, tapando aquélla con una losa; y más rara vez practicábase el enterramiento en un hoyo ó en una sepultura formada con losas, por lo común, de pequeñas dimensiones. Cerca del muerto colocábanse armas, útiles, alimentos, vasijas de barro; adornábasele con joyas en cuya confección era muy empleada la plata y cuyas formas, por lo demás, eran de lo más sencillo. Centenares de sepulturas, registradas con el mayor cuidado, han proporcionado así verdaderos tesoros. Las precauciones con que la inhumación fué practicada han preservado un centenar de cráneos y numerosas osamentas. Ninguna duda puede quedar, pues, sobre los caracteres físicos de esa raza.

Los dibujos que acompañan á este libro son de una fidelidad de forma y de esencia que pocas veces se encuentra en obras de este género, pudiendo compararse á las bellas láminas de A. P. Madsen. Su perfección es tal, que los objetos representados hallan en ellos su verdadera luz y, por lo tanto, su historia. Es bien raro que la ciencia encuentre una interpretación gráfica de tamaño valor.

P. J. VÁN BENEDEN.

INTRODUCCION

EL espacio que ha sido objeto de nuestras exploraciones abarca una longitud de setenta y cinco kilómetros próximamente, entre Cartagena y Almería. En nuestro mapa general (V. lám. XVIII del texto) puede verse la posición de esta región en España, y en nuestro mapa detallado (V. Álbum) la situación respectiva de todas las localidades registradas.

Empezamos este estudio por la descripción de los hallazgos realizados en las diferentes estaciones, que distinguimos en tres grupos: el primero, neolítico; el segundo que, á la vez que la introducción del bronce, señala los primeros ensayos metalúrgicos de un pueblo que no contaba todavía más que con utensilios neolíticos; y el tercero que deja ver el empleo del cobre y del bronce, simultáneamente con el del pedernal, el uso muy extendido ya de la plata, y una civilización de muy singular fisonomía, notablemente adelantada para lo que corresponde á esas épocas anteriores al conocimiento del hierro.

En un segundo libro estudiamos ante todo las cuestiones que se refieren á los diversos metales encontrados en nuestros trabajos, y aprovechamos con gusto esta ocasión para atestiguar á nuestro amigo M. Paul Claes nuestra gratitud por el señalado servicio que nos ha prestado con las numerosas

análisis químicas que en nuestro obsequio ha practicado. Hacemos en seguida algunas consideraciones etnográficas, pareciéndonos á este propósito que no ha sonado aún la hora de las conclusiones.

Quedamos profundamente reconocidos también al Dr. Jacques, secretario de la Sociedad Antropológica de Bruselas, que ha tenido la amabilidad de consagrar á los cráneos por nosotros recogidos un importante y concienzudo trabajo.

Nuestro ilustre y venerado maestro M. P. J. Van Beneden, después de haberse dignado hacer mención de nuestros trabajos en la Real Academia de Bélgica, junto con el eminente archivero de la ciudad de Bruselas M. Wauters, ha querido darnos una nueva prueba de sus simpatías, colocando á la cabeza de este volumen algunas consideraciones generales. Ningún estímulo mayor para nosotros que este valioso patronazgo, por el cual hacemos presente aquí á M. Van Beneden la expresión de nuestro más vivo reconocimiento.

Séanos permitido, por último, rendir un tributo de respetuoso recuerdo al noble catalán don Francisco Martorell y Peña, á cuyo ferviente civismo y amor á la Ciencia debe su vida una institución destinada á devolver á España su importancia en la historia de las antiguas civilizaciones. Á su memoria ofrecemos este libro; sobre su tumba lo depositamos.

Noviembre de 1887.

LIBRO PRIMERO

PRIMERA PARTE.

EDAD NEOLÍTICA

CAPÍTULO I

EL GÁRCEL.

EL espacio comprendido entre el Mediterráneo y las sierras Almagrera, de Almagro, de la Ballabona, de Bédar y Cabrera, en la provincia de Almería, forma una comarca privilegiada bajo todos aspectos. En ella han encontrado los mineros, lo mismo hoy que antiguamente, riquezas inmensas. Sidón y Tiro, Cartago y Roma, sacaron acaso de esas minas más provecho que los modernos: hipótesis que autorizan los gigantescos restos de antiguas explotaciones. Posible es que la plata nativa encontrada estos últimos años en Herrerías no represente otra cosa más que los pobres y olvidados residuos de un yacimiento mucho más considerable utilizado por los antiguos.

El geólogo comprueba en esta región extraños fenómenos, convulsiones naturales sorprendentes, erupciones plutónicas de época y naturaleza bien distintas, una red de filones de galena argentífera de primera importancia, una serie interesante de terrenos sedimentarios y la influencia sobre ellos de las erupciones volcánicas.

Vemos en ella un golfo terciario, en el que han venido á parar los animales marinos y los moluscos más diversos, con una abundancia verdaderamente extraordinaria.

Vertebrados de colosales dimensiones han quedado sepultados en las margas pliocenas de Cuevas; y á cada momento se ofrecen á la vista del paseante lechos horizontales conteniendo grandes osamentas, que se extienden en el seno de las margas sobre longitudes considerables.

No menos notable es la diversidad de las rocas, observándose entre ellas la serie casi completa de los minerales de cobre, de plomo y de plata, hasta los metales al estado nativo; compuestos de hierro en masas enormes; oro, cinabrio, mármol, yesos y calizas, azufre, óxidos de manganeso y silicatos numerosos, entre los que citaremos la lazulita.

Desde el punto de vista agrícola, las llanuras de aluvión del río Almanzora poseen un suelo de una fertilidad asombrosa.

Ya se verá, por otra parte, los tesoros arqueológicos que esta comarca encierra.

La configuración general del país, apreciada desde un punto elevado, interesa más que seduce. Aquellos inmensos horizontes son tristes.

Los efectos de luz son incomparables.

Nada más quebrado, más hendido, más denudado que aquellas sierras.

El verdor de los valles semeja como una alfombra de tupida yerba y las higueras parecen simples malezas. Las montañas no son sino aristas escuetas, fallas, cimas parecidas á conos de erupción, gargantas sombrías, flancos estratificados y, á lo mejor, súbitamente desgarrados.

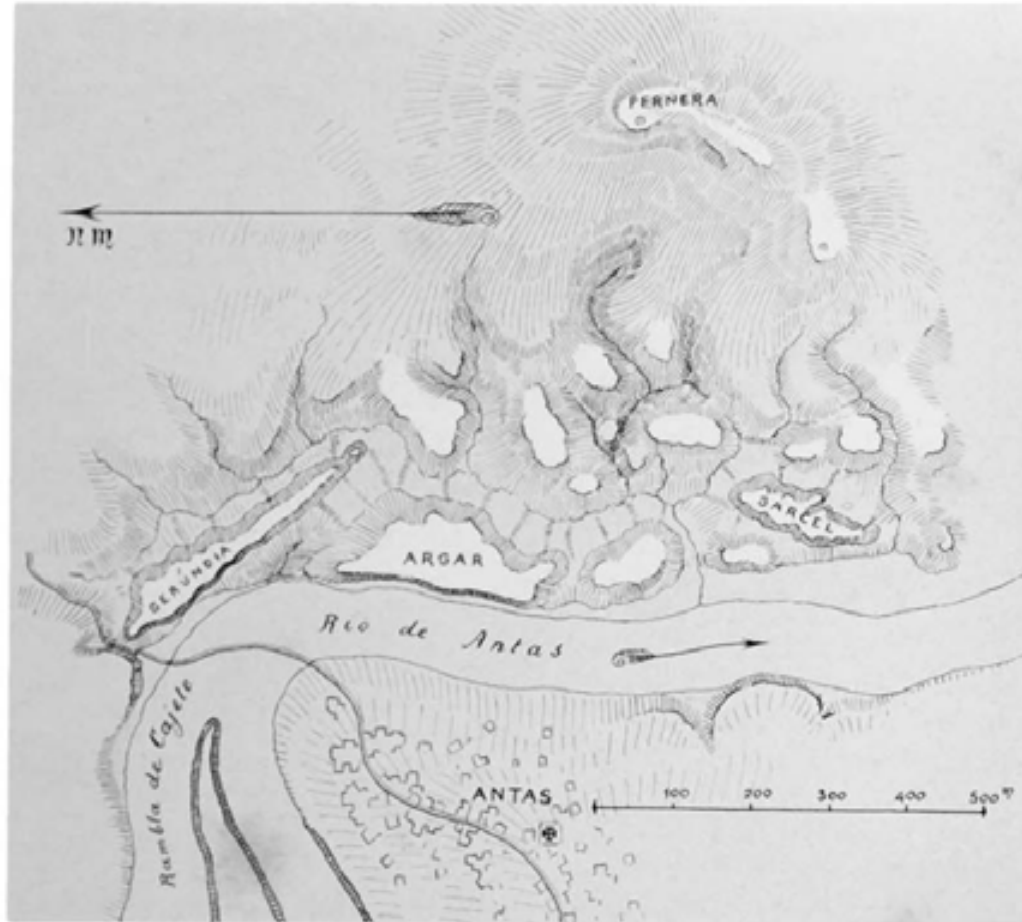
Cuando se descende, marchando por las orillas de los torrentes, ¹ se encuentran sitios pintorescos en que la fertilidad del suelo se acusa por soberbias cosechas. Un clima encantador favorece además la vegetación, mas la falta de agua se deja sentir á veces cruelmente.

Las montañas están enteramente despobladas de bosque.

Semejante estado de cosas no data de mucho tiempo, pues que las maderas empleadas en la construcción de algunos edificios de Cuevas provienen de los pinos del Almagro, donde no se encuentran actualmente más que unos pocos brezos. Toda la región montañosa, que constituye la mayor parte de la

¹ Entenderemos siempre por torrente el cauce por donde corre agua después de una fuerte lluvia; el equivalente español es río ó rambla, y en el Sudeste de España, los ríos y las ramblas están habitualmente en seco, sirviendo entonces de caminos. (Nota de los autores.)

En mi concepto, la palabra río sólo conviene, y así se deduce también del *Diccionario de la Academia*, á una corriente de aguas continua. (Nota del traductor.)



PLANO DE LOS CASERIOS PREHISTÓRICOS

del Gárcel (v. página 6), de la Gerundia (v. página 11),
del Argar (v. página 139) y de la Pernerá (v. página 43).

comarca de que hablamos, estaría probablemente más poblada de árboles en otro tiempo.

Su régimen hidrográfico debía ser diferente; los manantiales serían más numerosos y más abundantes. El retorno á un estado de cosas por el estilo convertiría á este país en un verdadero edén.

Aquellas gargantas áridas y silenciosas se animarían, aquellos horizontes desnudos cobrarían nueva vida.

Veríase á los árboles de los climas templados elevarse al lado de los vegetales del Mediodía; un mundo enteramente nuevo poblaría aquellas laderas, hoy día estériles y solitarias.

¿Es de admirar, pues, que hayamos encontrado á esta comarca habitada por pueblos primitivos, anteriores á toda historia?

Como sus modernos moradores, cultivaban aquéllos una tierra fértil; los productos minerales los habían atraído, y de ellos se servían para transformarlos en armas, útiles y objetos de adorno.

Al pie de las montañas, compuestas de terrenos muy antiguos, extiéndense las llanuras formadas por depósitos terciarios.

Sobre estos depósitos vense aluviones cuaternarios, aglutinados á veces en forma de conglomerado por una pasta silíceo-calífera.

En fin, por encima de estos aluviones y estas pudingas aparecen algunos limos calcáreos y unas costras calíferas irregulares, blanquecinas, que sirven ya como piedra de construcción, ya para fabricar cal, y han sido formadas por aguas incrustantes. Estas llanuras preséntanse profundamente surcadas por numerosos torrentes.

El manchón cuaternario, sometido á la acción denudatriz, ofrécese por doquiera desgarrado y poniendo de manifiesto la sobreposición de los aluviones y los conglomerados á las margas y á las arcillas micáceas pliocenas.

Éstas han sido de tal modo corroídas por las aguas, que á menudo las pudingas recientes han quedado faltas de apoyo, por la desaparición de los depósitos terciarios menos resistentes, formándose así cavidades naturales, frecuentemente utilizadas hoy día para albergar rebaños durante la noche, y muchas veces, en las épocas prehistóricas, para vivienda del hombre.

Á veces también la parte de roca, colocada de esta suerte en falso, se ha

roto bajo el esfuerzo de su propio peso, y enormes trozos de ella han rodado hasta el pie de los escarpes.

Las corrientes de agua que discurren por este golfo terciario tienen su origen en las montañas entre las cuales su lecho está encerrado, y desembocan en la llanura, en la que ellas mismas se han abierto, por lo general, más ancho camino. En los terrenos flojos, sus orillas presentan taludes casi verticales, sosteniendo pequeñas mesetas, que muy pronto fueron habitadas. Empezaremos por el estudio de una de ellas.

El Gárcel es una de esas numerosas colinas terciarias que se destacan sobre la orilla derecha del río de Antas, merced á un verdadero tejido de pequeños barrancos que descienden de las alturas de la Pernerá. El examen de la lámina 22 puede dar cuenta de esta disposición.

La cúspide está constituida por una superficie horizontal, treinta metros más alta que el torrente, alargada, de contornos irregulares y de bordes verticales por la parte del Río é inclinados unos veinticinco grados del lado opuesto.

Los vestigios prehistóricos yacen á poca profundidad, y la mayor parte hasta en la misma superficie. No queda la más pequeña señal de construcciones de ninguna especie, sino tan sólo alguna tierra carbonosa. En los años lluviosos, el terreno es objeto de cultivo.

Entre los objetos encontrados, los hay que son de todo punto idénticos á los productos neolíticos ordinarios, mientras que otros se distinguen de ellos de un modo muy marcado; sin prejuzgar las consecuencias que de esta distinción puedan deducirse, los describiremos todos separadamente, empezando por los últimos.

ÚTILES DE PEDERNAL.—Su carácter principal es su extrema pequeñez: podrían tomarse á veces como una especie de ripio, procedente del retoque de otras piedras, si no se observaran en ellos fácilmente las formas intencionales de los útiles prehistóricos, producidas por finos retoques. El pedernal es variado, dominando el opaco de color gris.

Núcleos. Dibujamos tres de ellos (Fig. 1, lám. 1): no ofrecen nada de especial más que sus dimensiones siempre reducidas.

Hojas. La misma observación: representamos en la figura 4 (Lám. 1) los objetos de pedernal de mayor tamaño que este sitio nos ha proporcionado.

Entre estas hojas las hay que podrían pasar por simple ripio, como el número 5; pero en este ejemplar notamos un hecho curioso que demuestra su carácter de útil. El pedernal, en su fractura, presentaba como unas abolladuras, á causa de su falta de homogeneidad; y estas protuberancias que existían en la parte superior del filo á la derecha, han sido quitadas cuidadosamente, á frotación, para seguir formando el filo de la hoja en este punto.

Hojas retocadas. Las de la figura 7 parece que representan hojas de sierras. Las siguientes muestran una serie de retoques de una finura extraordinaria, cuya razón de ser no siempre puede comprenderse con certeza.

Varias de estas hojas servían para cortar ó aserrar, puesto que esta operación ha dejado señales en algunas de ellas: el filo empleado ha adquirido cierto pulimento, cierto lustre, á fuerza de servir. (Figs. 10, 12, 15, lám. 1.)

Raspadores. Las figuras 23 y 26 representan unos raspadores: el primero reproduce, en dimensiones excepcionalmente pequeñas, el tipo completo del verdadero raspador; los demás son menos característicos, pero pertenecen á la misma clase de instrumentos.

Raedores. Son muy abundantes. Los más notables entre ellos son los raedores dobles y cuádruples, cuyo examen nos quita toda duda sobre el verdadero destino de estos objetos. Presentan uno ó dos cortes rebajados; pero en lugar de estar rebajados uniformemente del lado posterior ó anterior sobre toda su longitud, lo están mitad de un lado y mitad de otro. Estos retoques se hallan dispuestos de manera que, cogiendo el útil con la mano derecha, la parte que queda libre presta su oficio de raedor, cualquiera que sea el lado por el cual se le tenga cogido. En el dibujo se los ve siempre hacia abajo á la izquierda y hacia arriba á la derecha. (V. figs. 16, 17, 19, 21, 30.) Esta observación nos prueba, por consiguiente, dos cosas: que eran efectivamente raedores estos útiles, y que eran diestros los operarios que los manejaban.

El número 28 deja ver un raedor simple, que ha servido mucho: su corte aparece mellado y desgastado, hasta el punto de haber sido reemplazado por una superficie combada.

Raedores huecos ó con muescas. Preséntanse igualmente bien marcados, y siempre de reducidas dimensiones. Algunos de ellos están perfectamente caracterizados. (Fig. 39, lám. 1.)

Tajaderas. Hay una bien formada (Fig. 40); las otras son dudosas. (Figuras 31 y 32.)

Machetes. El número 44 está completamente tallado en forma de machete, y hasta ofrece un apoyo á propósito para fijar el índice.

La punta redondeada número 43 podría servir para cortar, como algunas otras colocadas en la serie siguiente.

Puntas (41 á 42). Las hay que han podido servir como buriles, barrenas, etc.

Punzones (45-46). No son muy abundantes (á menos que llamemos así á una porción de las puntas precedentes); algunos de ellos son muy característicos.

Puntas de flecha. Damos este nombre á pequeños pedernales de forma más ó menos trapezoidal, cortados en forma de hoja. Las dos bases del trapecio están formadas por los dos cortes de la hoja, rara vez retocados; los lados sí que lo están y forman con la base mayor dos puntas, una para penetrar y otra que sirve de barba ó diente. (Figs. 48-56.)

Colocamos entre las puntas de flecha la 57, provista de un pedúnculo muy corto y de un diente.

Volveremos más adelante á ocuparnos de estos útiles poco estudiados aún.

ÚTILES DE CUARZO.— El cuarzo empleado abunda mucho en el país; existe al estado de venas y sobre todo al de masas ó lentejones en las pizarras antiguas. Se le encuentra con frecuencia en el lecho de ciertos torrentes. Es blanco, opaco, translúcido ó transparente, ó bien presenta á la vez fajas de todas estas variedades. Es mucho más difícil de tallar que el pedernal, y los caracteres de talla intencional son en él más difíciles de comprobar. Representamos cuatro trozos que recuerdan, por su forma, un raspador, un raedor, una punta y una hoja. (Figs. 59 á 62, lám. 1.)

PINTURA.— Los números 58 corresponden á pequeños fragmentos de oligisto, desgastados en toda su superficie, que producen un polvo de un rojo vivo, el cual habrá sido empleado como materia colorante.

CERÁMICA.— Sólo tenemos una pieza completa, pero que ofrece un vivo interés. La figura 63 (Lám. 1) muestra, en su tamaño natural, una vista y un corte de ella. Su pasta es amarillenta, conteniendo pocas piedras ó ninguna, y está bien cocida. La manera como ha sido fabricada, se revela hasta

en los menores detalles en la misma pasta: el obrero cogió con las dos manos una pella de tierra y hundió en ella los dos pulgares hasta que viniesen á juntarse en el interior de la masa; luego ensanchó el hueco así producido, amasando la tierra entre los pulgares y los demás dedos. El perfil de la superficie interior de la vasija lo muestra claramente. Practicóse después toscamente un agujero en la pared. El cilindro así obtenido, fué cocido con monte bajo, el cual ha dejado su impresión sobre la superficie. Después de esta primera cocción, los dos extremos del cilindro fueron tapados con delgadas placas de arcilla, amasada sobre la palma de la mano izquierda: una de ellas conserva aún la impresión de esta operación; en seguida la vasija fué recocida. Lo que prueba la doble cocción son las impresiones de plantas debajo de la costra de tierra de las tapas, costra que en ciertos sitios está desconchada.

Hemos encontrado también tiestos muy toscos, formados de una pasta análoga, pero cuajada de piedrecitas.

He aquí ahora la enumeración de los objetos que en su mayor parte parecen pertenecer á una industria diferente de la que acabamos de describir. Están representados en las figuras 64 á 80, lámina 1.

Dos sierras de pedernal: una de ellas, rota, está perfectamente trabada; su corte ha adquirido lustre por el uso. Parece neolítica. La otra, gruesa y tosca, fuertemente luciente, corresponde exactamente al tipo que encontraremos de un modo exclusivo en la época del metal.

Una pequeña hachuela pulimentada, blanca, con jaspeados de un verde casi negro, y de un brillo nacarado. (Fig. 69.)

Fragmentos de anillos de mármol blanco impuro, ó de caliza azulada.

Fragmentos de brazaletes hechos de conchas.

Conchas perforadas.

Muelas de molino.

Hachas pulimentadas de diorita: hay de ellas fragmentos muy numerosos, que parecen producidos intencionalmente, y acaso, en parte, por el fuego. Un fragmento de arenisca verde (Fig. 77), desgastado por todas sus caras, presenta un filo análogo al de las hachas, pero la piedra no se prestaba al pulimento: no es dura.

En fin, algunos fragmentos informes de cobre y de mineral de cobre, que no vacilamos en atribuir á una civilización más reciente.

CAPÍTULO II

LA GERUNDIA.

ESTE sitio se encuentra también en la ribera izquierda del río de Antas, seiscientos metros más arriba del Gárcel, del cual se halla separado por el *Argar*, y en condiciones topográficas semejantes.

El yacimiento de los objetos es el mismo, es decir, que se los encuentra en la tierra negra, á poca profundidad y sin vestigios de construcciones. Los trabajos de cultivo han nivelado toda la superficie.

También aquí tenemos que distinguir varias industrias, puesto que aparecen mezclados objetos de épocas diversas, sin que, desgraciadamente, sea posible clasificarlos siempre con seguridad. Esperamos, no obstante, dejar probado en lo que va á seguir que esa mezcolanza, interpretada prudentemente, no puede producir confusión ninguna en la cronología que establecemos.

OBJETOS DE PEDERNAL.— El pedernal difiere algo, en general, del que hemos visto en el Gárcel. Ordinariamente es de mejor calidad. El ripio procedente del mismo y los núcleos nada especial ofrecen.

Hojas. Son aún pequeñas y ofrecen las formas y secciones ordinarias. Casi todas están retocadas en sus dos filos, por la parte posterior solamente.

Raedores. Recuerdan los del Gárcel; pero no los hemos encontrado aquí dobles ni cuádruples.

Tajaderas. La figura 88 (Lám. 1) acaso sea una tajadera en su parte superior; este objeto, sin embargo, puede haber servido para diferentes usos.

Punzones. Dibujamos cinco de forma variada. (Lám. 1, figs. 89-93.)

Puntas de flecha. La figura 94 parece ser uno de estos objetos, que únicamente tiene tallada la punta. Viene á continuación (Fig. 95) una punta con pedúnculo bien marcado y un solo diente. De este tipo se pasa insensiblemente á la punta con dos dientes, sin pedúnculo. (Figs. 98-99.) Otras presentan los tipos neolíticos ordinarios: losanges, almendras, pedúnculos y dientes.

Sierras. Las hay de dos especies, pequeñas y grandes. La naturaleza del pedernal y el procedimiento de talla nos inducen á creer que, por lo menos las grandes, pertenecen á la época del metal; ya se verá más adelante que estos caracteres tienen un valor real. Estas sierras, que á veces tienen dientes, presentan el lustre debido á un gran servicio.

OBJETOS DE PIEDRA. — *Hachas pulimentadas.* Hay numerosos fragmentos de ellas y algunas enteras. La más notable es la de número 112 con sus dos cubos, uno de los cuales coge parte del corte.

Anillos. Volvemos á encontrar aquí fragmentos de anillos de mármol y de caliza ordinaria; los hay también de pizarra. (Figs. 113-116.)

Tablas de pizarra. Son pequeñas tablas rectangulares, prolongadas, perforadas ó no. Volveremos más adelante sobre estos objetos, de los que no vemos aquí más que fragmentos (Figs. 117, 137, 138), para ocuparnos de su destino.

Pesas. Llamamos así á unos discos de piedra perforados, que han podido servir de pesas para redes ú otros objetos.

Diversos. Señalemos, en fin, un disco de piedra, un pequeño fragmento de anillo probablemente natural, á lo menos en parte (Fig. 118), y algunas muelas de molino.

CERÁMICA. — Numerosos fragmentos de objetos de alfarería, un gran número de los cuales nos ofrece una serie muy extensa de motivos de decoración en hueco, compuestos de puntos y de líneas. La tierra está bien cocida,

conteniendo ordinariamente pequeñas piedras diseminadas en su masa. Su color varía del rojo al negro, dominando éste en el centro de la masa y aquél en la superficie.

Un fragmento de un fondo de vasija parece mostrar la impresión de un tejido grosero.

Un tiesto ha sido redondeado en forma de disco. (Fig. 136.)

Algunos fragmentos de una vasija, que serviría para fundir cobre, llevan aún restos de este metal adheridos en su interior.

Los objetos representados con el número 130 son de tierra cocida: tienen la forma de cuernos. Volveremos á hablar más lejos de esta clase de objetos.

CONCHAS.—Como en todas nuestras estaciones, encontramos aquí diversas especies de conchas, perforadas ó no.

OBJETOS DE METAL.—En las líneas precedentes hemos designado varios objetos que acompañan de ordinario al metal. Tales son algunas sierras toscas (Figs. 109, 110, 111, lám. 1), tablitas de pizarra, que probablemente han servido de piedras de afilar, y fragmentos de crisoles. Tócanos señalar ahora una serie de objetos de cobre que confirman la permanencia de la habitación de esta meseta durante la primera época del metal, como son algunos punzones ó alfileres, cinceles, flechas y pedazos de hojas figurados en la adjunta lámina. No pretendemos en modo alguno negar que una parte de los útiles de piedra y de metal puedan ser contemporáneos; para algunos de ellos, esto es hasta probable; pero hay ciertamente piezas de una industria neolítica, poco más perfeccionada que la del Gárcel, y sobre ellas llamamos ante todo la atención, como se verá por lo que vamos á decir.

GÁRCEL Y GERUNDIA.

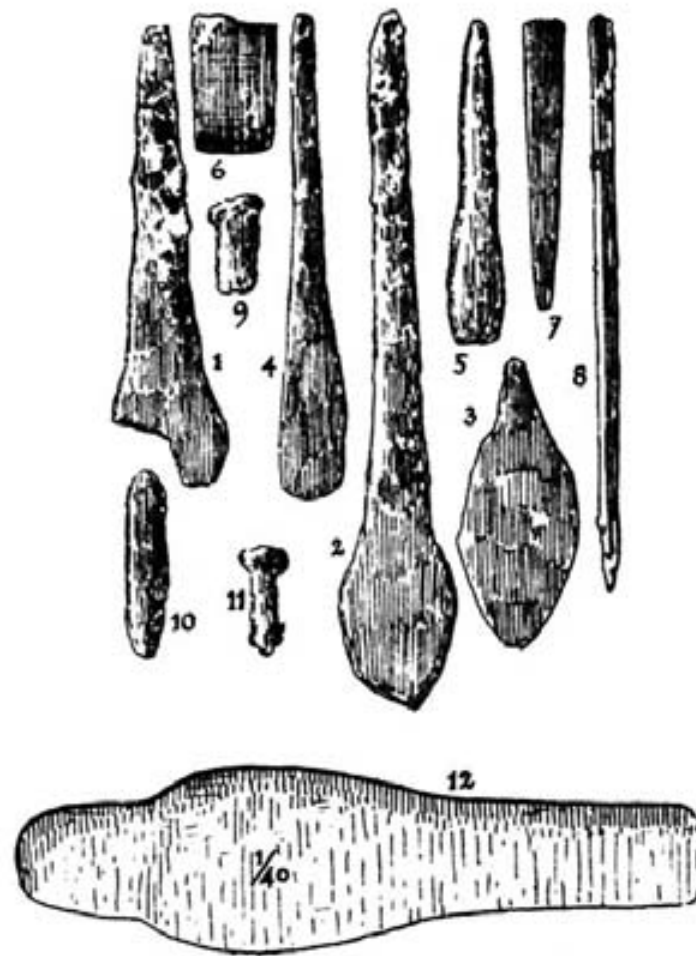
COMPARACIÓN

En el Gárcel vemos una industria caracterizada por la pequeñez de los pedernales. El conjunto de utensilios es variado, completo, y cada uno de ellos tiene su destino bien indicado.

Esta industria, que podría llamarse microlítica, no puede ser posterior á la neolítica que nosotros seguiremos hasta después de la aparición del metal. Es aún más primitiva; y parece que debe considerársela, por consiguiente, como más antigua. Interesa estudiarla desde este punto de vista comparativo; y, á este fin, la Gerundia nos proporciona algunas piezas notables.

En términos generales, puede decirse que los objetos de la Gerundia afectan formas que de un lado se refieren á la época neolítica y de otro á la industria del Gárcel. Son transitorias y parecen marcar una evolución. La alfarería del Gárcel ofrece modelos que son, indisputablemente, de lo más tosco; difícilmente puede imaginarse una vasija de una factura más primitiva que la de número 63 (Lám. 1). Otros ejemplares están más perfeccionados. ¿Indica esto una mezcolanza de épocas ó un principio de progreso? En todo caso, este progreso en la Gerundia está ya realizado, y las vasijas bien hechas parecen ser las únicas usadas. Las hojas de pedernal del Gárcel son muy imperfectas y pequeñas; muy distantes se hallan aún de las finas y largas hojas neolíticas. Finura y longitud, estos dos caracteres aparecen en la Gerundia, bien que poco desarrollados todavía.

La comparación de las puntas de flecha es curiosa. Los pequeños pedernales de forma trapezoidal son probablemente puntas de flecha. Es de creer que éstas se hallarían dispuestas sobre el asta próximamente tal como enseñan las figuras adjuntas. Ciertas muescas facilitaban acaso su unión. Despréndese de ahí que los indígenas habían sabido utilizar diestramente las hojas de



LA GERUNDIA

- 1, 2, 3, Puntas de flecha de cobre.
 4, 5, Puntas de flecha (?) cinceles (?).
 6, 7, Cinceles.
 8, Punzón, lesna ó alfiler.
 9, 10, 11, Pasadores de cuchillos.
 12, Forma de las sepulturas de la Gerundia, abiertas en las margas terciarias, teniendo de 30 á 40 centímetros de profundidad, y cubiertas con fragmentos de marga escogidos entre los de mayor dureza (V. página 17).

pedernal para producir una flecha serrina, sin tener que tallar contornos cóncavos muy difíciles de ejecutar. Muchos de estos pedernales son, no obstante, asimétricos: una de las puntas tiene sus bordes rectos, la otra presenta cierta concavidad. ¿Sería esto un paso hacia las puntas con aletas? El número 57 (Lám. 1) no está ya cortado en forma de hoja: es simplemente un pedazo de roca retocado, al cual se le ha formado un pedúnculo y una aleta. En la Gerundia encontramos este tipo, sin que lo acompañen los que debieron precederle; allí se encuentra perfeccionado, como se ve en el número 95, lámina 1. La punta siguiente, bien que incompleta, parece pertenecer al mismo tipo; pero el pedúnculo toma la forma de la aleta y en los últimos ejemplares parece que se haya convertido verdaderamente en una segunda aleta, lo que conduce á los tipos neolíticos más perfeccionados. Comprobamos, por último, la existencia de algunos ejemplares de las formas más perfectas.

Hagamos notar, de pasada, que la punta 106 (Lám. 1) recuerda la pequeñez de los útiles del Gárcel, y confirma una vez más el carácter intencional de todos esos diminutos utensilios.

El cuarzo, tan inferior al pedernal para la talla, es muy abundante en el Gárcel. Pocos pedazos de él, ó ninguno, se han encontrado trabajados en la Gerundia, lo que constituye un progreso.

¿Habrá que admitir, pues, que asistimos á la evolución de una industria? Esto sería, sin duda, lo más natural, mejor que creer en dos civilizaciones contemporáneas y una de otra tan cercanas que hubiesen diferido, no sólo en sus grados de progreso, sino hasta en algunos de sus más esenciales caracteres.

¿Podemos saber si ese adelantamiento es debido á los indígenas ó á la llegada de nuevos habitantes más civilizados? El origen del pedernal que sirvió para la fabricación de las puntas 100, 101, 102, 104, lámina 1, nos es desconocido. Pero conocemos no lejos de la Gerundia, á dos leguas próximamente al Sur, un yacimiento de calcedonia, idéntica á la de las flechas 103 y 105, lámina 1. No es, pues, necesario recurrir á una importación, á lo menos para la primera materia.

Sea de ello lo que quiera, vemos aquí el contacto entre los tiempos neolíticos y los que les han precedido.

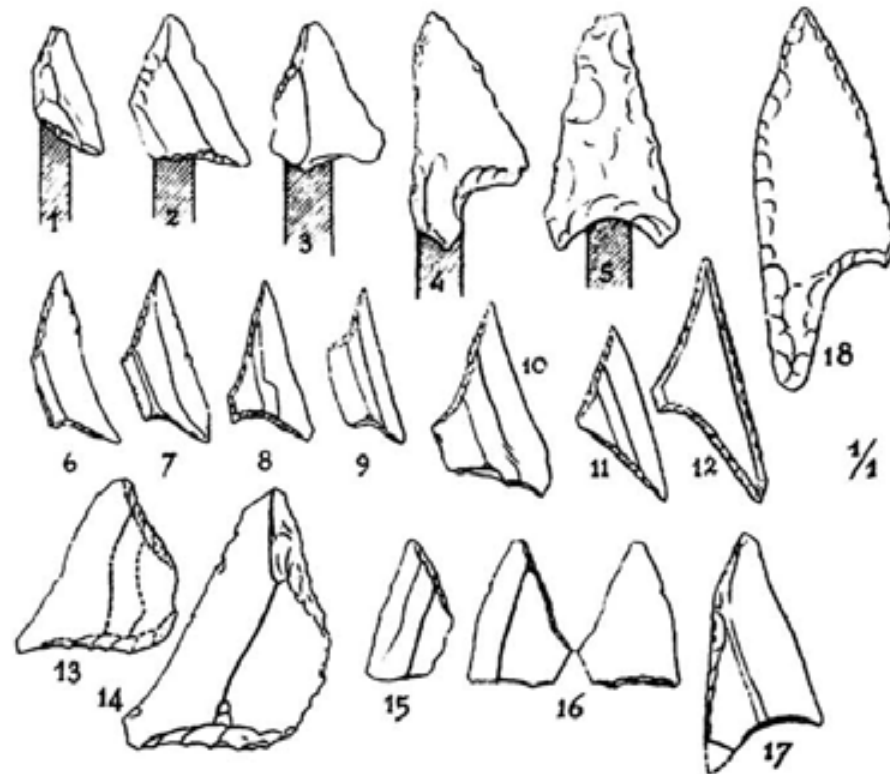
Un rápido examen de otros descubrimientos análogos á los precedentes podrá conducirnos á sentar algunas conclusiones.

Hablaremos en primer lugar, de los Kjœkenmoeddings portugueses, sin detenernos, sin embargo, en los restos de objetos de cocina. El Gárcel apenas nos ha suministrado ninguno. Dejemos la palabra á M. Cartailhac, que tan bien ha estudiado estos depósitos (*Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*, p. 53):

«Los pedernales tallados no son comunes: se adivina que la primera materia tenía lejos su yacimiento, al otro lado del ancho río, que difícilmente podía atravesarse. Además, el pedernal era de mediana calidad: se encuentran núcleos de pequeño tamaño que se parecen ordinariamente á balas de honda, diminutos pedazos mal formados; nada que recuerde los raspadores, las puntas de dardo ó de flecha ordinarias, etc., sino tan sólo tipos tan mal caracterizados como difíciles de definir; una ojeada sobre las figuras adjuntas hará comprender esto mejor que cualquier descripción.¹ Esos pequeños fragmentos de hojas con uno de sus bordes rebajado y sus extremos retocados y muy agudos, son probablemente rebabas ó dientes de dardos, flechas ó arpones. Este tipo de pedernal tallado lo hemos de volver á encontrar en otras partes, sea en las sepulturas de Portugal, sea en Europa, desde las costas oceánicas de la Gironda hasta Crimea. ¿Habría, pues, que atribuir, como consecuencia, el conocimiento del arco á las miserables tribus que ocupaban los islotes de Mugem y los acrecían con los restos de su cocina? El estudio de los huesos trabajados, en particular, me ha conducido á la conclusión de que no estaban aquéllas tan desprovistas de industria como á primera vista podría creerse. Se encuentran, en efecto, en sus montones de conchas, pedazos de astas de ciervo, desechos de fabricación, pero no tenemos un solo objeto fabricado con tales astas. Añadiré aún que difícilmente me explico cómo con esos menudos trozos de pedernal, encontrados en dicho depósito, han podido llegar á hacer aquellos salvajes en las astas de ciervo las entalladuras que se observan. Por este lado tendríamos también una laguna en nuestros conocimientos referentes á su industria.

Los demás objetos de hueso son simples puntas, punzones ó picos de dardos, y algunas grandes costillas escogidas entre las menos encorvadas, reducido su grueso, teniendo la forma de espátula unas y aguzadas otras por una de sus extremidades. Éstas son iguales á otras encontradas particular-

¹ Reproducimos aquí al lado estas figuras.



PUNTAS DE FLECHA DE DISTINTAS PROCEDENCIAS

COMPARACIONES

- 1, 2, 3. El Gárcel.
- 4, 5. La Gerundia.
- 6, 7, 8, 9. Cabeço d'Arruda, Portugal. (E. Cartailhac, *Les Ages préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*, (p. 53).
10. Anta de Serranheira, Portugal. (E. Cartailhac, op. cit., p. 173.)
11. Dolmen de St.-Laurent, Basses-Alpes, Francia. (Id.)
12. Dolmen de St.-Laurent. (G. y A. de Mortillet, *Musée préhistorique*, lám. XLIV, fig. 399.)
13. El Gárcel. Las líneas de puntos indican las aristas del lado opuesto al en que se presenta la figura.
14. Rhode-St. Genèse, Brabant, Bélgica. (Colección de Mr. G. Cumont, de Bruselas.)
15. El Gárcel.
16. Héverlé près Louvain, Bélgica. (De nuestra colección.)
17. Puerto Blanco.
18. Valle de la Vibrata, Italia. (De Mortillet, op. cit., lám. XX, fig. 133.)

mente en los palafitos de Suiza y que, agrupadas y atadas unas con otras, han constituido peines para cardar.

»La única pieza que se parece á un adorno es un guijarro plano, perforado con cuidado, que represento aquí en un tercio de su magnitud. ¿Es éste verdaderamente un objeto de adorno? En todo caso, sería el único; y esta carencia de tales objetos es notable, porque ha sido notada igualmente en los Kjœkenmoeddings daneses y otros. Aquí se hace más sensible por cuanto abundan los esqueletos humanos en el contenido de los diversos túmulos, como vamos á ver.

»Los objetos de alfarería no aparecen más que en la superficie de los pequeños montones. Se encuentran, sí, aquí y allá pedazos planos de tierra cocida, pero van asociados con cenizas carbonosas y están dispuestos frecuentemente en el límite de las capas: son fondos de hogares.....»

Es inútil insistir en las correlaciones que aquí pueden establecerse: la industria del pedernal parece idéntica; el ripio de los Kjœkenmoeddings debe componerse de pequeños útiles. La alfarería aparece hacia el fin, de la misma manera que principia en el Gárcel; y se observa la misma ausencia ó rareza de adornos.

En los Kjœkenmoeddings portugueses se han encontrado esqueletos humanos, ordinariamente amontonados, y alguna vez diseminados. Nada parecido hemos puesto de manifiesto en el Gárcel; pero debemos al menos citar los esqueletos diseminados de la Gerundia, depositados en fosas que tienen la forma del cuerpo humano, excavadas en terreno virgen y blando, hallándose aquéllos además cubiertos de fragmentos de este mismo terreno un poco más resistente. Como en los Kjœkenmoeddings, no había al lado de ellos ni adornos ni objetos de ninguna clase. Hemos encontrado quince de estas tumbas y algunas osamentas bien conservadas. No sabemos á qué pueblo atribuir las.

En la misma obra, página 173, M. Cartailhac figura uno de los pederuales trapezoidales y triangulares que le ha proporcionado la *anta de Serranheira* (Portugal), y un útil análogo procedente del dolmen de Saint-Laurent (Bajos Alpes). Estos dos instrumentos corresponden exactamente al mismo tipo que los del Gárcel.

MM. de Mortillet (*Musée préhistorique*, lám. XLIV, núm. 399) reproducen otro también del dolmen de Saint-Laurent: la base es cóncava, pero, si no

comprendemos mal, estos sabios consideran como pedúnculo lo que nosotros tomamos por rebaba ó diente.

De la persistencia de esta forma, que está lejos de ser fatal, podría deducirse que el período de los dólmenes tiene ciertos lazos de parentesco con el precedente.

He aquí todavía un ejemplo curioso del empleo de pequeños pedernales. En el congreso de Bolonia, M. Nicolucci, hablando de los que han sido encontrados por el Dr. Rosa en el valle de la Vibrata (Abruzos, Italia), dijo¹: «en general, no son de grandes dimensiones, porque la pequeñez de los cantos de que podían disponer los obreros, no les permitía hacer de ellos instrumentos de cierta magnitud... Forma excepción á esta regla un cuchillo de diez y nueve centímetros de largo... Son muy numerosos los pequeños cuchillos, entre los cuales se encuentran algunos que no tienen más de dos centímetros de longitud por cuatro á cinco milímetros de anchura»; y en una nota añade el mismo autor: «Además de los cuchillos, por decirlo así, microscópicos, se han recogido también en el valle de la Vibrata pequeños raspadores, flechas y punzones de pedernal de un trabajo bellísimo, que no exceden de diez milímetros de longitud. Es difícil creer que pudiesen servir para usos domésticos, y es probable, por lo mismo, que debían ser amuletos ó emblemas religiosos. También en Cerdeña se han encontrado objetos de bronce liliputienses, representando utensilios campestres, que tampoco podían tener allí otro destino que el de símbolos ó emblemas religiosos».

La analogía resulta completa con el hallazgo de pequeños pedernales en forma de paralelogramo y de trapecio, que probablemente sirvieron para armar venablos, y por la de puntas de flecha, cuya descripción puede aplicarse, en parte, á las de la Gerundia.

La cuestión de saber si estos pequeños pedernales son verdaderos útiles, debería resolverse por un atento examen; que los del Gárcel han servido, no hay duda posible; y la certeza que de ello puede tenerse será reforzada aún por el descubrimiento de los *Toyos*, de que trataremos en uno de los capítulos siguientes, y hasta podrá comprenderse, en parte cuando menos, por qué son tan pequeños estos pedernales.

¹ Acta de la quinta sesión, página 27.

De la Tierra de Labor M. Nicolucci cita también cuchillos y raedores de una extrema pequeñez (de diez á quince milímetros de longitud) y de una ejecución perfectísima.

Las cavernas de los Baoussé-Roussés, llamadas de Menton (Italia), contenían numerosos útiles cuya pequeñez llama la atención. He aquí las noticias que sobre este punto nos dan MM. de Mortillet en su *Museo prehistórico* (Véase láms. XVIII y XIX), en donde, al lado de una punta con muesca, hallamos punzones prolongados como el número 46 del Gárcel: «Todos estos pequeños pedernales son muy abundantes en los Baoussé-Roussés», dicen los autores (Núm. 117); y á propósito del número 121 añaden: «Siendo los pedernales y las rocas silíceas del litoral mediterráneo entre Mónaco y Ventimiglia muy variadas, bien que encontrándose en pocos sitios, hay una gran diversidad en la composición y sobre todo en el aspecto de los objetos de piedra tallada que se encuentran en las cavernas de los Baoussé-Roussés. Aparte de esto, siendo de pequeñas proporciones y quebrándose fácilmente las rocas propias para ser talladas, los productos de la talla son generalmente de pequeñísimas dimensiones. Sería bien difícil hallar una serie de puntas y sobre todo de raspadores más exiguos que los que provienen de este yacimiento».

Dibujan también MM. de Mortillet (Núm. 133, lám. XX) una punta de flecha con pedúnculo y con muesca del valle de la Vibrata (Italia), muy análoga á la de la Gerundia, pero mayor.

Al revisar las láminas del *Museo prehistórico*, observamos que una porción muy grande de los pedernales de pequeñas dimensiones que en él están figurados, provienen de los países meridionales: Grecia, Italia, Ouargla y Sahara (África).

Caracterizan ellos también el período magdalenense, en que la aparición de los instrumentos de hueso perjudicó á la propagación de los objetos de pedernal. Citemos como ejemplo el número 138 del *Museo prehistórico*, proveniente de Aurensan (Altos Pirineos), tipo frecuente en el magdalenense y muy análogo al número 29 y á otros del Gárcel. La misma pequeñez en las hojas, puntas y raspadores se demuestra en la gruta de Serinyá (España), atribuída al magdalenense y en la que se han encontrado pedazos de cuarzo.

En Túnez se ha indicado la presencia de pequeños pedernales del mismo género.

Ponemos frente á frente todos estos hechos, añadiendo los que nos proporcionan el Gárcel y la Gerundia, y preguntamos á los sabios si no hay lugar á atribuirlos á un hecho étnico, mejor que á la rareza y á la mala calidad del pedernal.

CAPÍTULO III

CUARTILLAS.

ESTE cabezo está situado junto al río de Aguas, en su ribera izquierda, á mil quinientos metros próximamente de su desembocadura y á un kilómetro al norte de *Mojácar* (Véase nuestro mapa). Tiene cien metros de altura, y en su mitad superior y á diferentes tramos presenta una serie de explanadas en las que los antiguos han habitado. Sobre estos emplazamientos y en la superficie misma se encuentran sus útiles: como en el Gárcel, nunca yacen á mucha profundidad, y las excavaciones producen muy pocos resultados.

Los objetos recogidos se parecen á los del Gárcel.

Citemos los núcleos de pequeña talla, numerosos trozos de piedra muy exiguos, pequeñas hojas retocadas ó no, raedores rectos ó huecos, una sierra de un trabajo diferente y varias puntas. De esos pequeños pedernales trapezoidales tan característicos, sólo tenemos dos ejemplares dudosos; pero esto puede depender de que hemos recogido aquí muchos menos objetos que en el Gárcel.

Los pedazos y útiles toscos de cuarzo son muy abundantes.

Una pequeña hachuela, de la misma substancia que la del Gárcel, presenta un fino jaspeado gris en una masa blanca de textura fibrosa. Para otras hachas ó fragmentos de hachas se han utilizado rocas dioríticas. Una de

ellas está tallada en forma de cuña, es decir, que el máximum de grosor corresponde á la cabeza, dispuesta para recibir los golpes: no poseemos más que la mitad de ella. De diorita son igualmente algunos percutidores, y de micacita un canto aplanado con una depresión en cada cara.

Algunos fragmentos de vasijas de barro reproducen los detalles decorativos que hemos visto ya; tienen asas, y una de ellas está atravesada por dos agujeros verticales.

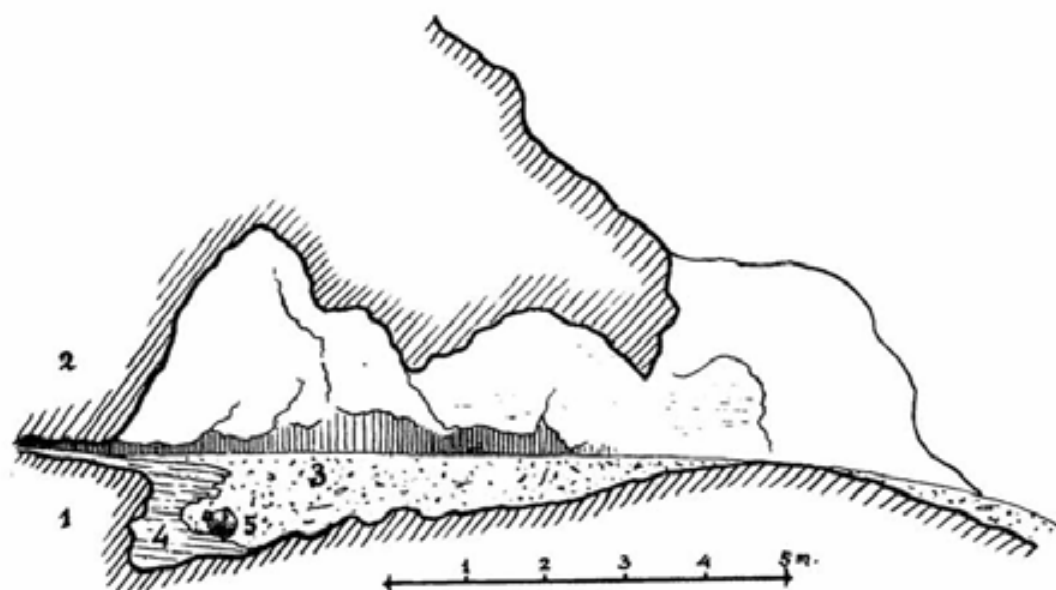
Vense impresiones de cañas, que formaron un cercado, sobre una arcilla endurecida por el fuego.

Los objetos de adorno personal consisten en conchas perforadas para poder colgarse. Grandes ejemplares, de los cuales algunos por lo menos eran fósiles, han servido para fabricar brazaletes: no poseemos de ellos más que algunos pedazos. Una pequeña rodaja perforada, tallada sobre el cuerpo de una concha, constituye una cuenta de collar como las que volveremos á encontrar en los Toyos.

Los brazaletes han sido formados también de piedra caliza, azulada ó blanca. Uno de ellos es notable: consiste en un anillo de cuatro centímetros de alto, que debía tener próximamente ocho centímetros y medio de diámetro exterior y un centímetro de espesor. Otros tres fragmentos pertenecen á piezas análogas. El hecho de haberse encontrado vasitos de mármol prehistóricos en la Península y de haber hallado uno de ellos en Campos nosotros mismos podía hacernos creer que hemos visto aquí restos de semejantes utensilios; pero lo único que con certeza podemos hacer constar es la existencia de los anillos.

Señalemos, en fin, tres fragmentos de oligisto desgastados en toda su superficie. Como en el Gárcel, es de creer que se habrá sacado de ellos un polvo de un rojo vivo, sirviendo de materia colorante.

Ignoramos si todos estos objetos son contemporáneos ó si deben referirse á dos fases sucesivas de la civilización neolítica.



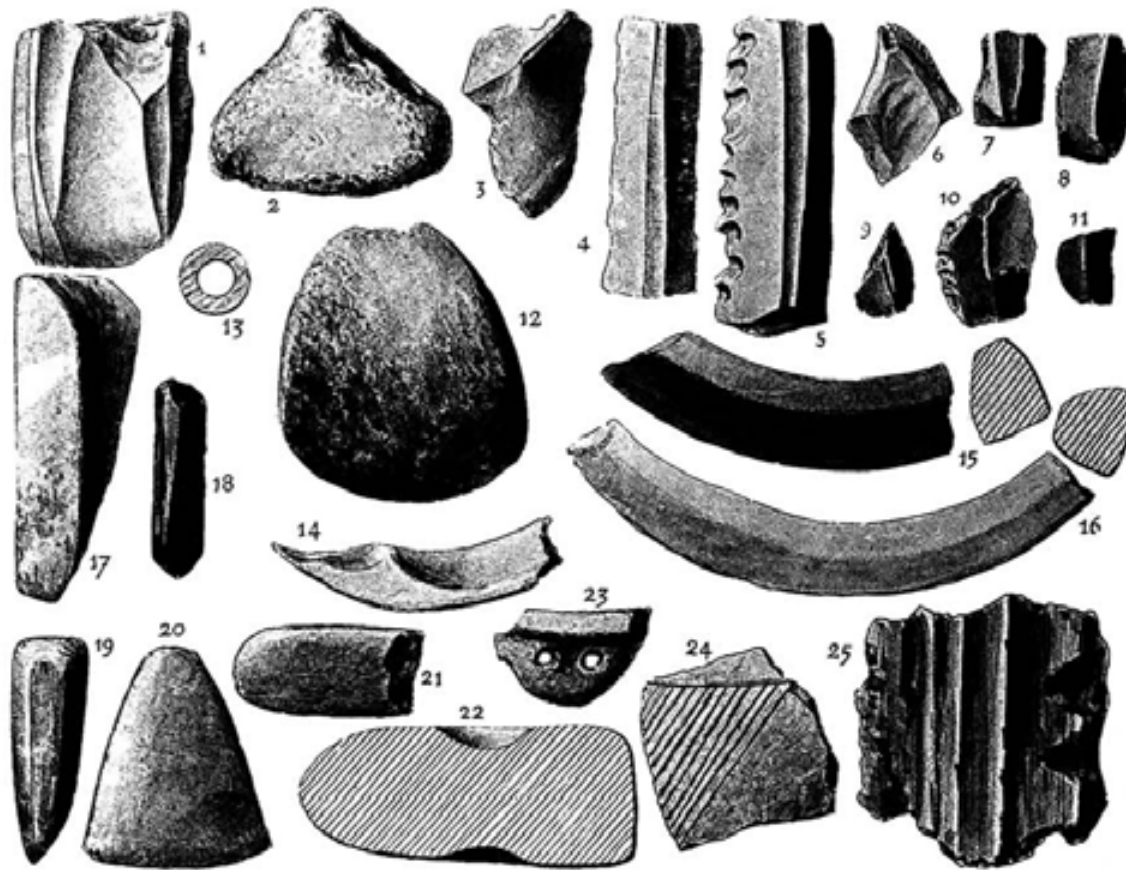
CUEVA DE LOS TOYOS

(página 23)

Corte pasando por la falla.

1. Roca arcillosa califera.
2. Caliza brechiforme, resquebrajada.
3. Tierra y piedras; capa removida casi por entero, conteniendo restos diversos.
4. Concreción calcárea.
5. Vasija que contenía los objetos dibujados en la lámina 2.

En el fondo, hacia la derecha, obsérvanse estrias en la superficie de resbalamiento producida por la falla.



CUARTILLAS

EN SU TAMAÑO NATURAL

1. Núcleo de pedernal.
2. Núcleo de pedernal, con señales numerosas de percusión.
3. Pedazo retocado.
4. Hoja de pedernal.
5. Sierra de pedernal.
- 6, 7, 8, 9. Pedazos y hojas con retoques diversos, en forma de raedores, puntas, etc.
- 10, 11. Útiles que recuerdan por su forma las puntas de flecha trapezoidales.
12. Hachuela de piedra blanca y gris, de textura fibrosa (fibrolita?).
13. Cuenta de collar formada del cuerpo de una concha.
14. Fragmento de un brazalete, hecho de un pectúnculus.

- 15, 16, 17. Fragmentos de anillos de caliza blanca ó gris.
18. Fragmento de oligisto, con la superficie desgastada.

A MITAD DE TAMAÑO

19. Hacha pulimentada, en forma de cuña, vista de lado.
20. Hacha pulimentada.
21. Guijarro.
22. Guijarro con una cavidad en cada una de las caras; visto en corte.
23. Pedazo de vasija, con un asa atravesada por dos agujeros verticales.
24. Cerámica ornamentada.
25. Arcilla cocida, con impresiones de un tejido de cañas.

CAPÍTULO IV

CUEVA DE LOS TOYOS.

LA Cueva de los Toyos es una pequeña caverna natural, que se abre en una colina poco elevada, rocosa y esencialmente caliza, situada á cuatro kilómetros del mar, á la izquierda de la Rambla de Ifre, provincia de Murcia (Véase nuestro mapa). En la lámina 2 damos una vista de la entrada y un plano de la caverna. Un poco hacia abajo, en la vertiente de la montaña, se distinguen algunos vestigios de muros hechos de piedra y tierra.

Precede á la entrada de la cueva una pequeña explanada, guarecida por la peña: esta entrada es muy estrecha y conduce á una cámara de muy reducidas dimensiones, bien que relativamente elevada.

Como el plano demuestra, una de las paredes está formada por una falla casi vertical, por la cual pasa el corte que adjunto damos. Este corte pone de manifiesto una hendidura próximamente horizontal, en el contacto de los dos terrenos: el inferior arcilloso calífero, poco resistente, el superior compuesto de caliza grietada. Estas circunstancias son las que han provocado la formación de la caverna. La capa inferior debía hallarse cubierta primitivamente, en la superficie, por un manto de caliza concrecionada. Esta caliza ha sido depositada por las aguas que pasaban por la hendidura horizontal, como lo

prueba el haber quedado libre de ella la parte más inmediata al fondo. Los antiguos perforaron esta costra y ahondaron en ella hasta la profundidad de un metro cincuenta centímetros. Esta excavación quedó más tarde llena de escombros, provenientes de causas diversas, que alcanzaban cerca de dos metros de espesor; y como estos escombros habían sido muy removidos, de aquí que en ellos encontráramos, unos con otros mezclados, restos de épocas muy distintas. Helos aquí:

Un pedazo de alambre de latón y un fragmento de bronce muy trabajado. Estas piezas son muy recientes.

Al lado de ellas yacían los objetos designados en *q*, lámina 2. Son probablemente de la época neolítica é iban acompañados de muchas osamentas humanas. Los escombros de la caverna contenían además algunos pedazos de cuarzo. Pero el descubrimiento más notable hecho en este terreno es el de una vasija colocada en el fondo, bajo un saliente de la roca, que forma una especie de banqueteta, y defendida por algunas piedras colocadas delante de la misma.

En la lámina 2 la hemos representado en tamaño mitad del natural.

La pasta parece ser de arcilla proveniente de la descomposición de traquitas. Existen estas rocas á alguna distancia. Dicha pasta es gris amarillenta; pero ciertas partes de la superficie son negras.

Tiene la vasija tres anchas asas aplanadas y ornamentadas; tres fajas de adornos dan la vuelta á la panza y son producidas por pequeñas líneas en hueco; una faja más estrecha diseña el cuello.

Esta urna estaba rota, pero quedaban los fragmentos en su sitio; sólo falta una parte del cuello.

En el fondo de la tierra que la rellenaba hemos recogido un verdadero ajuar de un fabricante de perlas. Todo se encuentra allí; desde las primeras materias hasta los objetos y útiles acabados.

En *a* (Lám. 2) se ven las conchas marinas, primera materia para las joyas. El obrero las cortaba en fragmentos mediante útiles de pedernal. Obtenía así, bien unas toscas rodajas, bien una especie de lágrimas, según el paraje de donde procedían.

Era preciso luego desbistarlas: las rodajas se reducían á tablitas delgadas por la frotación sobre piedras planas. Se agujereaban entonces estas tablas, y por fin se las redondeaba y reducía á su forma definitiva.

Igualmente se empleaban algunas pequeñas cipreas (*g*), á las que se abrían dos agujeros en sus bordes.

Algunos fragmentos de caliza gris negruzca eran transformados en tablitas para convertirlos en perlas: una de ellas está del todo acabada (*i*).

Pedazos de huesos y de colmillos, así como algunos dientes de escualos tenían acaso el mismo destino.

El conjunto de útiles no es menos completo; tenemos aquí fragmentos de pedernal en bruto, núcleos bien formados, hojas de pequeñas dimensiones para las diferentes operaciones de la talla y punzones para taladrar.

Algunos de los objetos conservan residuos como de un barniz rojo, debidos probablemente á la presencia, en la vasija, de una materia colorante pulverulenta.

Una ligera película de caliza concrecionada envolvía igualmente á una gran parte de ellos; y algunos estaban adheridos por la misma, como los que se ven en *o* y en *n*.

La urna contenía, en fin, la hermosa hachuela (*j*), hecha de una roca blanca de textura sedeña, que parece de la misma naturaleza que la del Gárcel y de Cuartillas, bien que de una variedad mucho más bella.

No podemos conjeturar cuál fué el destino de esta caverna. ¿Era la sepultura de algún artífice y, como designio piadoso, depositóse al lado de ese joyero prehistórico una urna preciosa, conteniendo las herramientas y las substancias que en su oficio empleaba, tal como las poseía cuando le sorprendió la muerte, á fin de que pudiese continuar su trabajo más allá de la tumba? ¿Es simplemente un escondrijo? Si la caverna no hubiese sido saqueada, probablemente veríamos clara esta cuestión.

¿A qué época debe referirse este descubrimiento?

Hay que eliminar evidentemente de la proposición todos los objetos encontrados fuera de la urna, única que ha permanecido al abrigo de la profanación. Ahora bien, todos los útiles en ella encontrados son de pedernal y, así por su forma como por sus dimensiones, ofrecen marcada analogía con los del Gárcel; basta echar una ojeada sobre nuestros dibujos para convencerse de ello. Vuelven á encontrarse aquí esos pequeños núcleos, esas pequeñas hojas, esos pequeños punzones; y hasta uno de esos pequeños pedercales trapezoidales, tan característicos y que tanto nos han ocupado, se halla dibujado en la lámina 2 en el extremo izquierdo de la serie de los pun-

zones. Nada prueba que no fuese este objeto una punta de flecha, porque la hachuela tampoco tiene aplicación ninguna al arte del joyero.

Si se considera que, entre los diez mil objetos que poseemos de la primera edad del metal, no vuelven á aparecer nunca estos pequeños pedernales, es preciso creer decididamente que caracterizan una época más antigua. Por esta razón incluimos aquí la descripción de este descubrimiento.

Habría que referir, pues, la industria de los Toyos á la del Gárcel y de los Kjöekenmoeddings. Pero se aparta de ella en algunos detalles característicos é importantes.

En primer lugar por las perlas, que constituyen objeto de adorno, cosa extraña en los Kjöekenmoeddings; observemos, no obstante, que M. Cartailhac cita (p. 53, op. cit.) un fragmento de canto perforado, que podría ser un pendiente; que este mismo sabio se admira de ciertos detalles, que le inducen á creer que los habitantes de quienes proceden esos montones de objetos no estaban tan desprovistos de industria como podría creerse á primera vista; por otra parte, se está lejos aún de haber encontrado todos los objetos que ellos fabricaban, porque no se posee ninguno de asta de ciervo, mientras que se tienen muchos desechos de su fabricación.

En fin, en el Gárcel apenas encontramos algunos objetos de adorno personal (acaso más recientes), y la urna de los Toyos parece, no obstante, revelarnos que esos pequeños pedernales servían, al menos en parte, para trabajar alhajas.

No pueden, pues, sacarse deducciones sino con una gran reserva.

La presencia de la hachuela en la urna prueba incontestablemente su contemporaneidad con los pequeños pedernales; esta conclusión podrá extenderse á las del Gárcel y de Cuartillas, con tanta más razón cuanto que estas piezas son raras en las épocas siguientes.

Quédanos por examinar la más grave anomalía: la urna misma, verdadera obra maestra, si se compara á la vasija del Gárcel. Notemos, ante todo, que esta forma de vasija con su ornamentación no la volveremos á encontrar más en lo que sigue de este estudio; está casi tan fuera de lugar al lado de nuestras mil vasijas de la época del metal, como al lado del recipiente primitivo del Gárcel. Citaremos aún un pasaje de M. Cartailhac, (p. 50., op. cit.): «Los montones de conchas de Omori, como los de Tokio (Japón), tienen singulares analogías con los Kjöekenmoeddings. Los objetos de barro, sin

embargo, son allí mucho más numerosos y de una ornamentación relativamente rica. Difieren mucho de todos los objetos de igual clase japoneses que se conocen, y tienen relaciones evidentes con las vasijas de que se sirven todavía los habitantes semisalvajes de Jesso y de Sagalien, los Ainos, diseminados antiguamente, seiscientos años antes de nuestra era, por todo el Japón. Mas, en vista del cuidado con que se recomponían las vasijas rotas por medio de tiras ó cordeles que se pasaban por los agujeros al efecto practicados, se ha puesto en duda si el pueblo de los Kjœkenmoeddings japoneses ha fabricado por sí mismo esos objetos de barro ó si los ha recibido en cambio de otros. La rusticidad de los útiles de piedra permitiría atribuir esos restos de cocina á un pueblo anterior á los mismos Ainos, cuya industria neolítica fué en todo tiempo bastante adelantada».

Pues bien, también nosotros nos preguntamos si el habitante de los Toyos ha fabricado por sí mismo esta urna ó la ha recibido en cambio de algún otro objeto. Nosotros nos preguntamos si habrá recibido del mismo importador las hachuelas de esa piedra blanca que no existe en nuestra región; si será ese mismo extranjero quien le ha comunicado el gusto por los aderezos; si se debería á su llegada la introducción de las puntas de flecha que hemos visto ya en la Gerundia, tan superiores á las del Gárcel, el pulimento de las hachas, la ornamentación de los objetos de barro. En una palabra, nosotros nos preguntamos si habría inaugurado ese civilizador la industria neolítica en el suelo que investigamos.

Son pocos los elementos que tenemos hoy día para decidir la cuestión; pero los sabios competentes descubrirán acaso en lo que precede algunos indicios preciosos para su solución.

CAPÍTULO V

TRES CABEZOS.

EL río Almanzora, al salir de las pizarras primarias del Almagro, donde se encuentra estrechamente encerrado entre dos áridas vertientes, se ha abierto un lecho en el seno del golfo terciario de que hablamos al principio de este estudio; la llanura de aluvión tiene con frecuencia dos kilómetros de anchura; el torrente ¹ mismo alcanza hasta doscientos metros de ancho.

Durante el invierno y en tiempo ordinario, apenas conduce más agua que la que correspondería á un grande arroyo. En verano, está casi siempre seco; pero cuando baja engrosado por una lluvia tempestuosa es terrible.

Difícilmente puede uno representarse ese lecho pedregoso, y de ordinario polvoriento, lleno hasta los bordes de un agua espesa, amarillenta, corriendo por una pendiente de siete milímetros por metro con una velocidad de ocho metros por segundo.

Asistimos á este espectáculo cuando la famosa inundación de 1879, y conservamos de ella una impresión profunda.

¹ Traduzco literalmente esta palabra por respeto á los autores, en consideración á su nota de la pág. 4, por más que le convendría mejor la versión de *cauce*.— (NOTA DEL TRADUCTOR).

En la ribera derecha del torrente, á diez kilómetros de su desembocadura, se levanta la villa de *Cuevas*, que debe su nombre á lo que él mismo significa. Una gran parte de la población, y sobre todo algunos centenares de gitanos, habitan, en efecto, en cavernas abiertas en las margas terciarias.

Las minas de galena argentífera de Sierra Almagrera y las de plata de las Herrerías le han proporcionado una rápida prosperidad.

Al otro lado del río, á dos kilómetros al nordeste de la villa y al borde de la meseta que domina la vega de Cuevas, se encuentran las estaciones prehistóricas de que vamos á ocuparnos.

Gózase allí de unas vistas admirables.

Al Norte los caprichosos barrancos, resquebrajados y multicolores, del Almagro; al pié de los cuales viene á terminarse la llanura, en la que el verdor de los campos y la esbeltez de las palmeras contrastan con la blancura deslumbrante de las casas de Cuevas, extendiéndose en anfiteatro.

Más lejos, hacia el Oeste, y á través del espacio cerúleo, dibújense sobre el azul firmamento los variados perfiles de las sierras.

Al Sud vese al río, que se ha abierto un camino por entre las llanuras de las Herrerías, perderse en el Mediterráneo. Nuestros antiguos indígenas no tenían mal gusto; dominaban la campiña, sin dejar de hallarse en su proximidad; y se colocaban, de esta suerte, mucho mejor que gran número de habitaciones modernas, al abrigo de las crecidas del río. Describiremos aquí la estación que parece más antigua y que está señalada en el plano I de la lámina 9 con la letra *a*.

El espacio en que se han encontrado algunos restos de habitaciones primitivas forma una superficie irregular de sesenta metros de largo, desplegándose sobre el borde mismo de la meseta, á veinticinco metros por encima de la llanura de aluvión; la escarpa sobre que aquélla está situada tiene una inclinación de veinte á treinta grados. El suelo, cubierto de alguna tierra vegetal y de costras calizas blanquecinas, está formado de cantos sueltos unas veces y aglomerados otras.

Encontramos aquí un cierto número de centros de habitación, simples manchas de un terreno más negro que el ordinario, conteniendo diferentes vestigios de la industria humana. Describiremos la casa *A* (Lám. 3), en la que hemos podido comprobar mejor las particularidades interesantes de las viviendas en este sitio usuales, que por lo demás son todas semejantes.

Sobre un perímetro sensiblemente poligonal y de un diámetro de seis á ocho metros, el suelo duro debía rebajarse unos cuarenta centímetros para obtener una cierta altura de pared. Así se ha podido comprobar al menos en una parte del perímetro. Las irregularidades de los lados producidas por esta excavación se corregían sirviéndose de las piedras procedentes de los mismos escombros.

¿Cómo se construía la casa por encima de la excavación?

Es posible que los escombros fuesen echados afuera y alrededor del circuito, formando así un cercado que se cubriría con ramaje, maderos, paja ó pieles de animales. Nos vemos reducidos á meras conjeturas.

Las otras habitaciones eran algo más pequeñas que la que acabamos de describir. En ellas hemos comprobado la existencia de algunos restos de toscos muros, hechos con piedras y barro, no elevándose á más de cincuenta centímetros sobre el suelo.

Encontráronse diversos hogares, que estaban constituidos por un espacio poligonal, cerrado con pequeñas lajas de pizarra puestas de canto; la tierra negra, abundante por todas partes en las viviendas, era en estos sitios especialmente carbonosa.

Todos los objetos de que vamos á hablar han sido encontrados en las habitaciones.

No se han recogido más que una decena de cuchillos de pedernal, unos quince trozos de lo mismo y un punzón. (V. figs. 21 y 22, lám. 3).

Las puntas de flecha faltan del todo.

Las hachas de piedra pulimentada ¹ son bastante numerosas relativamente.

La mayor parte proceden de rocas dioríticas.

También hemos recogido varios cantos de diorita, á los cuales se ha hecho sufrir un principio de transformación con idea de convertirlos en hachas. Se llegaba á este resultado destacando á golpes algunos pedazos de la piedra, á fin de dar al objeto la forma deseada; se martillaba en seguida toda la superficie, viniendo luego la operación del pulimento á terminar la fabricación.

¹ Hagamos observar que en este país, como en todas partes, los habitantes creen que las hachas de piedra pulimentada son producto del rayo; y así las llaman *rayos*.

En E (Lám. 3, plano de conjunto), hemos encontrado seis hachas juntas.

Nada sabemos sobre la naturaleza de los mangos. M. Cartailhac, á propósito de éstos, hace observar ¹ que no hay, en las colecciones portuguesas y españolas, un solo mango de asta de ciervo, y supone que únicamente se ha empleado para ello la madera.

Podemos corroborar la observación en cuanto á la ausencia de mangos.

Las excavaciones han dado además varios cantos redondeados, ofreciendo señales de percusión, y otros alargados, que han debido servir para usos diversos.

Citemos todavía un hacha muy gastada, que ha servido de percutidor, y un canto plano (V. figs. 13 y 14, lám. 3), presentando ambos objetos sobre una de sus caras una ranura poco profunda, y trayendo á la memoria la hachuela que encontramos en la Gerundia.

El museo de Narbona posee un hacha entera y un fragmento de otra que ofrecen una particularidad semejante. ² Según M. de Mortillet, algunas de estas ranuras han servido para dividir las hachas, sobre todo cuando la primera materia era preciosa.

M. J. Evans, en sus *Ages de la pierre*, ³ habla de un pedazo de diorita plano y regular, desgastado por sus dos extremidades y que en una sola de sus caras lleva una entalladura destinada al parecer para apoyar el pulgar. Ha sido encontrado por M. Greenwell en Scamridge (Yorshire); este objeto es muy semejante á los de Tres Cabezas.

También hemos encontrado algunas piedras pertenecientes á rocas muy diversas, que han servido para moler granos. Las había en todas las estaciones que hemos reconocido; hablaremos de ellas con más extensión á propósito del caserío prehistórico de Ifre.

Hemos recogido un número bastante grande de conchas marinas, principalmente pectúnculus agujereados cerca de la charnela, para hacer sin duda de ellos objetos de adorno. Poseemos dos de diferente magnitud, que encontramos todavía unidos.

Debemos señalar un pequeño tubo acanalado de hueso ennegrecido.

¹ Op. cit., p. 128.

² *Matériaux pour l'histoire primitive et naturelle de l'homme*. Tomo V.

³ *Les Ages de la pierre*, por J. Evans. — Traducción de E. Barbier, p. 233.

Veremos repetidas veces esta clase de objetos, utilizados como piezas de adorno para collares, en las sepulturas del Argar.

El arte del alfarero no estaba, por cierto, en sus comienzos en este pueblo.

La pasta empleada es siempre bastante tosca, bien que con una gran desigualdad, indudablemente buscada á propósito. En las vasijas trabajadas con menos esmero contiene aquélla, diseminados en la masa, pequeños cantos de grosor variable, que la dan consistencia. Las más finas presentan una pasta casi del todo homogénea, en la que son muy raros los grumos que se notan.

La cochura es también muy desigual y revela cierta inexperiencia aún en esta rama del arte. Conviene advertir, sin embargo, que la temperatura elevada que se produciría en los incendios, que acaso destruyeran las viviendas, puede haber obrado de diferente manera sobre los objetos de barro abandonados, y que su enterramiento ha debido deteriorar una gran parte de ellos.

Esta diversidad en el grado de cocción trae consigo la del color de los objetos. La pasta, en el exterior, es con frecuencia de un color rojo más ó menos obscuro y hasta negro; en el interior, es gris negruzca ordinariamente, y alguna vez roja.

La de las vasijas más esmeradamente trabajadas ha debido sufrir, antes de su amasadura, cierta preparación.

Algunas piezas hállanse revestidas de una capa negra lustrosa, que la cocción y el tiempo han más ó menos alterado. Trataremos más adelante detalladamente de la manera de producir este color.

Las formas de las vasijas son, en general, cilíndricas ó ligeramente cónicas, y sencillas en todos los casos.

Creemos que todas ellas han sido fabricadas sin hacer uso del torno; para el mayor número, la cuestión no puede dar lugar á duda ninguna. Las ordinarias llevan también con frecuencia una mano de una arcilla fina rojiza, habiendo sido además alisadas. Debe observarse que esta mano de arcilla fina, ocultaba las rugosidades y hacía más impermeable la vasija.

Sobre la superficie de una vasija no barnizada ni alisada el torno debía dejar señales, que se acusarían por series de líneas circulares escalonadas.

Naturalmente que de la no existencia de esas líneas sobre vasijas barni-

zadas y alisadas no puede deducirse que no hayan sido hechas al torno, porque aquellas dos operaciones habrían hecho desaparecer las señales en cuestión, si la rueda del tornero hubiese servido para fabricarlas.

Por otro lado, no porque las secciones por planos perpendiculares al eje de las vasijas den círculos perfectos, han de ser éstas necesariamente hechas al torno. Debían emplearse para ello moldes naturales, piedras, calabazas silvestres, frutos distintos; también han debido servirse de objetos viejos de la misma clase y de pedazos de madera tallados.

Hay entre los objetos de tierra cocida de Tres Cabezos, como hemos dicho, piezas muy toscas, producidas sin auxilio de la rueda del alfarero, de un modo tan visible que no es lícito ponerlo en duda. Si se admitiese el empleo del torno en la fabricación de otras vasijas mucho más finas, debería suponerse el uso de este aparato para ciertos casos solamente, ó bien debería concluirse que nos hallamos en presencia de dos etapas en el arte del alfarero, separadas entre sí por la invención del torno. Lo que no admite duda es la destreza de nuestros artífices primitivos; y una vez inventado el torno, les hubiese sido incomparablemente más fácil fabricar vasijas con esta máquina. ¹

El fondo de las vasijas está formado por superficies curvas bastante aplanadas para que por sí solas se tengan en pié.

Algunas llevan asas ú orejetas agujereadas. Las asas no agujereadas son muy abundantes.

Son notables las bellas tazas representadas en las figuras 44, 45 y 46, lámina 3; la superficie exterior, de un hermoso color negro, está alisada cuidadosamente y salpicada de hojuelas brillantes de mica plateada, de un efecto precioso. M. Schliemann señala también esta particularidad, al hablar de los vasos troyanos; motivo es éste para que nos preguntemos si se escogían

¹ La aptitud de las mujeres *Conibos* (América del Sud) para fabricar objetos de alfarería, decorarlos y barnizarlos, merece una atención especial.

Sin otro formón que sus dedos y una valva grande de marisco, fabrican ánforas, cántaros, copas y jarros, cuyo corte recuerda los mejores tiempos de la cerámica ando-peruana.

Arrollan su arcilla en forma de pequeñas tiras, que van sobreponiendo y mezclando unas á otras; y su golpe de vista es tan certero, que no se observa jamás en sus obras una línea indecisa ni una curva dudosa. El torno del alfarero no alcanza precisión más matemática. Sus talleres se encuentran establecidos en los claros que se ofrecen en los bosques.

Para hacer la cochura descienden á la ribera, donde encienden para ello un fuego moderado. Allí, mientras ellas están en vela, una vieja matrona danza á fin de impedir que el maligno espíritu toque las arcillas incandescentes con su mano, que las quebraría al punto.—(*Tour du Monde*, 1861, p. 167.—Del Océano Pacifico al Atlántico, por Marcoy).

deliberadamente arcillas micáceas para obtener así una especie de ornamentación en las obras de alfar.

Una de las dos tazas que señalamos aquí fué encontrada en la casa A (V. lám. 3) metida en otra vasija mayor, figura 43 (Lám. 3), y más tosca, que tiene cuatro orejetas de agujeros verticales. También ella está provista, en su parte inferior, de una orejeta en la que se empezó á abrir un agujero vertical, cuando la pasta estaba blanda, sin que llegara á concluirse. La otra taza lleva un asa semejante, pero atravesada de parte á parte.

Hemos encontrado además vasijas rotas y fragmentos de ellas, en los que los bordes de la fractura presentan agujeros, practicados en todo el espesor de la pasta por medio de un útil puntiagudo, un punzón de pedernal seguramente. En la vasija representada en la figura 41 (Lám. 3) la disposición de estos agujeros dos á dos, uno á la izquierda y otro á la derecha de la fractura, muestran claramente que han servido para pasar por ellos algún ligamento, á fin de reparar la vasija. Ésta presenta cerca de su borde dos hendiduras próximas y tres agujeros, sirviendo así el de en medio para cada una de las dos composturas. Ignoramos de qué substancia estaban hechos los ligamentos. Debían ser para ello muy buenas las tirillas de pieles frescas, que por la desecación se encogen y se vuelven muy duras.

Se encuentran hoy todavía en España remendones nómadas de cacharros, llamados *lañadores* (del verbo *lañar*); á una y otra parte de las hendiduras practican un agujero por medio de un taladro especial, pero sin atravesar la pared; las dos partes se sujetan por un alambre sólidamente cogido en los agujeros; y se bañan éstos y los labios de la fractura con un betún ó zulaque hecho de cal y clara de huevo, que lo consolida todo y asegura la impermeabilidad de la hendidura.

La vasija que representa la figura 42 (Lám. 3) lleva dos orejetas situadas una cerca de la otra y atravesadas por un agujero vertical; en el lado opuesto se ven las señales de un asa rota.

El pedazo representado en la figura 50 pertenece á un modelo curioso. Su forma recuerda la urna de los Toyos.

Las vasijas figuras 35 y 68 (Lám. 3) presentan cerca de su borde superior tres apéndices en relieve, cuyo destino no comprendemos. El número 41, de que hablamos ya, tiene un saliente parecido en uno de sus lados; en el opuesto hay cinco de ellos.

El fragmento que muestra la figura 69 lleva un motivo de ornamentación tosco, compuesto de líneas onduladas trazadas en hueco sobre la pasta aún blanda; es la única obra de alfar en que aparece una idea de decoración.

Se ve en la figura 39 (Lám. 3) una vasija de barro negruzca muy tosca; el fondo es plano y está atravesado por un gran agujero circular de cinco y medio á siete y medio centímetros de diámetro, que ocupa casi todo el fondo, y se abrió deliberadamente cuando aquélla fué labrada.

La figura 40 representa una especie de tubo; una de sus extremidades está ensanchada.

Citemos aún el tapón en forma de trompo, figura 32 (Lám. 3); el curioso objeto representado en la figura 30, que pudo acaso prestar el oficio de huso aunque el agujero no lo atraviesa; los fragmentos de tierra cocida roja, tosca, figuras 52 y 53, semejantes á tubos, que forman cuerpo con pedazos de vasija; y las urnas con orejetas, figuras 33 y 34, encontradas junto á las paredes de la casa A.

Las vasijas que se encontraron enteras no contenían otra cosa más que tierra negra; varias de ellas se hallaban cubiertas con una tapa de pizarra, recortada en los bordes, á fin de darle una forma más ó menos redonda. Véase figura 70 (Lám. 3).

Pizarras análogas sirven aún para el mismo uso entre los habitantes actuales de la comarca.

Los objetos de tierra cocida de que acabamos de hablar son parte de vasijas.

Quédanos por mencionar un fragmento de una especie de brazal rojo de barro, figura 29 (Lám. 3), atravesado por dos agujeros en su extremidad.

Describiremos más adelante un objeto semejante, pero entero. Por último, las singulares piezas de que son muestra algunos ejemplares figurados en la lámina 3 (Figs. 24-28).

Su forma varía de la elipse al rectángulo de esquinas redondeadas. Se ven en las figuras 25, 26 y 27 cuatro agujeros dispuestos simétricamente; dos de ellos han sido ensanchados, del mismo lado, por el uso; este desgaste debe haber sido producido por el paso de una cuerda.

Hay algunas de estas piezas que sólo presentan dos agujeros. Todas ellas

se encontraron reunidas en un mismo paraje. Recuerdan las piedras destinadas á tender los hilos en el arte de tejer primitivo.

A pesar del cuidado que hemos puesto en nuestras excavaciones, ningún vestigio de metal hemos encontrado en este caserío; debemos, por consiguiente, considerarlo como neolítico.

Hagamos constar el agrupamiento de las cabañas aisladas, desde esos tiempos remotos; de aquí puede racionalmente deducirse que la familia estaba ya fundada.

Los utensilios eran aún muy primitivos; las hachas y cuñas de piedra pulimentada son bastante abundantes, siendo de notar la escasez de hojas de pedernal y de huesos trabajados y la ausencia completa de puntas de flecha.

El arte del alfarero está ya bastante desarrollado; aunque dominan las formas toscamente modeladas, algunas son, no obstante, elegantes; los adornos que en ellas hemos señalado denotan un sentimiento artístico naciente. El gusto por los aderezos también se manifiesta. El colmillo de un jabalí nos indica la existencia de cazadores; las piedras de molino acusan la presencia de cereales y su transformación en harina.

No sabemos sino de un modo incompleto como esas gentes fabricaban sus viviendas; pero vemos que no eran trogloditas y sabían construirse guaridas capaces de resistir á la intemperie. La disposición de esos interiores de cabaña recuerda perfectamente los que se encuentran, en general, por todas partes en esta época, y singularmente los de la Vibrata (Abruzos, Italia).

Respecto á sus sepulturas, carecemos por completo de noticias.

Dejando el sitio del lugar prehistórico cuyos restos acabamos de describir, y siguiendo hacia el norte por la orilla de la meseta, encontramos inmediatamente un cerrillo en el que hemos hallado algunos fragmentos de pedernal trabajado y de toscas piezas de alfar. Un poco más lejos descubrimos la existencia de un nuevo caserío.

El lector podrá darse cuenta del emplazamiento relativo de las estaciones, por el examen del plano I de la lámina 9, que nos dispensa de más largas explicaciones.

La vivienda que en este plano se halla figurada en *g* parece formar parte, por su situación, de esta última estación; pero nuestras excavaciones nos han demostrado que se separaba, por su mobiliario, de las casas vecinas, y

debemos considerarla como contemporánea de las que acabamos de examinar. Podrá juzgarse de ello por lo que vamos á exponer.

Ni el más pequeño vestigio de un sistema de construcción cualquiera hemos podido descubrir en ella, sino tan sólo un espacio reducido, que apenas ocupa algunos metros cuadrados, cubierto de tierra negruzca en un espesor de unos cuarenta centímetros.

Esta tierra contenía: seis *celts* pulimentados y un percudidor de diorita, figuras 71-72 (Lám. 3), encontrados juntos de igual modo que en *E*, en la estación precedente; un raspador retocado también del lado anterior, un pedazo de pedernal resquebrajado y una hermosa hoja igualmente de pedernal; una concha del género *conus* perforada y dos vasijas, figuras 75 y 76 (Lám. 3).

La primera es de una factura muy tosca, aunque bien cocida y sólida; su forma es cónica truncada, de fondo plano. Lleva en toda su altura una gran asa vertical quebrada, que se ensancha cerca de la fractura.

Hacia la parte inferior de esta asa hay practicados dos agujeros horizontales; el más elevado de ellos la atraviesa de parte á parte, terminando, por consiguiente, de un lado en el interior de la vasija, y del otro en la fractura; el segundo, que seguramente es fruto tan sólo de una tentativa de taladro, no atraviesa el asa, partiendo del interior del vaso.

El ensanche de esta especie de asa cerca de la fractura ¿indicaría que por este lado se adhería á otra vasija, sirviendo el agujero para establecer la comunicación entre ambas?

No podemos hacer más que emitir la idea; ni acertamos cuál podía ser el destino de esta singular obra de alfar.

La segunda vasija es una pequeña taza del mismo modelo que la de que más arriba tratamos, figura 44 (Lám. 3), bien que algo más pequeña y de ejecución menos esmerada que ésta; lleva también una orejeta agujercada cerca del fondo, que está roto.

Antes de describir las otras viviendas descubiertas en la proximidad de la que acabamos de citar, debemos hablar de otros hallazgos que se refieren también al período neolítico.

CAPÍTULO VI

PALACÉS.

ESTE lugarejo está situado en la orilla derecha del río Almanzora, á cinco leguas de su desembocadura. Á mitad del camino entre Palacés y Zurgena (véase nuestro mapa detallado) hemos descubierto las sepulturas 1 y 2, cuyos objetos representamos en la lámina 4. La sepultura número 3 estaba situada á legua y media de allí, al otro lado del río.

Todas tres se encontraban en la cúspide de pequeñas colinas, y consistían en unos espacios próximamente circulares, de dos metros cincuenta centímetros de diámetro, cerrados con losas y piedras colocadas de canto en una altura de veinte á cuarenta centímetros; no tenían ni fondo ni tapa, habiéndose echado á su alrededor tierra y piedras para proteger el monumento. En su interior y en la tierra en parte removida que llenaba las tumbas, yacían abundantes restos de osamentas humanas en muy mal estado, prendas de atavío personal y útiles; la lámina 4 representa los más completos de estos objetos.

En las tres sepulturas encontrábanse cuchillos de pedernal: la de número 3 conservaba además algunos fragmentos de puntas de hueso.

Los objetos más notables son unos brazaletes formados con el cerco exterior de grandes conchas del género *pectunculus*, cuya parte central ha

sido del todo eliminada á frotación; la superficie del aro así obtenido ha sido estregada á veces un poco más todavía para redondear algún tanto la sección. Algunos fragmentos semianulares de la misma materia llevan agujeros de suspensión en los dos extremos: los tenemos por colgantes de collares, pues volveremos á encontrar adornos de la misma forma que se llevaban indudablemente en el cuello.

Las cuentas de collar consisten en tubos de dentálidos, cipreas perforadas, olivas ¹ de esteatita verde y pectúnculus agujereados cerca de la charnela. La sepultura número 3 contenía uno de éstos cuyo borde ha sido desgastado según un plano único.

En todas tres había fragmentos de pequeñas vasijas de tierra cocida de forma globular, gruesos y provistos de pezones.

No hemos descubierto el menor vestigio de incineración. Sin vacilación ninguna, creemos deber referir estos enterramientos á la época neolítica.

La construcción de las tumbas es curiosa. Dada la disposición de sus paredes, no han podido éstas ser muy altas, ni recibir una pesada tapa de piedra. La disposición de las losas recuerda la que se ve también en ciertas casas que encontraremos más adelante; parécenos, por lo tanto, que estos lugares de reposo de los muertos eran verdaderas moradas, copiadas de las usadas por los vivos y de las cuales no vemos más que los cimientos. La parte superior se formaría con maderos ó con tierra, ó de cualquier otra manera.

Esto no es más que una hipótesis, que, sin embargo, nos parece muy natural.

El señor Mac Pherson ha encontrado en la *Cueva de la Mujer* (cerca de Alhama, Granada) un brazalete idéntico á los de Palacés y un fragmento anular de otro con una de sus extremidades perforada y la otra rota. Algunas hachas pulimentadas y algunos cuchillos de pedernal acompañaban á estos objetos. Otro brazalete ha sido encontrado en Dijon, dentro de una sepultura, junto con una sortija hecha igualmente de una concha y unas treinta y ocho valvas de cardiums perforadas y reducidas á triángulos de magnitud uniforme. Un tercer brazalete procede de una sepultura próxima á Arvier (valle

¹ Para designar ciertas cuentas de collar, más ó menos elipsoidales, han convenido los arqueólogos en llamarlas *perlas en forma de oliva*, y por abreviación *olivas*.—NOTA DEL TRADUCTOR.

de Aosta, Italia), juntamente con dos arcos de círculo extraídos de una concha y perforados por sus dos extremos.

Las tres sepulturas de Palacés han dado entre todas cerca de cien objetos de este género, entre los cuales se cuentan veinticuatro brazaletes y once arcos de círculo enteros. El resto lo constituyen fragmentos de una ú otra de estas dos clases de adornos.

CAPÍTULO VII

LA PERNERA.

EL sitio de la *Penera* se encuentra en lo alto de una de las colinas en que se divide la cordillera que separa el valle del río de *Antas* de los del *Real* y de *Vera*, á un kilómetro y medio próximamente al Nordeste del burgo de *Antas*.

Por virtud de esta posición, dominanse con la vista uno y otro valle; y un alegre verdor anima un tanto el paisaje, de aspecto generalmente tan triste.

Penera significa pedernal; y con bastante frecuencia se da este nombre á los parajes en que se encuentran pedernales, sea en forma de yacimiento, sea en la de útiles prehistóricos.

El suelo de la estación está formado en su mayor parte por gruesas guijas cuarzosas, aglutinadas á veces constituyendo un conglomerado poco resistente, y á trechos por una pequeña cantidad de tierra vegetal.

La eminencia que la misma ocupa apenas se destaca sobre el terreno.

No hemos podido descubrir en ella más que algunos restos de un muro antiguo hecho de piedra trabada con tierra y siete sepulturas.

Todo el interés de esta estación estriba en la tumba número 1. Hallábase colocada en la cima del montecillo y había sido construída con losas de piedra. Pero recientemente fué violada y las losas habían desaparecido, no quedando de ellas más que algunos trozos dispersos.

Por la tierra removida de la excavación, pudimos conjeturar que esta

sepultura debió tener un metro ochenta centímetros de largo, un metro cincuenta centímetros de ancho y unos sesenta centímetros de profundidad.

Como es de suponer, el interior de la sepultura había sido grandemente revuelto al arrancar las losas; mas, por fortuna, no había desaparecido todo: la zona inferior de la tierra hallábase en parte intacta. De ella hemos extraído:

Algunos fragmentos de huesos humanos.

Doscientos ochenta dientes también humanos.

Tres puntas de hueso labrado.

Cuarenta y cinco perlas de esteatita, de un tipo larguirucho.¹

Restos de dos toscas tazas de tierra cocida, con pezones perforados.

Tres hojas de pedernal, la más larga de las cuales tiene ciento sesenta y cinco milímetros.

En fin, el curioso objeto de pizarra blanda figura *a* (Lám. 5).

Estos hallazgos están figurados en la lámina 5.

Es indudable que, cuando la sepultura fué violada, debieron extraviarse algunos dientes; tampoco nosotros podemos pretender que hayamos recogido cuantos quedaban; y no todos los cadáveres, por otra parte, tendrían pobladas por completo sus mandíbulas, como es evidente.

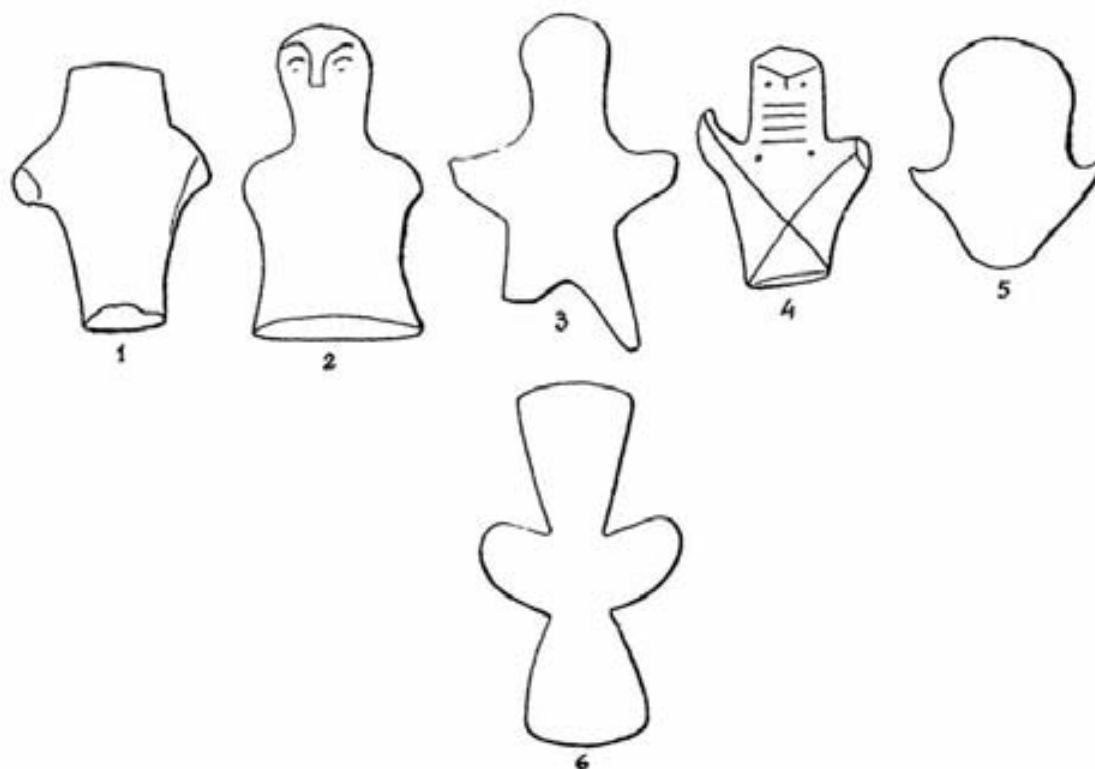
Puede, por lo tanto, afirmarse que esta sepultura contenía, por lo menos, los restos de diez individuos y probablemente más.

La descarnadura de los cuerpos antes de su inhumación no se deduce como consecuencia de este descubrimiento.

En efecto, el prisma capaz, diremos sirviéndonos de la expresión empleada en el corte de piedras, de un cadáver encogido no traspasa casi nunca el volumen de un paralelepípedo de ochenta centímetros de altura y de una base cuadrada de cuarenta centímetros de lado, es decir, 0^m^3128 , ó sea, para diez cuerpos 1^m^3280 ; y la sepultura de la Pernerá tenía por lo menos 1^m^3500 .

Por otra parte, pueden haberse hecho allí enterramientos sucesivos, á medida que los primeros ocupantes quedaban reducidos al estado de esqueleto y cogían, por consiguiente, mucho menos espacio.

¹ Nuestros amigos D. Francisco López, juez, y D. Santiago Moreno, antiguo coronel de ingenieros, residentes en Orihuela (provincia de Alicante), poseen algunas perlas enteramente semejantes, otras de serpentina noble y algunas puntas de flecha de pedernal procedentes de la *Cueva de Roca*, próxima á Orihuela: esta cueva fué excavada por gentes ignorantes, que arrojaron al exterior todos los escombros procedentes de los trabajos; en estos escombros se encontraron los objetos antes mencionados, que aquellos señores conservan cuidadosamente. No se encontró nada de metal.



COMPARACIÓN DE LA FIGURILLA DE LA PERNERA

CON LAS DE HISSARLIK

(páginas 44 y 45)

-
1. Fragmento de una tosca figura de tierra cocida. Primera ciudad prehistórica de Hissarlik. — En escala mitad del natural próximamente.
 2. Figura de tierra cocida. Segunda ciudad de Hissarlik. — En escala dos tercios del natural.
 3. Figura tosca de tierra cocida, que probablemente es un juguete de niño. Segunda ciudad de Hissarlik. — En escala mitad del natural próximamente.
 4. Ídolo de tierra cocida. Segunda ciudad de Hissarlik. — En escala mitad del natural próximamente.
 5. Ídolo de tierra cocida. Segunda ciudad de Hissarlik. — En escala mitad del natural próximamente.
 6. Figura de pizarra de la Pernerá (sepultura 1). — En escala mitad del natural.
-

El objeto de pizarra blanda, figura *a*, que contenía la sepultura, es muy interesante.

Se ve que es próximamente simétrico con relación á su eje mayor; pero entre los apéndices superior é inferior media alguna diferencia: este último es un poco más endeble en su arranque, y en su extremidad presenta un corte bastante afilado; la parte correspondiente del otro es más gruesa y sus ángulos están más redondeados.

Las señales del trabajo que sobre él se ejecutó se ven en varios puntos; atendida la poca dureza de la piedra, dicho trabajo ha podido hacerse con un útil cualquiera.

No podemos dispensarnos de comparar este hallazgo con el de los ídolos que M. Schliemann hizo en Hissarlik; éstos y aquél los figuramos aquí.

El sabio explorador alemán dice á este propósito:¹

«Los ídolos de Hissarlik son ciertamente más toscos que los más toscos que jamás se hayan encontrado en Grecia ó en otras partes.

»Por bárbaros que sean los ídolos de Micenas y Tirintho, son, con todo, obras de arte y obras maestras en comparación de los ídolos troyanos.

»La concepción de la forma humana como un todo orgánico, concepción que realiza el arte griego desde sus comienzos, no parece que fuera del dominio del pueblo que aquí existía.

»El artista troyano empezó, como observa ingeniosamente M. Newton, según lo que esas esculturas primitivas representan, por algo más elemental aún que el enano de Shakespeare, tallado al concluir de cenar en una corteza de queso; lo que cambió este informe esbozo en una representación completa del ser humano fué el instinto del genio griego, exaltado y desenvuelto por su contacto con las razas más civilizadas que rodeaban á aquel pueblo, á la vez que se asimilaba los principios del arte egipcio y del asirio, á consecuencia de sus relaciones con los fenicios.»

Hay, por otra parte, en el Museo de Madrid, perlas egipcias de vidrio azul, cuya forma recuerda el objeto de que se trata.

El artista que produjo la escultura de la Pernera ¿tuvo el designio de reproducir, toscamente esbozada, una figura humana, al labrar un trozo de pizarra en que el acaso había producido anticipadamente una forma más

¹ Ilios — traducción francesa — pág. 282.

primitiva aún, pero ya más ó menos indicada? ¿Sería este objeto tan sólo un juguete que se habría puesto en la tumba del niño que con él se divertía? ¿Debe verse en él la imagen convencional de una divinidad, como el Paladión de los troyanos, enterrado con los cadáveres para protegerlos y darles felicidad en la otra vida? Esperamos que nuevos descubrimientos permitirán responder á estas preguntas. La rareza, entre nuestros hallazgos, de objetos que puedan ser considerados como ídolos y su comparación con los de otros países prestan á este asunto gran interés.

Las tumbas de números 2 á 7 no eran otra cosa que pequeñas excavaciones practicadas bajo unos salientes formados por los bancos de conglomerado, que de esta suerte las resguardaban.

Los esqueletos yacían en esos hoyos, mezclados con el guijo y con la tierra en un estado de alteración extremado; sólo hemos podido recoger en ellos algunos dientes y restos de osamentas.

Los ajuares funerarios eran de lo más reducido que cabe, no habiendo encontrado apenas más que fragmentos de vasijas y muy pocas de ellas enteras, todas de factura bastante tosca.

El objeto de barro que representa la figura *s* (Lám. 5) es el pié de una copa; es la primera vez que encontramos esta forma tan notable; de ella nos ocuparemos más adelante.

La sepultura número 2 contenía los restos de dos esqueletos, la vasija figura *p* (Lám. 5) y una pequeña sortija de cobre ó bronce (Fig. *o*).

Como se ve, estas últimas sepulturas son absolutamente distintas de la de número 1 bajo todos aspectos, y si de ellas hablamos aquí es porque fueron encontradas en el mismo paraje que esta última.

Las de números 2 á 7 no contenían más que uno ó dos esqueletos y recuerdan por su mobiliario las tumbas más pobres del Argar que luego describiremos; la de número 1, por el contrario, contenía los restos de varios individuos y un ajuar francamente neolítico, si la violación parcial de la sepultura nos permite ser en este punto tan afirmativos.

Sea de ello lo que quiera, insistimos en la gran diferencia entre la una y las otras, diferencia que difícilmente nos permite atribuir las á una misma época.

CAPÍTULO VIII

ATALAYA DE GARRUCHA.—CABEZO DE LA RAJA DE ORTEGA.

EN la Atalaya de Garrucha, no lejos de Mojácar, se halla el emplazamiento de una sepultura violada, de un metro cuarenta y cinco centímetros de largo, sesenta y cinco centímetros de ancho y setenta de profundidad. No quedaban en ella más que un cuchillo de pedernal de dos filos, retocados del lado posterior, algunos fragmentos de vasijas y varias osamentas. Á algunos metros de distancia de ésta, debe haberse violado otra tumba: las piedras fueron levantadas y el contenido dispersado; puede ser también que haya habido allí una habitación. Hemos podido retirar de estas ruinas objetos bastante interesantes, que vamos á describir.

Abundantes osamentas humanas cubrían la tierra, pero todas se hallaban reducidas á menudos pedazos: no se observan señales de incineración.

Algunos trozos de pequeños y toscos recipientes de tierra cocida acusan formas esféricas.

Los objetos destinados al atavío personal son los siguientes:

Dos perlas de esteatita, de igual forma que las de la Pernera; un pedazo de concha con el borde desgastado, absolutamente de la misma manera que uno de los pectúnculus de Palacés (sepultura número 3). Algunas patelas y cardiums, acaso destinados á ser transformados en objetos de adorno, como los de los Toyos.

He aquí la enumeración de los útiles:

Una punta de hueso;

Un núcleo y algunos trozos de pedernal;

Un trozo de caliza, acaso accidental;

Una hoja de cuchillo de pedernal;

Un gran punzón, hecho de una hoja cuyos cortes se rebajaron considerablemente en una de sus extremidades;

Un pequeño raedor mal hecho;

Un útil de calcedonia, de forma bastante particular: es un fragmento de hoja, que parece provenir de un cuchillo, cuyos lados rotos están rebajados, mientras que los cortes no han sido retocados; uno de éstos, más largo que el otro, es ligeramente cóncavo; este pequeño instrumento recuerda las tajaderas de los Kjœkenmoeddings daneses.

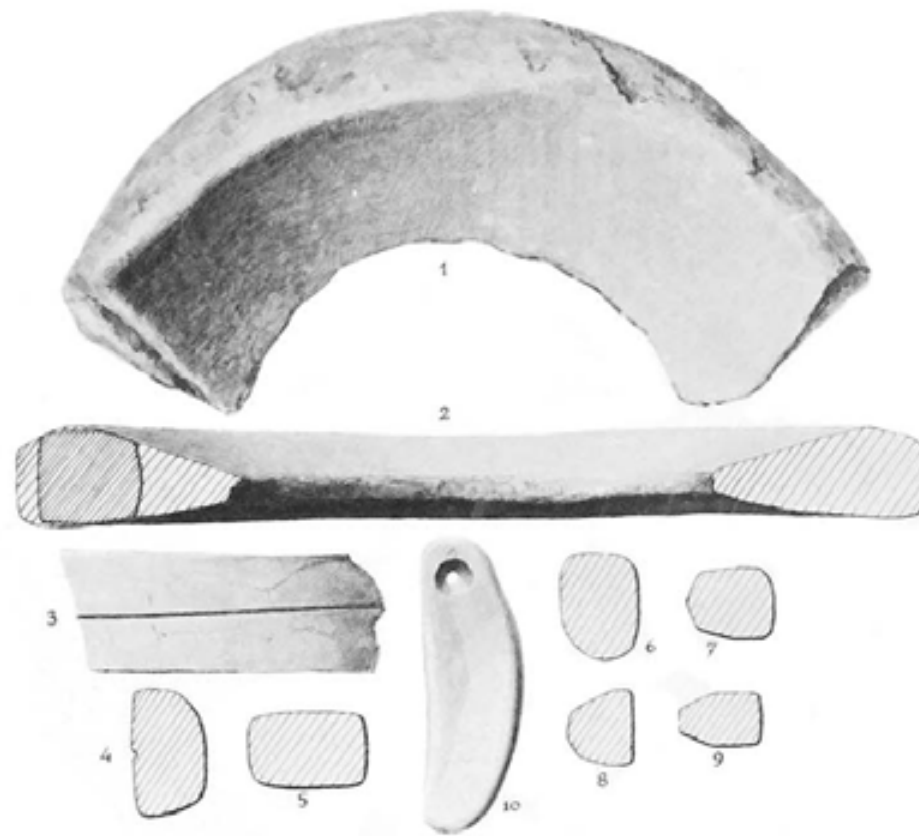
Tenemos, en fin, una pequeña hoja de cuarzo perfectamente transparente. Las dos caras posteriores están formadas por los planos del cristal primitivo.

Á quinientos metros de la Atalaya se encuentra el Cabezo de la Raja de Ortega, donde se recogen núcleos de pedernal, generalmente pequeños, ripio del mismo, hojas, etc., de un trabajo parecido al de los utensilios del Gárcel; cuarzo con señales de haber sido labrado; piezas toscas de alfar, percutores, hachas pulimentadas rotas, conchas perforadas, etc. Un pendiente se halla formado por un arco de círculo extraído de una concha y perforado en su extremidad.

Haremos mención especial de los anillos de piedra que proceden de este cabezo. Una vez más dejamos de verlos enteros y los pedazos tampoco son muy grandes.

La primera materia consiste en mármol blanco, caliza ordinaria azulada ó blanca, caliza formada de pequeños elementos redondeados adheridos por una pasta también calífera, pizarra azul ó micacita verdosa.

Una preciosa enseñanza puede sacarse de uno de estos ejemplares: hállase el mismo formado por un pedazo de caliza blanca, labrado en forma de arco de círculo, cuyo borde externo tiene de diez á quince milímetros de espesor, mientras que el interior se termina casi en forma de corte. Se ve bien que es un anillo sin concluir y acaso desechado como malo. Ha sido extraído



CABEZO DE LA RAJA DE ORTEGA

1. Segmento de un anillo de mármol, sin acabar.
2. Corte del mismo, suponiéndolo completo. La parte de la sección que se acusa con un rayado más espeso, á la izquierda, indica la forma definitiva que el anillo habría adquirido probablemente, al estar terminado.
3. Fragmento de anillo, formando una garganta en todo su contorno.
4. Corte del mismo.
- 5, 6, 7, 8, 9. Cortes ó secciones de diferentes porciones de anillos de piedra.
10. Fragmento del cuerpo de una concha, labrado y pulimentado, atravesado por un agujero de suspensión.

Todos estos objetos están reproducidos en su tamaño natural.

de una piedra más ó menos plana, sobre cada una de cuyas caras se ha practicado una depresión, por medio, según todas las probabilidades, de otra piedra dura, especie de majadero, auxiliando además el trabajo con la interposición de alguna arena. No siendo la caliza y la pizarra muy duras, esta operación no ofrecía dificultad ninguna, y las dos depresiones acababan bien pronto por reunirse, formando un agujero: el corte delgado que su encuentro producía fácilmente se quitaba á golpes, y de esta suerte se ensanchaba el agujero: á este punto del trabajo es al que el objeto en cuestión había llegado. Cuando los bordes del agujero eran ya más gruesos, el ensanche se conseguía de nuevo por el desgaste con otras piedras más duras.

Si examinamos los anillos enteramente concluidos, en ellos vemos las pruebas de semejante trabajo. En efecto, su sección es ordinariamente exagonal: hay en ella dos lados paralelos, producidos por las caras de la primitiva tabla de piedra ó laja de donde se sacó el anillo; luego dos lados inclinados hacia el centro del círculo, resultado de la formación de las dos depresiones; y por último los lados interno y externo obtenidos quitando y desgastando la materia en exceso para reducir los diámetros mayor y menor del anillo á las dimensiones que se deseaba.

Los lados paralelos que decimos producidos por las caras de la primitiva laja deben ser atribuidos con frecuencia á una operación final de frotación. De esta manera no se adelgazaba el objeto sino después de haber terminado el trabajo más difícil, y se estaba menos expuesto á rupturas. Así es como se ha procedido con el ejemplar no concluido, en el que no se ven aún esas caras paralelas.

Cuando los anillos tenían mucha altura, es decir, eran muy gruesos, esta última operación, prolongándose mucho, podía hacer desaparecer enteramente los lados inclinados, convirtiéndose entonces en rectangular la sección. Otras veces se suprimían las aristas y la sección quedaba redondeada, al menos en el interior; por lo demás, el lado interno es siempre algo corvo, lo que da la explicación del modo como se obtenía, y el lado externo mismo rara vez es recto, sino que sus bordes siempre están un poco redondeados.

Otro anillo del cabezo de la Raja, igualmente de caliza, ofrece una particularidad curiosa: hacia la mitad del lado externo, que tiene cerca de diez y siete milímetros de altura, se ha practicado una ranura algo menor de un milímetro de ancho y medio de profundidad, como si se hubiese querido dividir en

dos el anillo, ó figurar que eran dos yuxtapuestos, ó bien pasar por dicha ranura un lazo destinado á mantener unidos los fragmentos rotos. Toda la superficie presenta resquebrajaduras, debidas, sin duda, al fuego.

Aún cuando volveremos á encontrar fragmentos de brazaletes como éstos en yacimientos más recientes, hay lugar á creer, sin embargo, que caracterizan más especialmente al período neolítico. Muchos objetos de este período han sido recogidos y utilizados por todos los pueblos que se han sucedido sobre el mismo suelo.

M. Evans ¹ cita la mitad de un anillo de piedra, que debía tener cinco centímetros de diámetro, encontrado en el cerro de los túmulos de Heatwaite (distrito de Furness). El corte transversal de este objeto parece de forma circular. Otro mayor, de diorita, proviene de Wolsonbury (Sussex); y algunos otros proceden de la caverna de Kent y de Winterbourn Stoke.

M. de Mortillet ² enumera un centenar de ellos provenientes de Francia, además de otros que lo son de Italia (Piamonte y Liguria) y del Cambodge.

Los palafitos suizos también han suministrado algunos. Se los encuentra igualmente en el Museo de Madrid, procedentes de la colección Góngora (formada en Andalucía).

¹ *Les âges de la pierre*, pág. 461.

² *Le préhistorique*, pág. 565.



AJUAR FUNERARIO DE PUERTO BLANCO

1, 2, 3, 4, 5. Hojas de pedernal, retocadas ó no. — 6, 7, 8, 9, 10, 11. Puntas de flecha: secciones de la 7 á mitad de altura y un poco más abajo; sección de la 8 junto á la base. — 12. Collar de esteatita. — 13. Hacha pulimentada de diorita. — 14, 15, 16, 17, 18. Útiles de hueso.

CAPÍTULO IX

CRUZ DE ANTAS.—PUERTO BLANCO.—CABEZO DEL MORO.

CRUZ DE ANTAS.—A poca distancia de la Pernerá, en un espacio casi circular, de un metro cincuenta centímetros próximamente de diámetro, circuido por algunas losas y lleno de tierra, encontrábase los restos de dos cadáveres, á los que acompañaban un cuchillo de pedernal y un fragmento de otro, dos flechas de pedernal en forma de losanje, algunos trozos de cuarzo y un punzón de cobre de nueve centímetros de largo.

PUERTO BLANCO.—Éste es el nombre de un paraje distante un cuarto de legua de las Herrerías, en el cual hemos encontrado una sepultura en forma de rectángulo con las esquinas redondeadas, de dos metros de largo por un metro cuarenta centímetros de ancho. Juntamente con los restos de ocho muertos, encontrábase en esta sepultura:

Un hacha de piedra pulimentada; cinco cuchillos y seis puntas de flecha de pedernal: cuatro puntas y una hoja de hueso; quince perlas de esteatita; y un fragmento de punta de cobre. De las puntas de flecha hay tres notables. Están labradas como las del Gárcel y parecen derivarse de ellas, pero la punta resulta más prolongada y la base ha adquirido una forma mejor calculada. Son también pedernales trapezoidales, que parecen como estirados según una línea dirigida del vértice de la punta al pedúnculo; ya sabemos

que éste apenas se halla indicado en las flechas más perfeccionadas del Gárcel. Por su forma, recuerdan la flecha de la Gerundia (Fig. 95, lám. 1). Todos estos tipos se enlazan unos con otros, todos tienen caracteres comunes. Por nuestra parte, creemos ver en ellos el perfeccionamiento de la industria indígena, merced al contacto con otra más adelantada: las nuevas formas no suprimen los antiguos procedimientos de labra.

Los ajuares funerarios de Cruz de Antas y Puerto Blanco pertenecen á la civilización neolítica. La presencia de algún metal prueba, no obstante, que no debe concederse á esta apreciación un valor cronológico absoluto. Estas tumbas son contemporáneas de las estaciones que estudiaremos en la segunda parte de este libro, pero representan un estado de cosas más atrasado y tienen aquí su puesto natural.

CABEZO DEL MORO. — Este sitio se encuentra un kilómetro y medio al Norte de Antas. En la pendiente de la colina, que es de poca elevación, hemos explorado una excavación natural, pequeña y estrecha, de ocho metros de longitud; su boca de entrada medía dos metros y cincuenta centímetros, hallándose cerrada por un muro de piedras trabadas con barro. En el interior encontrábanse, una al lado de otra, dos sepulturas formadas cada una por piedras planas puestas de canto, de manera que venían á constituir un pequeño espacio rectangular, no cubierto por encima. Hallábanse rellenas de tierra, no existiendo ya en ellas las osamentas; en una de las tumbas apareció una taza redonda de tierra cocida, fabricada á mano; en la otra se recogió un pedazo de otro objeto semejante.

Más arriba extiéndese una meseta muy análoga á las de Tres Cabezos y de Campos. Como en el primero de estos sitios, vense allí manchas negras en medio de un terreno blanco, formado por costras calizas: toda la superficie ha sido recientemente removida, sirviendo la piedra blanca para fabricar cal. Hemos podido recoger allí un hacha pulimentada de diorita, algunos trozos de pedernal, restos de osamentas probablemente humanas, pero nada, ni un solo pedazo de objetos de alfar. Esta rareza en restos de productos industriales, á pesar de la existencia de numerosos centros de habitación bien marcados, y la remoción casi completa de todo este poblado son cosas muy extrañas. ¿Estaría acaso reservado este lugar de un modo especial á las inhumaciones de una tribu pobre?

Al pié del Cabezo, por la parte del Este, existen grandes piedras caídas de la cúspide, que no son otra cosa que gruesos cantos procedentes de un conglomerado cuaternario formado de pequeños elementos. Al romper no ha mucho uno de ellos para emplearlo en la construcción de una casa, y en una hendidura que presentaba, encontramos algunas cenizas y tres grandes majaderos de micacita.

Algunos metros más abajo, desmontando un terreno, se encontró, hace algún tiempo, un fragmento de barro cocido que constituía el cuello de una copa con pié, forma que caracteriza á nuestros yacimientos menos antiguos.

Un poco al Norte del Cabezo, igualmente cerca de su base, dícese que se desenterró una urna que iba acompañada de cenizas y de carbón vegetal. Cuéntase también que en la llanura vecina se han encontrado en otro tiempo anillos de pizarra enteros, como los que recogemos hoy día. Esta antigua llanura de aluvión es sumamente fértil y ha estado siempre muy poblada de agricultores.

CAPÍTULO X

COCEDORES.— CUEVAS DE PELCHELES, DE PARAZUELOS, AHUMADA.

VAMOS á abandonar de nuevo por algunos instantes la comarca en que hicimos nuestros primeros descubrimientos para trasladarnos un poco más al Nordeste.

Hemos de conducir al lector á través de un país pobre y estéril, pasando ante todo por los sombríos barrancos de Sierra Almagrera, para costear en seguida las orillas del Mediterráneo, dejando á nuestra izquierda el distrito minero del Pilar de Jarabia, en donde encontramos algunos vestigios de muros y restos de cerámica prehistórica poco importantes.

Una legua antes de llegar á *Águilas*, tenemos que señalar una estación casi enteramente destruída por la agricultura, en un paraje llamado *Cocedores*. Está situada en un pequeño vallejo, á algunos metros de la orilla del mar.

Alguna tierra negra señala su presencia. No poseemos de ella más que una bellísima hacha de diorita, de un magnífico trabajo, y una hoja labrada de pedernal.

Pasamos más allá de la pequeña villa de *Águilas*, puerto de mar de escásima importancia, que disputa á *Villaricos* (desembocadura del río Almanzora) el honor de haber sido el sitio de emplazamiento de la población romana de *Ursi*.

El camino deja á la derecha el cabo de Cope, donde se asegura que se han encontrado monedas romanas de oro; luego se aleja del mar, atravesando una árida llanura, y llega á la sierra del *Lomo de Bas*.

Es ésta una montaña de aspecto lúgubre, á la que trepamos por una senda de cabras, para volverla á bajar en seguida y desembocar en el valle de la rambla de Ramonete, que luego atravesamos.

Si continuamos andando en la misma dirección, llegaremos á la *Rambla de Ifre*, separada un par de kilómetros de la de Ramonete; junto á las márgenes de estos dos torrentes, se encuentran cierto número de pequeñas cavernas naturales, que alguna vez fueron utilizadas por los hombres prehistóricos.

Citemos entre ellas:

La *Cueva de los Toyos*, de que ya se ha hablado.

La *Cueva de Pelcheles*, sita junto al mar, y de la que poseemos una punta de flecha de pedernal, labrada en forma de losanje, algunos fragmentos de objetos de alfar y una muela de piedra. En la proximidad de la cueva y sobre la playa misma hemos encontrado dos hachas pulimentadas, una de ellas de diorita y la otra de una roca verde más blanda, juntamente con numerosos trozos de cuarzo.

La *Cueva de Parazuelos*, poco distante de la precedente; en ella encontramos pedazos de cerámica, desperdicios de cocina y un hacha pulimentada de diorita.

La *Cueva ahumada*; esta caverna, ó por mejor decir, esta guarida, se encuentra más tierra adentro que las dos cuevas anteriormente citadas; su posición, por otra parte, está indicada en nuestro mapa; sirve de refugio á rebaños de carneros y de cabras, debiendo su interior haber sido objeto de completa remoción; nosotros, haciendo algunas exploraciones en la vertiente que debajo de ella se ofrece, encontramos algunos fragmentos de toscas vasijas y algunos trozos de pedernal.

SEGUNDA PARTE.

EDAD DE TRANSICIÓN

CAPÍTULO I

PARAZUELOS.

LA estación de que vamos á ocuparnos está situada al borde y en la orilla izquierda de la Rambla de Ramonete. Es una pequeña eminencia que se tiende en suave declive por la vertiente que mira al mar, del cual dista unos cuatro kilómetros, pero muy escarpada del lado opuesto, esto es, del Oeste.

La cúspide del cerrillo se eleva quince metros sobre el torrente.

Hállase el mismo constituido por un lanchón de margas terciarias, cubiertas por algunos estratos de conglomerado duro, igualmente terciario.

Sobre este conglomerado descansa un delgado manto de terreno vegetal. En el lado Oeste observamos los fenómenos de corrosión que hemos ya mencionado: las margas no han resistido á la acción erosiva, como lo ha hecho la pudinga; así que, socavada su base, se ha formado debajo de la misma pudinga una especie de guarida, al mismo tiempo que gruesas peñas rodaban por el monte abajo.

La guarida ha sido utilizada en los tiempos prehistóricos. Hoy día algún que otro rebaño de carneros ó, en su defecto, bandadas de gitanos, se

refugian de noche en la *Cueva de la tía Teresa*, nombre que se ha dado á la caverna.

El torrente de Ramonete recoge principalmente las aguas de los barrancos que descienden del Lomo de Bas; tiene una pendiente de dos por ciento y una anchura que varía de ochenta á ciento cincuenta metros, lo que le hace temible después de fuertes lluvias. Por lo demás, casi constantemente se halla en seco. En la lámina 6 damos vistas y planos del sitio.

Fácil nos fué reconocer en la cúspide del cerro un grupo de casas formadas de toscos muros, contruídos con piedras y barro. Los paramentos están hechos sin preocuparse de la línea recta, y su espesor varía sin motivo aparente.

Entra en la formación de los muros mucha tierra; y se ve que, en más de una ocasión, contentáronse buenamente sus constructores con sostener el barro que llena todo el espesor de dichos muros con piedras planas puestas de canto á una y otra parte de los mismos. En tales condiciones, las empalizadas han debido ser muy poco elevadas.

La porción más alta de ellas que hemos podido observar en su propio sitio tenía sesenta centímetros.

En la base, las piedras descansan sobre la tierra vegetal natural, bien que el suelo de las habitaciones se encuentre más bajo.

Los materiales de construcción han sido extraídos del propio cerro ó subidos del pié del mismo.

Entre *a* y *b* (plano II, lám. 6) ha existido probablemente una puerta; en *b* se ve una especie de banco ó muro formado de tierra, sostenida por fragmentos de pizarra puestos de canto; en *d* y en *e* había seguramente bancos; las cenizas indicadas cerca de ellos marcan probablemente el sitio de los hogares.

Un espesor de tierra de treinta á sesenta centímetros solamente cubria la peña; y en esta capa es donde hemos encontrado los objetos de que tenemos que hablar, los cuales no son numerosos, pero sí interesantes algunos de ellos. La lámina 7 representa las piezas más notables.

He aquí su nomenclatura:

Diez y siete puntas de flecha de pedernal, reproduciendo las formas habituales.

Cuarenta hojas de pedernal; estando casi todas retocadas ó melladas en

los bordes. La más notable de ellas no está reproducida en la lámina 7. Es una hoja de ciento treinta y cinco milímetros de largo y quince de ancho, de sección triangular; los dos cortes aparecen rebajados del lado posterior: hállanse además fuertemente lustrados, lo que prueba que han servido largo tiempo para aserrar; y hasta se observan en ellos algunas estrias longitudinales. Este lustre no existe, como es natural, en la extremidad por la cual se tenía el útil. Si se mira éste por el lado anterior, las partes que con tales señales se presentan encuéntranse en la base del mismo, á la derecha, cualquiera que sea el lado que se encuentre hacia abajo. Lo contrario sucedería si se hubiese cogido el útil con la mano derecha.

Dos hachas de diorita; la mayor (*q*) tiene el filo muy embotado y ha servido de percutidor.

Un hacha fabricada con una roca de un color blanco sucio, cruzada por anchas venas de un tinte pardo violáceo, de textura fibrosa-lamelar, conteniendo hojas de mica (*o*, lám. 7). La parte superior se halla deteriorada; en la orilla de una de sus caras lleva una ranura longitudinal poco profunda, cuyo fondo está redondeado.

Un martillo de diorita, que en sus dos extremidades presenta señales de percusión (*q*, lám. 7).

Un trozo de anillo de pizarra, de sección exagonal.

Algunas puntas de hueso labrado.

Conchas marinas, principalmente *pectunculus perforados*, patelas, trochus, etc.

Dos cuentas de collar de caliza blanca.

Varias muelas de pudinga, traquita y micacita; de las cuales figuramos una en la lámina 6 (V. en *u*), en escala de $\frac{1}{4}$.

Un gran número de fragmentos de asas y orejetas de alfar, de pasta grosera, conteniendo gruesos granos de cuarzo, pizarra y mica; y una sola vasija entera; su forma es enteramente primitiva: junto á la boca se ven seis pequeños taladros que atraviesan todo el espesor de la pasta. (V. fig. 15, lámina 6).

Hablaremos más lejos de la cerámica funeraria de esta estación; la de que ahora nos hemos ocupado es idéntica á la de Tres Cabezos.

El mobiliario que acabamos de examinar, considerado aisladamente, es sin disputa neolítico.

Quédannos por describir los objetos de metal. Son en número de diez¹, á saber:

Siete punzones ó asadores de longitud variable (V. *g*, lám. 7).

Dos puntas de flecha triangulares (V. *i*, lám. 7).

Un cuchillo hecho de una simple hoja plana de espesor uniforme (V. *k*, lám. 7).

No podrían seguramente imaginarse formas más rudimentarias.

Los que fabricaron estos instrumentos se inspiraron en los tipos de los útiles de piedra y de hueso de que se servían diariamente.

Este es un punto fuera de toda duda, y aquí tocamos como con la mano la transición entre la piedra y el metal. Cuatro géneros de instrumentos ó armas, en efecto, estaban principalmente en uso: las puntas de hueso, las flechas, los cuchillos y los *celts*; y de ellos los tres primeros se hallan reproducidos en metal con una analogía de formas evidente.

Las puntas de flecha no llevan ni espiga ni aletas; y el cuchillo hallaríase simplemente introducido en la hendidura de un mango, si es que no se usaba sin mango alguno.

Estas piezas son de cobre; el metal se obtuvo por el tratamiento de carbonatos de cobre verdes y azules, con indicios de sulfuro.

Lo más probable es que este mineral provenga del afloramiento de un filón cuprífero sito en la sierra del Lomo de Bas, dos kilómetros al Sur de la estación. Vense allí algunos pequeños trabajos, de los cuales un cierto número podrían haber tenido por autores á nuestros prehistóricos.

Un pequeño montón de unos diez kilogramos de este mineral ha sido encontrado por nosotros junto al punto 1 (V. lám. 6, plano II). Se han recogido además unos quince kilogramos de escorias cobrizas diseminadas por el cerro, y algunos pedazos informes de cobre fundido (V. en *m*, lám. 7).

Las escorias son negras con manchas verdes en la superficie; vense en su interior numerosas partículas de cobre metálico, que demuestran claramente la imperfección de los procedimientos de reducción empleados; ningún dato fijo tenemos sobre la manera de operar este tratamiento, pero hemos encontrado varios restos de tosca cerámica á los que se hallaban todavía adheridas

¹ Dejamos á un lado el objeto figura 5, lámina 7; ha sido encontrado en la superficie y tenemos motivos para creerlo moderno.

algunas costras de escorias cobrizas; no es probable que estos pedazos provinieran de las vasijas en que la reducción debió hacerse, sino más bien de los recipientes destinados á recoger el cobre en pequeños lingotes, tales como los representados en *m*.

Bastaba martillar estos pedazos de metal para fabricar toscos instrumentos, semejantes á los que se han encontrado.

La ausencia de moldes confirma esta suposición.

Las excavaciones pusieron al descubierto en 1 (plano II, lám. 6) un cisto rectangular, de noventa centímetros de longitud, cincuenta de anchura y cuarenta de profundidad, orientado de Este á Oeste y formado por losas de pudinga, probablemente cortadas en las mismas orillas del cerrillo; las de las paredes eran de una sola pieza; en el fondo había dos de ellas, cubriendo una grieta de la peña subyacente; faltaba la tapa; el borde superior se hallaba á flor de tierra.

Las losas tenían de cinco á diez centímetros de espesor.

En el interior de la sepultura, hemos destacado de la tierra que la llenaba los restos de tres vasijas. Ninguna de ellas ha podido reconstituirse por entero.

La que está representada por la figura *a'* (Lám. 6) ocupaba el rincón Noroeste del cisto; es de una pasta pardo-negrucza, bien cocida y alisada, pero se halla muy estropeada. El fondo está realzado; encima de ella encontrábanse los restos de la vasija *a*², sirviendo de tapa.

Esta última, ligera y hecha con esmero, está bien cocida, y tiene su borde superior hábilmente fabricado; su pasta es bastante fina y parece provenir de traquitas en descomposición.

Tiene un color gris más ó menos obscuro.

En el borde de una de las roturas se practicó un agujero para su postura.

La urna *b* es semejante á la primera; pero la tierra es más roja y algo más basta; su fondo es plano. Creemos que la parte superior tenía la misma forma que la urna *a*. Estas dos vasijas contenían osamentas incineradas.

La sepultura de que hablamos no contenía ningún otro objeto. En 3 (plano I), sobre la vertiente Norte de la colina, se encontraba otra tumba.

Esta sepultura no tenía la forma rectangular de la precedente; estaba constituida por un circuito de piedras dispuestas como enseña la figura 3,

lámina 6; estas piedras hallábanse empotradas en el suelo, después de abrir para ello en el mismo una pequeña zanja; caídas en el centro de dicha sepultura había dos losas provenientes de la cubierta ó de las paredes; y aplastados bajo su peso hallábanse los restos de dos urnas, que habían contenido osamentas incineradas; estos fragmentos permiten referir á las formas precedentes las vasijas de que proceden.

Por último, nuestros trabajos pusieron de manifiesto, en 2 (plano II), algunos pedazos de una urna, que en parte ha podido reconstituirse, conteniendo detritus de osamentas mezclados con tierra; su perfil probable está representado en 2, lámina 6.

Al lado Oeste del cerrillo, en los alrededores de la Cueva, hemos reconocido también vestigios de muros hechos de piedra y barro, al mismo tiempo que cenizas, fragmentos de cerámica y una punta de lanza notable de pedernal gris (Fig. *k*, lám. 6): bien que aquello haya sido bastante revuelto, es indudable, sin embargo, que los prehistóricos poseían allí habitaciones. En *g* (plano I, lám. 6) encontramos la singular vasija cuyo diseño, á mitad de tamaño, damos en la lámina 8.

Esta urna estaba enterrada á treinta centímetros próximamente de profundidad.

Llevaba tres series de asas (de las cuales sólo dos son visibles en el dibujo), enlazadas una á otra por un nervio seguido sin interrupción; en sentido transversal existen también unos cordones salientes que ondulan de una manera irregular y sobre los cuales se trazó además una especie de adorno primitivo; hacia la parte baja se percibe una hendidura que se recompuso, sin duda, por medio de tirillas de cuero pasadas por agujeros practicados en todo su espesor.

En fin, la extremidad inferior se reforzó con un bocete circular y otros diametrales como se ve en la proyección horizontal de este fondo.

La pasta es rojiza en la superficie y negra en el interior, cuajada de granos de piedra y de mica, y toscamente fabricada, bien que convenientemente cocida.

Esta vasija recuerda la forma de un odre; lo probable es que estuviese destinada al transporte de líquidos; las asas servirían para pasar por ellas cuerdas que permitieran sujetar el recipiente á las espaldas de un hombre ó al lomo de un animal.

El cerrillo de que acabamos de hablar sólo está separado por una pequeña depresión del terreno de una colina más elevada y muy regular, formada de margas y coronada por un lanchón de pudingas muy descompuestas.

En todo el contorno de esta colina y hasta en la cima hemos recogido escorias, mineral de cobre y pedazos de cerámica basta, á los que se hallaban adheridas porción de escorias cobrizas.

También allí deben haber existido casas, pero todo vestigio de muros ha desaparecido, destruidos como han debido ser éstos por el cultivo.

El hecho más notable revelado por esta pequeña estación es la transición de la piedra al metal, á consecuencia de una metalurgia propia; empleando productos del país y fundiendo en la misma localidad minerales de cobre, que iban á buscarse probablemente á los alrededores.

Al mismo tiempo que el metal empieza á reemplazar á la piedra, la incineración de los muertos suplanta á la inhumación.

CAPÍTULO II

CUEVA DE MONTAJU.—CUEVA DE LUCAS.

LA primera de estas dos cavernas se encuentra en la orilla izquierda de la Rambla de *Ifre* (V. n. mapa). Su entrada está unos diez metros por encima del nivel del torrente; la cueva es pequeña y el suelo está formado por la roca misma. Ha debido ser objeto de algunas excavaciones, procediendo probablemente de esta investigación los escombros que se encuentran al exterior, frente á la entrada.

Explorados por nosotros, encontramos en ellos varios trozos de peder-
nal, un hacha pulimentada de diorita, restos de obras de alfar y una hermosa hacha plana de cobre; daremos el dibujo de ella en el capítulo consagrado á *Ifre*, en donde la compararemos con otras formas de algunas de las hachas de metal encontradas en nuestras estaciones.

La Cueva de Lucas está situada cuatro kilómetros al Noroeste de la estación de Parazuelos, al borde de un torrente secundario que va á unirse con la Rambla de Ramonete; es una especie de guarida cobijada por una

roca, en la que hemos recogido, debajo de una gran piedra, algunos restos de osamentas humanas y un anillo de cobre ó de bronce pegado á un guijarro. Sobre la meseta que aparece por encima de la guarida vense restos de antiguas construcciones, que el arado ha destruído casi por entero; allí encontramos un hacha pulimentada de diorita.

CAPÍTULO III

C A M P O S .

LAS casas *c* y *f* de Campos (V. lám. 9, plano I), bien que vecinas de las de Tres Cabezos de que hablamos al comienzo de este estudio, pertenecen á una civilización más adelantada. Esta vez las excavaciones nos han dado á conocer, por lo menos, una parte de su sistema de construcción.

Describiremos la casa *c*, que ha podido ser bien estudiada. Encuéntrase en lo alto de una pequeña eminencia, ocupando una posición excelente. Antes de nuestros trabajos veíase allí un pequeño montón del que se habían extraído algunas piedras de construcción, provenientes de los muros prehistóricos. Nuestras investigaciones no tardaron en poner al descubierto estos últimos, y su disposición no pudo menos de admirarnos en gran manera.

El plano II (Lám. 9) muestra la traza de la construcción. Compónese de dos recintos, que afectan la forma general de un trapecio, no existiendo el muro interior sino en tres lados.

Obsérvase en el ángulo Oeste una interrupción, que no sabemos si ha existido siempre, ó si es que el derrumbamiento de la arista del talud ha arrastrado una parte de la construcción.

El recinto exterior, en los ángulos Norte, Sur y Este, está flanqueado por tres especies de torrecillas, redondas las dos primeras y rectangular la tercera, comunicando todas con el espacio intermedio que queda entre los dos muros. El lado Sudeste se construyó en forma de curva entrante para seguir á corta diferencia la línea de nivel del terreno.

Una idea de defensa parece haber dictado el plan de esta construcción. ¿Sería el segundo recinto una especie de blindaje del primero, que lo garantizara contra una sorpresa, ó contra los proyectiles y las tentativas de incendio? Los defensores podían reunirse en él, circulando por los corredores; y desde las torres podían observar al enemigo por diversos lados, juntándose en grupos para responder mejor al ataque.

Hagamos notar aquí que el muro interior no descansa sobre el terreno virgen, sino sobre una capa de cenizas de veinte á treinta centímetros de espesor. Ha sido, pues, levantado con posterioridad al muro exterior, que descansa sobre el suelo firme, sea porque los habitantes hayan querido arreglarse este medio de defensa, sea por cualquier otro motivo.

Tenemos aquí una verdadera miniatura de ciertos *mounds* de los primeros americanos. Los muros tienen un espesor de cuarenta á sesenta centímetros; están hechos con piedras y gruesos cantos rodados, con mezcla de barro; y á veces presentan algunos paramentos bastante regulares. El volumen de las piedras empleadas con dificultad excede del tamaño de una cabeza humana.

Descansan sobre el terreno duro, pedregoso, sobre el que se abrió apenas una pequeña zanja para los cimientos.

La máxima altura de los muros, cuya existencia hemos comprobado, no pasa de un metro cincuenta centímetros.

Concíbese desde luego que nunca han podido tener una gran elevación, en razón á su escasa solidez.

Varios otros detalles de construcción han sido puestos de relieve, merced á la destrucción de la casa por un incendio.

Hemos encontrado varios pedazos de tierra enrojecidos y endurecidos por el fuego, presentando, por un lado, la impresión de cañas ó de ramas hojosas, y ofreciéndose más ó menos lisos, por el otro (Figs. 66, 69, 70, lám. 10). Muchos de estos despojos provienen del techo de la habitación; y traen á la memoria los tabiques que hoy día se hacen para las chimeneas de

ventilación en las minas, salvo que actualmente la tierra está reemplazada por el yeso.

Los techos modernos están cubiertos de una manera análoga, lo que nos da la explicación del procedimiento antiguo. Se disponen primero las carreras bajo una inclinación muy débil; luego se colocan cañas descansando sobre las vigas en sentido perpendicular á éstas, unas junto á otras y aseguradas entre sí con cordelillos de esparto; se extiende sobre el conjunto una lechada de yeso de dos ó tres centímetros de espesor, y encima una capa de tierra arcillosa impermeable de color violado, de unos tres á seis centímetros.

Se ve perfectamente, en el pedazo de tierra calcinada que representa la figura 66 (Lám. 10), la impresión de los cordelillos que sujetaban las cañas, antes de la aplicación del barro. Una vez inventado, este procedimiento sencillísimo de construir tabiques ligeros debía prestar numerosos servicios.

La comparación entre las construcciones prehistóricas y un gran número de las que se encuentran en el campo, en el mediodía de España, puede llevarse más lejos aún. Las habitaciones de los actuales labriegos están formadas ordinariamente por muros construídos con piedra y barro, revestidos ó no con un poco de yeso. Los muros están más derechos, es verdad, pero ésta es la única diferencia que, por lo común, puede señalarse respecto de los antiguos.

En la construcción de Campos pudimos distinguir numerosos postes de madera; los unos, enteramente destruídos ó podridos, no estaban indicados más que por el hueco que habían dejado; los otros se hallaban solamente carbonizados. En este último caso se observa el hecho siguiente: la base del poste, que se hallaba enterrada en el momento del incendio, no ha sido carbonizada, ha desaparecido por el transcurso del tiempo; por el contrario, la parte inmediatamente superior, carbonizada al abrigo del aire, bajo los escombros, se ha conservado; así es que se la encuentra con frecuencia suspendida sobre el hueco dejado por la desaparición de la base.

El sitio ocupado por estos postes está figurado en el plano II (Lám. 9) por unos pequeños círculos negros. No estaban labrados á escuadra, y su diámetro variaba entre veinte y treinta centímetros, á juzgar por sus restos. En la construcción jugaban un papel importante como puntales.

La lámina 9 presenta diversos cortes del pequeño montón.

Como es natural, al ocurrir el incendio, el techo se hundió, el fuego continuó corriéndose por ciertos sitios y no por otros, los muros y las paredes interiores se desplomaron, y de todo esto no era posible que resultaran tongadas uniformes de escombros, extendidas con regularidad en todos sentidos.

Estos cortes sugieren, no obstante, diversas hipótesis. Vemos, en general, dos lechos de cenizas, separados entre sí por un cierto espesor de tierra parduzca más ó menos mezclada con piedras de dimensiones diversas, pedazos de carbón y sobre todo fragmentos de una especie de mortero fangoso.

Sobre el lecho de cenizas superior, que algunas veces falta, aparece una capa muy irregular de tierra roja calcinada, y en seguida la tierra vegetal.

¿Deben atribuirse estas capas sobrepuestas á dos civilizaciones diferentes que se habrían sucedido en esta habitación, acumulando cada una de ellas sobre el suelo despojos de todas clases?

Para admitir esta suposición, sería preciso que la diferencia entre los diversos objetos encontrados á distintos niveles fuese real, lo que no sucede.

La casa puede haber sido destruída en varias ocasiones por incendio y reconstruída cada vez por una nueva generación salida del mismo pueblo. Los escombros y las cenizas que el fuego y los hundimientos produjeron se habrían amontonado así diferentes veces, elevando el suelo de la habitación y formando lechos distintos. Hechos semejantes se han observado en las ciudades lacustres prehistóricas.

Por último, acaso tuviera la casa un piso superior, muy bajo por otra parte, separado del inferior por un tablado formado con maderos cubiertos de una espesa capa de tierra. ¹

Los muros de este edificio no hubieran servido entonces sino como revestimiento ó defensa, pues debían tener á lo menos tres metros cincuenta centímetros de altura y, en estas condiciones, no hubieran sido bastante sólidos para sostener por sí solos el peso del tablado intermedio y del techo. Así éste como aquél debían descansar sobre postes verticales distribuidos por toda la casa y especialmente á lo largo de los muros; entre los pies derechos

¹ M. Schliemann cree haber encontrado el mismo hecho en Hissarlik.



1. Vasito de caliza de las cuevas sepulcrales artificiales de Palmella, según E. Cartailhac. — En escala mitad del natural. — (V. pág. 73.)
 2. Vasito de mármol de Campos. — En escala mitad del natural. — (V. pág. 73.)
 3. Ídolo de hueso de la segunda ciudad de Hissarlik. — En escala mitad del natural. — (V. pág. 74.)
 4. Objeto de hueso de Campos. — En escala mitad del natural. — (V. pág. 74.)
-

cuyo emplazamiento no hemos podido determinar, seis de ellos hallábanse colocados junto al circuito, del lado de adentro. Así el piso alto como el bajo habrían sido habitados.

De esta suerte se explicarían la gran abundancia de escombros y los dos lechos sucesivos de cenizas, procediendo el lecho superior de la caída de este piso, y siendo naturalmente mucho más irregular que el primero. Sea de esto lo que quiera, la capa superior de tierra roja calcinada, que precede inmediatamente á la tierra vegetal, debe provenir del techo arruinado.

Hablemos ahora de los objetos que las excavaciones hechas en esta casa nos han proporcionado.

OBJETOS DE PIEDRA. — Recogimos tres hachas pulimentadas enteras, tres fragmentos de otras, cuyo corte está reemplazado por una superficie combada y pulimentada, y un percutidor, de diorita; además, cinco puntas de flecha de pedernal, siendo de notar que á una de ellas se hallaba adherido un pequeño fragmento de escoria ó de piedra vitrificada, que se formaría, sin duda, al ocurrir el incendio (Fig. 3, lám. 10).

Una decena de hojas de pedernal, dos ejemplares de las cuales aparecen representados en las figuras 1 y 2 (Lám. 10).

Un pedazo de pizarra plano y largo, con dos escotaduras (Fig. 83).

Un canto de diorita, que presenta una larga ranura.

Un juego de muelas para moler granos.

Una cuenta de collar de cornalina, encontrada á un metro cincuenta centímetros de profundidad (Fig. 29).

En fin, un fragmento de vaso de mármol blanco (Fig. 81).

Esta curiosa pieza es de una ejecución tan acabada que estábamos en duda si atribuirle á nuestros prehistóricos, con tanto más motivo cuanto que la encontramos á corta profundidad; pero M. Cartailhac nos habla de objetos semejantes procedentes de las cuevas sepulcrales de Palmella y de otras localidades de Portugal.¹

Creemos poder considerar, por consiguiente, como prehistórico este hallazgo.

OBJETOS DE HUESO. — Hemos puesto al descubierto una bella serie de

¹ Op. cit. p. 127.

huesos labrados, de los cuales un gran número se encontraban reunidos en G, plano II (Lám. 9).

La escala es, en verdad, completa, desde la aguja y el alfiler hasta las robustas puntas aplanadas. Una de estas últimas podía constituir ciertamente un arma temible; otras están muy pulimentadas, siendo de una ejecución esmeradísima; acaso fueran alfileres de adorno.

Hay entre ellas costillas talladas en punta que se parecen perfectamente á las de las ciudades lacustres, sirviendo de dientes de peines para cardar.

También hemos encontrado varios pequeños tubos de hueso; por uno de ellos se hallaba pasada una varilla de cobre puntiaguda (Fig. 15, lám. 10); debemos, por consiguiente, ver en ellos mangos de punzones.

Citemos aún una falange de animal labrada (Fig. 57), un palito de marfil con dos agujeros convergentes, como enseña la figura 55, y el objeto representado en la figura 56.

Es un pedazo de hueso plano, labrado intencionalmente de una manera casi simétrica.

M. Schliemann menciona ¹ un objeto de hueso muy semejante al nuestro; proviene del segundo pueblo de la colina de Hissarlik; y el sabio alemán ve en él un ídolo.

Adjuntas reproducimos las dos piezas; el lector puede compararlas.

CONCHAS.—Aquí, como en todas partes, hemos recogido un gran número de conchas marinas, casi siempre atravesadas por uno ó dos agujeros. Los pectúnculus estaban en gran mayoría. Los conus eran bastante raros.

En las cipreas practicábanse dos aberturas laterales para pasar un hilo por ellas.

Estas conchas debían, sin duda, figurar en los collares.

Introduciendo un palito en el agujero de los pectúnculus se tiene una cuchara muy buena.

El marqués de Nadaillac ² y otros autores parece que admiten que, en

¹ *Ilios*, p. 399.

² *Les premières hammes et les temps préhistoriques*, por el marqués de Nadaillac, p. 187.

ciertos casos, algunas conchas han podido servir de monedas en los tiempos prehistóricos, á ejemplo de los *kauries* del Océano indico. Podría así explicarse la abundancia de *pectunculus* encontrados en nuestras estaciones; el agujero habría servido para ensartarlos á la manera de las monedas chinas modernas.

Señalaremos también un buen número de patelas y de trochus y algunos fusus.

Estos últimos tienen la punta rota; soplando por esta especie de embocadura se produce un sonido estridente. Estas conchas sirven aún hoy día en el país á los mineros para anunciar el relevo de puestos, á los mercaderes ambulantes para llamar la atención del público; y también para advertir á los ribereños la súbita crecida de un torrente, etc.

CERÁMICA.— Como en las estaciones precedentes, hay en las obras de alfar muchos grados de finura; las vasijas, enteras ó quebradas, cuidadosamente barnizadas ó alisadas, son, no obstante, las más numerosas.

Los procedimientos eran los mismos que ya conocemos, las formas apenas han cambiado; la figura 74, sin embargo, nos presenta un tipo nuevo de una elegante simplicidad.

Vense en esta vasija agujeros para su reparación, como otros de que ya se ha hablado.

Las vasijas representadas en las figuras 75 son de un rojo vivo hermoso, cuyo color es debido á una recocción, ó bien á un barniz especial.

También hallamos tiestos adornados con dibujos. Consisten éstos en combinaciones de dientes de lobo, en líneas huecas, como las que se ven por doquiera, las cuales se han rellenado con una substancia de color diferente de la que constituye el objeto.

Llamamos la atención del lector sobre los objetos que representan las figuras 72. Son unos cuernos de tierra cocida, rotos por la base, los cuales cerca de la punta presentan un agujero que ofrece algunas señales de desgaste en sentido longitudinal. Los hemos señalado ya en la Gerundia (p. 8).

¿Son asas de un género particular, como las asas lunadas de los médanos ó terramares, ó bien fragmentos de medias lunas, como los de Suiza? Podría ser también que hubiesen servido en el tejido de telas, para tender los hilos; su forma rara vendría exigida por una disposición especial del telar.

Ignoramos igualmente el destino de la pequeña pieza de tierra cocida que representa la figura 58; este objeto parece roto en la parte posterior y podría haber servido de asa.

OBJETOS DE METAL. — Se han encontrado en esta casa:

Un hacha plana de cobre (V. fig. 5, lám. 10).

Seis cinceles (V. figs. 6-11) de cobre, á uno de los cuales se encuentran adheridos algunos restos de tela.

Cinco asadores ó punzones igualmente de cobre (V. figs. 12-15), provisto uno de ellos de su mango de hueso.

Tres brazaletes ovalados enteros y muchos fragmentos de otros (Figuras 18-27).

Estos brazaletes están hechos con un hilo metálico de sección oval ó casi cuadrada; las dos extremidades están libres; son de bronce.

El que representa la figura 27 fué encontrado en la capa de tierra rojiza que precede al humus, hallándose adheridos al mismo, mediante un poco de esta tierra, algunos pedazos de hueso del antebrazo. No creemos que este brazaletes haya pertenecido á un cuerpo enterrado allí intencionalmente; más bien debiera considerársele como un adorno que llevaba alguna persona sorprendida por el incendio y sepultada bajo los escombros.

No sucede lo mismo con los otros dos, ni con los fragmentos ya citados, los cuales se encontraban en la tierra vegetal que ocupa la cúspide del cerro, en H, plano II (Lám. 9), enterrados á algunos centímetros de profundidad solamente y mezclados con los restos de tres mandíbulas humanas. Que aquello había sido revuelto recientemente era evidente; de ello pudimos convencernos por la narración de un viejo labrador de la misma localidad, quien nos contó que años antes se había encontrado una sepultura formada con grandes losas de piedra, conteniendo un esqueleto sentado, á cuyo lado se hallaba depositada una vasija llena de brazaletes de cobre. Mostrónos el paraje en que existió, á lo que él recordaba, esa sepultura, que no debía estar lejos de la solución de continuidad que se observa en el muro del Sur.

¿Qué es lo que allí había ocurrido?

La tumba había sido saqueada y destruída, arrancadas y llevadas Dios sabe dónde las losas que la constituían, rotas la vasija ó las vasijas funerarias que la propia tumba contendría, y arrojados los brazaletes y los huesos al

paraje de donde el pico de nuestros obreros los desenterró. ¡A lo menos salvamos algunas tablas de este naufragio!

La versión del labrador había corrido ya, sin duda, por muchos labios antes de llegar á nosotros, sufriendo alguna alteración, pues, en vez de un esqueleto, la sepultura contenía varios, y probablemente los brazaletes no se encontraban en una vasija, sino en los brazos de los difuntos ó al lado de ellos.

Ya se verá más lejos la razón que nos obliga á restablecer así la situación de las cosas, como también las consecuencias que deducimos de este hallazgo; por el momento nos limitamos á señalarlo.

Esta casa nos ha proporcionado además algunos pedazos de mineral de cobre y otro de carbón vegetal, alrededor del cual se hallaba arrollada una cuerda de esparto carbonizada (Fig. 67, lám. 10); más lejos encontrábase los restos de una cesta quemada, de la misma materia, conteniendo lentes (?) reducidas al estado de carbón (V. fig. 64).

Á propósito del esparto, que acabamos de nombrar.

Esta planta ha sido utilizada desde la antigüedad. Crece espontáneamente en todo el mediodía de España, hasta en los terrenos más áridos.

Sólo de pocos años á esta parte, sin embargo, se ha empezado á buscarla con afán; antes de que viniera á ser objeto de exportación para la fabricación del papel, sus usos quedaban encerrados, dentro del mismo país, á la confección de serones, cuerdas, pleita, alpargatas, etc. En las minas antiguas, abandonadas por los romanos, se encuentran con frecuencia esta clase de objetos de esparto en buen estado de conservación.

Como acabamos de ver, nuestros prehistóricos conocían las propiedades preciosas del esparto y sabían sacar partido de ellas.

En la proximidad de la casa que acabamos de describir, se encontraban otras que pertenecían incontestablemente al mismo pueblo.

Por desgracia, los trabajos de cultivo revolviendo el suelo, han confundido todos los solares.

En *d*, plano I (Lám. 9), hay una casa poco importante: pocas son las excavaciones que hemos hecho en este punto: algunas flechas provienen de él.

Otra casa se encuentra en *h*; desgraciadamente se ha construído un cortijo sobre el pequeño terrontero que señala la presencia de los anti-

guos restos. Allí se encontraron las hachas pulimentadas, los objetos de alfar y las hojas de pedernal que se figuran en *a* (Lám. 11).

En *f*, plano I (Lám. 9), hemos podido excavar el terreno con toda libertad, descubriendo vestigios de muros y encontrando al mismo tiempo algunos objetos interesantes de que haremos un rápido examen.

Debemos citar, ante todo, un centenar de puntas de flecha de pedernal.

Estos ejemplares reproducen los tipos conocidos y, en su mayor parte, son de un hermoso trabajo, sobre todo los que presentan dentellones, á veces muy finos. Vuélvense á encontrar aquí un gran número de variedades de pedernal.

Antes vimos que la casa *c* se caracterizaba por la abundancia de las puntas de hueso; esta vez las encontramos en menor número, pero, en cambio, las puntas de flecha se presentan en gran cantidad.

Ninguna de estas puntas se ha encontrado con el mango puesto.

En el mismo paraje se han encontrado cerca de doscientas hojas de pedernal, la mayor parte quebradas, junto con mucho ripio. Algunos de los cuchillos están muy mellados; los hay que han debido servir de sierras.

Hagamos notar una vez más la diversidad que existe en las especies de pedernal empleadas.

Señalaremos también unas treinta puntas de hueso labrado, de las cuales un gran número habían sufrido la acción parcial del fuego; y además, cuatro *celts* ó cuñas de diorita muy pequeñas (V. lám. 11), dos tablas de diorita desgastadas, formando tajo en los bordes inferiores (V. fig. *g*, lám. 11), y un gran número de conchas marinas, análogas á las otras de que hablamos precedentemente.

En la descripción del caserío de Tres Cabezos hablamos de un pedazo de tierra cocida, de color rojo, con dos agujeros, que pertenecía á una pieza larga y plana. Un objeto análogo, entero, hemos encontrado en la casa de que ahora nos ocupamos (V. lám. 11, á la izquierda y hacia abajo). Se observa en él que los bordes están más redondeados que los del otro ejemplar.

Ignoramos el uso á que pudieran destinarse estas piezas singulares. Acaso fueran brazales, destinados á proteger el brazo contra el choque de la cuerda del arco, en el momento de soltarla.

La abundancia de puntas de flecha da cierta verosimilitud á esta

suposición. M. J. Evans cree ver también brazales en las tablas de piedra y de hueso perforadas que se han encontrado en Inglaterra. Este autor refiere el descubrimiento ¹ en un cerro tumular, cerca de Driffield, de un esqueleto que llevaba en los huesos del brazo derecho un hermosísimo brazal de hueso de trece centímetros de longitud, cuyas extremidades, algo más anchas que la parte media, están cortadas en ángulo recto. «A doce milímetros próximamente de cada extremo se encuentran dos agujeros, en los cuales se hallan introducidos unos alfileres ó clavos de bronce, de cabeza dorada, dispuestos probablemente para fijar el brazal á una correa que se pasaba por debajo del brazo y se ataba mediante una pequeña hebilla de bronce que se encontró debajo de los huesos.»

Las vasijas y los fragmentos de cerámica de esta casa no ofrecen nada de particular.

Comparativamente á los objetos de piedra y de hueso, los de metal son muy raros; limitanse á cuatro largos alfileres y un *celt* plano muy notable; estas piezas son de cobre (V. lám. 11, en medio).

Las excavaciones hechas en esta habitación nos han proporcionado algunos pedazos de mineral de cobre carbonatado y otros de toscos objetos de alfar, á los que se hallaban adheridas algunas escorias.

En el orden cronológico de las estaciones, cuya descripción forma el objeto de este trabajo, hemos subido un escalón.

El hombre sigue mejorando su vivienda, hasta el punto de que ésta apenas aparece inferior á gran número de habitaciones modernas. Además la fortifica.

Es cazador y agricultor; guerrero acaso y pastor.

Teje los vegetales y hace de ellos telas, cuerdas y cestas.

Labra con esmero el pedernal.

Sus obras de alfar se perfeccionan.

Como en Parazuelos, funde también minerales cobrizos. Aparece el *celt* plano de cobre, recordando su forma la del mismo instrumento de piedra. No vemos, sin embargo, ni puntas de flecha ni cuchillos de metal.

Le hallamos ya en posesión de alhajas de bronce bien trabajadas y de

¹ J. EVANS: *Les âges de la pierre*, trad. E. Barbier, pág. 424.

perlas de cornalina, piedra de un trabajo bastante más difícil que la esteatita de la Pernera.

Examinando las costumbres funerarias de las estaciones hasta aquí descritas, señalamos primero la inhumación en la edad de piedra; la incineración aparece en Parazuelos con el primer metal; y aquí, en la misma época, volvemos á encontrar la inhumación. ¿Eran, pues, contemporáneos los dos procedimientos? Los capítulos siguientes nos darán la solución del problema.

CAPÍTULO IV

QURÉNIMA.—CALDERO DE MOJÁCAR.—BARRANCO HONDO.

QURÉNIMA es un paraje situado á algunos centenares de metros al Sur del *Cabezo María*, provincia de Almería (V. nuestro mapa) y cerca de una fuente á que dan el nombre de *Pilarico*. Es una ladera de suave pendiente, en la que pueden recogerse buen número de fragmentos de cerámica y diversos objetos de muy diferentes fechas: algunos de ellos deben referirse á las épocas romana y árabe.

Practicamos allí varias excavaciones en una sepultura constituida por unas cuantas piedras dispuestas según un rectángulo de dos metros y medio de largo por dos de ancho, sin fondo ni tapa. Las osamentas estaban en gran parte destruidas; y algunas ofrecían vestigios de incineración.

El ajuar funerario se componía de:

Gran número de cacharros en muy mal estado, pero en los cuales vuelven á encontrarse con certeza las formas de las urnas cinericias de Parazuelos y de sus tapas; en 2, lámina 12, hemos indicado su forma restaurada: no puede haber en ella error, como no sea en los detalles referentes á sus proporciones.

Ocho brazaletes ovales de bronce con extremidades libres, de una factura igual á la de los de Campos, de sección oval ó más ó menos rectangular; los más pequeños deben ser pendientes ó adornos parecidos.

Cuatro anillos redondos de bronce: el mayor parece un brazalete deformado; solamente uno está enteramente cerrado.

Catorce cuentas de collar de bronce, constituídas por pequeños círculos con extremos libres.

Una cuenta de collar formada por una espiral de bronce.

Catorce cuentas de collar de caliza trasluciente ú opaca, blanca ó amarillenta, que parece provenir de un depósito de estalacmitas. Son pequeñas rodajas bastante planas, atravesadas por un agujero cilíndrico ó poco menos; se parecen á las de Parazuelos.

Una gruesa perla de cornalina, de una variedad más impura que la de Campos, con manchas blanquecinas. Está hecha con gran esmero; su forma reproduce la de dos troncos de cono unidos por sus grandes bases, mientras que el agujero está determinado por la unión de dos superficies á manera de embudos. Estos objetos se hallan representados en la lámina 12, en 3.

Debemos hacer notar la gradación que se observa en las dimensiones de los brazaletes.

Fuera de la tumba se encontró una pequeña aguja de metal provista de un ojo; es la única pieza de este género que poseemos, y no sabemos á qué época referirla. También hemos encontrado algunos pedazos de vasijas muy antiguas, que recuerdan las de las estaciones precedentes.

El Caldero de Mojácar es un lugar así nombrado, sito en una pequeña llanura, un poco al Noroeste del Cabezo de Cuartillas. Hemos registrado allí una pequeña sepultura situada en lo alto de un cerrito. Estaba constituida por pequeñas losas verticales que cerraban un espacio poligonal de un metro cuarenta centímetros de diámetro, y carecía de tapa; algunas losas puestas de plano formaban el fondo.

De la tierra que llenaba este espacio hemos retirado objetos de todo punto semejantes á los de Qurénima, bastándonos, por consiguiente, su enumeración. Hállanse figurados en 1 (Lám. 12) y son los siguientes:

Varias osamentas, unas incineradas y otras no.

Fragmentos de vasijas cinericias, varias de ellas con adornos que hemos reproducido en la lámina 12, en 1, sobre el perfil restaurado de las urnas. Algunas de las tapas estaban provistas de asas perforadas verticalmente.

Cuatro brazaletes ovalados de bronce, de sección intermedia entre el

óvalo y el rectángulo. Notemos una vez más aquí la gradación en sus dimensiones.

Un anillo redondo de bronce.

Fragmentos de otros objetos de bronce.

Diez y seis cuentas de collar, consistentes en pequeños anillos de bronce.

Dos espirales de bronce.

Once cuentas de collar de caliza, algunas de las cuales tienen la forma de dos troncos de cono sobrepuestos; una de ellas (dibujada en la extremidad izquierda de la serie) parece perforada, no por rotación, sino vaciándola por medio de un cincel estrecho.

Una perla de cornalina de la misma forma, pero más pequeña que la de Qurénima: la piedra es opaca, de color blanco pintado de rosa; su perforación parece haberse obtenido por la repetición de multitud de pequeños choques que han dejado sus señales sobre toda la superficie del agujero: por esta razón no es éste circular, como lo sería si hubiese sido perforado por rotación; además sus bordes están resquebrajados y hay lugar á preguntarse si existen aquí indicios de algún procedimiento de desbastar la piedra por el contacto de una punta calentada. La perla de cornalina de Qurénima presenta detalles semejantes, pero menos acusados; diríase que se la ha pulimentado después de su perforación.

Cerca del Barranco Hondo, sobre una pequeña eminencia, encontrábase una sepultura del mismo género que las precedentes, la cual no hace mucho tiempo fué completamente violada.

Este sitio se encuentra cuatro kilómetros al Sudoeste de Cuevas y, por consiguiente, á mitad de camino entre esta población y el caserío de Antas, sobre la línea de bajas colinas que separan la cuenca del río Almanzora de la del río de Antas. Antiguamente existían algunos manantiales en las cercanías; hoy el agua se encuentra á cierta profundidad y no sale á la superficie más que en un solo punto bastante lejano. Los trabajos modernos de investigación de aguas son causa de este fenómeno.

El cisto saqueado media un metro treinta centímetros de largo por un metro de ancho; en los escombros producidos por la excavación hemos podido encontrar todavía algunas osamentas humanas, una parte de las cuales se hallaba incinerada, como también fragmentos de urnas cinericias que acusan

las mismas formas que las de las tumbas precedentes: un fragmento de una tapa tenía una orejeta con dos horadaciones verticales.

Hemos dibujado nuevamente la forma de estas vasijas (V. en 2, lám. 12), restablecida en vista de fragmentos muy pequeños, pero suficientes para indicar el fondo plano, la panza y el ensanchamiento de la boca, detalles característicos de las urnas de Parazuelos, Qurénima y Caldero.

Junto con estos despojos se han encontrado:

Un brazalete de bronce, como los precedentes, pero deformado.

Dos cuentas de collar de bronce.

Dos perlas de caliza transluciente.

Á pesar de la devastación de esta tumba, se ve que pertenece á la misma época y revela las mismas costumbres funerarias que las dos precedentes.

Dos kilómetros más al Norte hemos puesto de manifiesto otras dos sepulturas, circulares ambas, de sesenta centímetros de diámetro y otros tantos de profundidad. Contenían osamentas incineradas, con restos de vasijas semejantes á los que hemos visto más arriba. No se ha encontrado en ellas ningún objeto de adorno.

Antes de sacar de los hechos que preceden las conclusiones altamente importantes que de ellos se desprenden, debemos dejar sólidamente establecida la contemporaneidad de los yacimientos de Parazuelos y de Campos con las sepulturas descritas en este capítulo.

En Parazuelos encontramos osamentas incineradas, depositadas en urnas cinericias de forma muy característica, provistas de tapas y dispuestas en cistos.

En Campos hemos comprobado el hecho de la inhumación, pero no podemos saber si ciertos cadáveres fueron ó no incinerados. Pertenecían, sin duda, á los cuerpos no quemados los brazaletes de bronce abandonados por el autor de la violación; los demás adornos de pequeñas dimensiones, si existieron, han podido fácilmente desaparecer y pasar desapercibidos para nosotros.

Aparte de las sepulturas, tenemos de Parazuelos dos cuentas de collar de caliza, y de Campos otra de cornalina. Sabemos además que estas dos estaciones datan de la época de la introducción del metal; y hemos hecho constar, por último, que en la vivienda de Campos se encontraba un brazalete de bronce de la misma forma que los de la sepultura.

Si no conociésemos más que estas dos estaciones, trabajo había de costarnos ciertamente el identificar las costumbres funerarias de una y otra, puesto que por un lado vemos la incineración y la ausencia de objetos de adorno, y por otro no podemos comprobar sino la práctica de la inhumación y la colocación de alhajas preciosas en las sepulturas: nada más diferente, á primera vista.

Pero, como dijimos en el capítulo precedente, las sepulturas de Qurénima y Caldero particularmente nos dan la clave del misterio. Ellas, en efecto, reúnen los caracteres esenciales de las tumbas de Parazuelos y de Campos, así como de los objetos que las viviendas de estos dos sitios han proporcionado, quitando de esta suerte cualquier duda que pudiera quedarnos.

Así, en Qurénima y en Caldero se encuentran reunidas todas las cosas siguientes:

Las urnas con sus tapas, conteniendo las cenizas de los muertos, como en Parazuelos.

Cadáveres simplemente inhumados, como en Campos.

Los brazaletes ovales de bronce de Campos.

Cuentas de collar de caliza de la misma forma y materia que en Parazuelos.

Perlas de cornalina como la de Campos.

Lo que da valor al carácter deducido de las perlas es que en las cuatro mil cuentas de collar de la época siguiente, lo mismo que entre las de las estaciones más antiguas, no vemos una sola de forma y materia iguales á las que ofrecen las que nos ocupan. Todavía más; nuestra colección contiene exclusivamente perlas de substancias blandas, fáciles de perforar; no hay más que tres excepciones, que las constituyen las perlas de cornalina de Campos, Qurénima y Caldero.

Otro tanto puede decirse de los brazaletes: su forma oval caracteriza hasta ahora nuestras estaciones de transición.

He aquí una conclusión que nos parece exacta: con la metalurgia aparece otro hecho nuevo, á saber, la incineración de una parte de los muertos; otros, sin embargo, son simplemente inhumados con sus alhajas de precio, como en los tiempos inmediatamente anteriores.

En Parazuelos sólo han podido encontrarse los restos de los muertos

incinerados; en Campos la dispersión de las cenizas no ha dejado subsistir más que las osamentas no quemadas y las alhajas de mayor volumen.

En Qurénima y en Caldero, por el contrario, ambos hechos han podido ser bien comprobados y la simultaneidad de las dos costumbres resalta de su reconocimiento con entera claridad.

Queda por preguntar si pueden adivinarse los motivos que determinaban esta distinción. Obsérvese que en ninguna de estas sepulturas se habían depositado útiles de ninguna especie: sólo aparecen objetos de adorno, á menos que los fragmentos informes de metal de la sepultura de Caldero sean útiles deformados por el fuego. ¿Querrá decir esto que se quemaba el cadáver del hombre y únicamente se enterraba el cuerpo de la mujer, adornado con sus joyas?

Semejante interpretación ha sido dada ya, por los mismos motivos, á propósito del hallazgo de la Moraine, cerca de Saint-Prex (Suiza); se han encontrado allí treinta esqueletos tendidos en el suelo, cubiertos por algunas losas; el mobiliario era de la edad del bronce; entre estos esqueletos, y alternando con ellos, se encontraban algunas urnas, conteniendo una masa negra, rodeadas de cenizas; la deducción que de ahí se desprende claramente es la existencia de dos ritos que variaban acaso con el sexo, la edad ó el rango. Lo que da fuerza á la primera suposición es que los objetos de adorno que se han encontrado con los esqueletos son de uso propio de las mujeres, y que en ningún caso se ha encontrado en las inhumaciones ni un arma ni un útil destinado á los hombres. ¿Estaría, pues, reservada la incineración á los hombres? (V. de Nadaillac, *op. cit.*, p. 257, y Keller, Pfahlbauten, p. 49).

Hagamos constar, en fin, el hecho más grave que revela este estudio de las estaciones pertenecientes á los primeros tiempos de la metalurgia, esto es, que el bronce, aleación de cobre y estaño, metal complejo, que indica ya un conocimiento profundo de los procedimientos metalúrgicos, es sobre el suelo de nuestra provincia tan antiguo como el primer cobre.

TERCERA PARTE.

EDAD DEL METAL

CAPÍTULO I

FUENTE VERMEJA.

PARA estudiar este caserío hemos de volver al río de Antas, tres kilómetros próximamente más arriba de la Gerundia y del burgo de Antas.

Fuente Vermeja es el nombre de un pequeño manantial conocido de muy antiguo y tenido en gran estima en el país, el cual brota al pie de la colina ocupada antiguamente por los prehistóricos, en la orilla izquierda del torrente; y por más que damos su nombre á la estación, el sitio es conocido hoy día por «El Castellín», á causa de las mismas construcciones prehistóricas, de las que han quedado en pie algunos restos.

Podría preguntarse si algún recuerdo relacionado con este sitio le ha valido su nombre de Castellín. Por nuestra parte, creemos que este nombre es debido simplemente, como ya indicamos, á los vestigios de muros que allí se ven y que es del todo moderno.

El caserío se hallaba situado sobre las márgenes del estrecho valle formado por el río, que por sí mismo se ha abierto un lecho profundo á través de las calizas, las cuarcitas y las pizarras primitivas, y del cascajo y el limo arcilloso rojo que les están sobrepuestos. Los pobres labradores disputanle todavía al río una parte de sus orillas, cultivando á un lado y á otro del mismo una delgada lengua de tierra.

Estos terrenos se ven arrastrados periódicamente por las crecidas, costando no pocos esfuerzos el restablecerlos á su anterior estado. No ha mucho tiempo aún, todos ellos fueron terriblemente devastados por una crecida del torrente, que, en ciertos parajes, presentaba una anchura de agua de diez metros y una profundidad de once. Así se concibe el poder destructor de esa masa líquida lanzada por una pendiente de uno á uno y medio por ciento.

Nuestros prehistóricos se habían puesto perfectamente al abrigo de estas inundaciones.

El emplazamiento del villarejo, cuya vista de conjunto da la lámina 13, lo constituía un espacio triangular, situado en la vertiente de la orilla izquierda que, en su base, se termina por una margen cortada á pico de quince metros de altura. Descúbrese además á Este y á Oeste pequeñas gargantas accesorias, que servían al caserío de límites y defensas naturales.

La del Este es algo más profunda que la otra y hacía bastante difícil el acceso al caserío. Debemos creer, sin embargo, que los habitantes no consideraban sobrado segura su posición por este lado, puesto que levantaron un muro á lo largo de la cresta. Esta construcción ofrece ciertas interrupciones en la parte inferior de la colina, siendo lo probable que, en época reciente, haya sufrido alguna destrucción parcial.

La muralla debía servir al mismo tiempo de camino á los habitantes de Fuente Vermeja, para permitirles fácil acceso á las viviendas adosadas á la propia muralla del lado opuesto al barranco.

Su espesor es casi constantemente de ochenta centímetros y en algunos puntos de un metro. Está construída en la base con cantos rodados del torrente, y en la parte superior con fragmentos de la costra caliza cuaternaria ya citada, arrancados de la llanura que se eleva por encima del caserío. Los más grandes de estos fragmentos tienen un metro de largo, sesenta centímetros de ancho y veinte de espesor; estas piedras se hallan trabadas con tierra. En la cúspide de la vertiente, el muro gira en ángulo recto, aumentando á la vez mucho en espesor (un metro cincuenta centímetros). No existen de él hoy día más que algunos vestigios, cuya mayor altura no excede de un metro. Mejor que una descripción minuciosa, sirve la figura II (Lám. 13) para presentar la vista del conjunto de casas, la perspectiva de la arista del muro y todas las particularidades que al caso se refieren. Se

ven en ella los muros de división contruídos de la misma manera que los otros, pero más delgados.

Un detalle interesante conviene aquí señalar, y es el siguiente:

Las desigualdades que la cresta ofrece no dejaban espacios horizontales bastante extensos para edificar las casas; y por esta razón, alguna vez que otra, se ha desmontado el terreno, utilizándose los lados de las zanjas como paredes para las casas. Los escombros se han extraído con abundancia, sobre todo de las habitaciones *d* y *e* (Lám. 13); el terreno desmontado lo constituye un cascajo bastante duro. En el muro de separación *o* hemos podido comprobar perfectamente la existencia de un vano. Es, pues, posible que *d* y *e* fuesen dos aposentos de una misma vivienda.

El muro que separa las habitaciones *a* y *b* conservaba vestigios de un enlucido ó revestimiento de naturaleza terrosa, que cubría parte del paramento.

El fuego ha destruído estas casas; excavando los escombros que las llenaban, hemos encontrado pedazos de tierra calcinada con impresiones de ramas y de cañas procedentes del techo, como también restos de dos pies derechos.

Notemos aquí nuevamente el gran espesor de los escombros y la existencia, en la casa *f*, de restos carbonosos á dos niveles distintos, separados entre sí por unos cuarenta centímetros de tierra.

Como se ve, la disposición de las cabañas ha podido restablecerse bastante bien en esta estación.

Vamos ahora á pasar revista al mobiliario encontrado entre los escombros.

He aquí la lista:

Dos pequeños trozos de pedernal; uno de ellos es dentellado en forma de hoja de sierra (V. *e*, lám. 14).

Un fragmento de *celt* pulimentado, de diorita.

Varios cantos rodados larguiruchos, de pizarra, con señales de algún desgaste en su extremidad, como si hubiesen servido para machacar.

Tres pequeñas lajas de pizarra agujereadas (V. en *a*, *b*, *e*, lám. 14); en una de ellas (*b*) el taladro no llegó á terminarse; otra (*e*) se halla en el mismo caso, siendo lo probable que la piedra se rajase durante la perforación.

Nos extenderemos más en otra ocasión sobre estas tablitas, que son indudablemente piedras de afilar.

Dos piedras con ranuras en su extremidad; una de ellas, plana, parece

haber servido para afilar instrumentos; está dibujada en *f* (Lám. 14); la otra, figurada á la izquierda de la precedente, está redondeada. Esta última se parece á un falo; podría, no obstante, haber servido de pesa.

Desenterráronse también piedras molineras en bastante cantidad; las casas *a*, *e*, *f* contenían respectivamente siete, seis y seis de ellas.

Observemos la ausencia de puntas de flecha y de hojas de pedernal. Tampoco hemos encontrado más que un fragmento descantillado de una punta de hueso.

Los pectúnculus agujereados eran muy abundantes, como de ordinario. Uno de ellos, procedente de la casa *a*, contenía la parte central de una flor carbonizada, cuyo tallo pasaba por el agujero de la concha, formando así un pendiente primitivo (V. en *a*, lám. 14); dos conchas perforadas estaban aún encajadas una con otra (V. en *n*). Había también allí patelas, cipreas, etc.

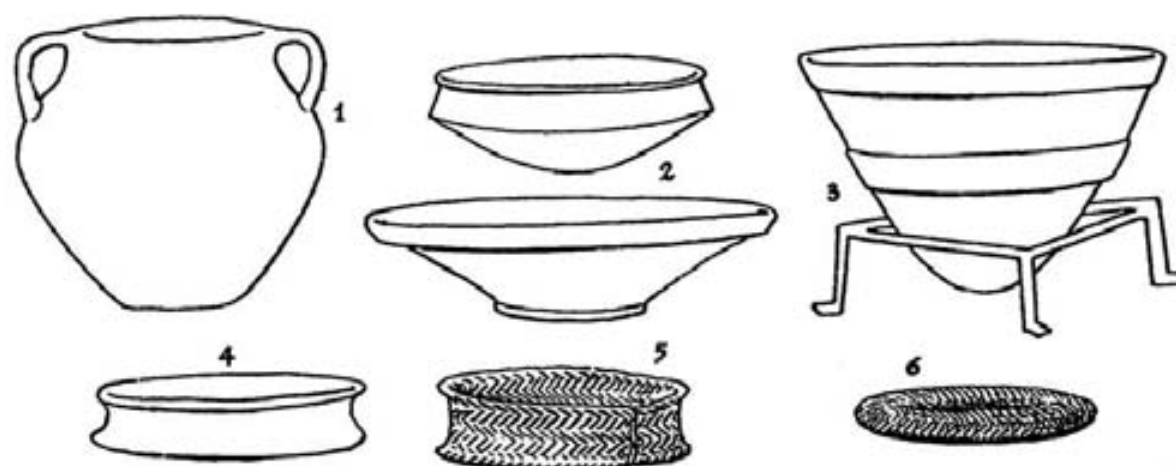
Debemos señalar algunos pedazos de pesas de tierra cocida, con cuatro agujeros, análogas á las de Campos.

En cuanto á las obras de alfar, la pasta apenas se distingue de la que hemos ya examinado; volvemos á encontrar el color variando del rojo al negro y el barniz ó el lustre; la lámina 14 reproduce las vasijas de Fuente Vermeja. Las formas se complican algo; el tipo que representan las figuras *m*, *n*, *l*, *q* es el que domina en las vasijas de esta estación, notándose además que existen ejemplares de diversos tamaños.

Uno de los que están figurados en *a* lleva en la base un pie; vése también entre ellos una tosca taza con pie. Es la primera vez que tenemos que mencionar un soporte formando cuerpo con la vasija. Muchas de las que se encuentran en este caserío no se sostienen, sin embargo, en equilibrio, apoyadas por su extremidad inferior.

¿Por qué no se guarnecían todas las ollas y cazuelas con bocaletes como el de la figura *a*? Ó más sencillamente aún: ¿por qué no se hacía plano ó ligeramente curvo su fondo, de manera que se sostuvieran en pie, como la mayor parte de las de Campos? La misma singularidad ha sido observada en Suiza y en muchos otros países.

Damos aquí algunas formas de vasijas de tierra cocida, que se usan hoy día en el país y son las más frecuentes en todos los ajuares. La del número 3 tampoco se sostiene en equilibrio puesta de pie. Para ponerla á la lumbre se la hace descansar sobre un triángulo formado por tres barras de hierro y sos-



TIPOS DE VASIJAS MODERNAS

1. Olla ó puchero. — Dimensiones muy variables. — Las grandes ú *ollas* sirven para preparar los alimentos á la lumbre; las pequeñas ó *pucheros* se usan más bien para colocar las provisiones que los obreros llevan consigo.
2. La más pequeña (*cazuela*) está igualmente destinada á guisar la comida; la mayor (*lebrillo*) sirve para lavar.
3. Llámase también *olla*; es, por lo común, bastante grande y se emplea para cocer los alimentos de una familia numerosa; el dibujo la representa descansando sobre las barras de unas trébedes de hierro, entre las cuales se coloca la lumbre.
4. Sóporte de tierra cocida.
- 5, 6. Soportes de esparto trenzado.

Estos soportes tienen por objeto sostener las ollas (tipo n.º 3), cuando se las quita del fuego; los comensales se juntan en torno de la comida, y cada cual, para tomársela, va metiendo una y otra vez en la olla su cuchara de palo.

tenido por tres pies, entre los cuales arde la leña ó el ramaje, introduciéndose la parte inferior de dicha vasija en el hueco que interiormente deja el triángulo. Cuando la comida que en ella se ha preparado está en su punto, se la quita del fuego y se la pone sobre una gruesa argolla de esparto trenzado; los comensales la rodean y cada cual mete su cuchara de madera en la cacerola para comer lo que le acomoda. Inútil es que digamos que, si hacemos esta comparación entre vasijas modernas y prehistóricas, es sólo desde el punto de vista de la forma y del soporte que ésta exige.

Debemos llamar la atención sobre un fragmento de una hermosa taza parecida á uno de los tipos de Campos y sobre un pedazo de una especie de tapa (V. á la izquierda de *f*, lám. 14).

La urna mayor dibujada en *f* contenía cebada quemada; encontrábase en la casa *f*, al lado de seis muelas de piedra. La urna grande con orejetas que muestra la figura *i* ha sido encontrada en la casa *i*.

El fragmento figurado encima de *a* (Lám. 14) proviene de una vasija de boca muy pequeña relativamente á las demás dimensiones, á juzgar por su semejanza con otras de las estaciones siguientes.

El único motivo de decoración que en estas vasijas hemos encontrado consiste en una ondulación del borde superior, que debía obtenerse muy fácilmente con los dedos, y en una serie de líneas transversales, igualmente trazadas sobre el borde.

Encuétranse actualmente todavía en el país vasijas así ornamentadas en los bordes.

Todos estos objetos de barro están hechos á mano ó con ayuda de moldes y con mayor ó menor esmero, teniendo en cuenta seguramente la magnitud de los mismos y su destino.

Las excavaciones de Fuente Vermeja nos han dado también trozos de cuerdas de esparto carbonizados (V. en *a*, lám. 14).

En cuanto á objetos de metal, sólo encontramos una varilla, un pequeño fragmento (V. en *d*, lám. 14), un clavo con cabeza y una hoja de cobre, figura 1 (Lám. 14), procedente de la sepultura número 1. Este útil es una simple hoja plana, delgada, que lleva dos agujeros para sujetarla al mango por medio de pasadores ó clavijas; las clavijas han desaparecido, pero se ven aún vestigios de la empuñadura.

Sabido es que la Gran Bretaña ha dado un gran número de estos objetos.

Haciendo su descripción, dice M. Evans: ¹

«En ciertos casos, los agujeros de las hojas no estaban provistos de pasadores, lo que ha hecho pensar á M. Bateman que las hojas se fijaban al mango por medio de ligaduras. En un túmulo del condado de York se ha encontrado, junto á los restos de un cuerpo quemado, un pequeño cuchillo de bronce al cual se hallaban todavía adheridos pedazos de cordón medio carbonizados, que probablemente habían servido para unir la hoja con el puño. Con frecuencia han debido emplearse clavijas de madera, de hueso ó de cuerno, en lugar de pasadores de metal.»

Es muy posible que este último procedimiento haya sido puesto en uso para la hoja que aquí describimos, con tanta más razón cuanto que nosotros hemos encontrado hojas de éstas en las que se ve aún la clavija de madera. Si los pasadores hubiesen sido de metal, es probable que hubiesen quedado algunos restos de ellos.

No se han encontrado en esta estación ni siquiera indicios de fábricas de fundición.

SEPULTURAS.— Hemos encontrado cuatro sepulturas de inhumación. Están marcadas en el plano del caserío (plano I, lám. 13) con los números 1, 2, 3 y 4. Las dos últimas estaban casi enteramente destruídas; no quedaban de ellas más que algunos restos.

Las de números 1 y 2 estaban intactas.

Eran unas cámaras completas, constituídas por seis losas de arenisca micácea blanda, de un espesor de cuatro á siete centímetros. Tenían respectivamente un metro cincuenta centímetros y ochenta centímetros de longitud, noventa y cinco y cincuenta y cuatro centímetros de anchura y ochenta y sesenta de profundidad.

Como enseña el dibujo (Lám. 14), no todas las paredes estaban formadas de una sola pieza, sino que á veces se les añadía alguna más para completarlas en el sentido de su longitud. Las losas verticales, al disponer la tumba, se habían colocado yuxtapuestas, después de una labra previa más ó menos minuciosa; exteriormente y en todo su alrededor poníanse piedras hincadas en el suelo, á fin de dar más estabilidad al conjunto.

¹ J. EVANS. *L'âge du bronze*, pág. 244.

Encontramos estos cistos llenos de tierra; las losas que formaban su tapa aparecieron á poca profundidad por debajo de la superficie.

La sepultura número 1 no contenía sino la hoja de que hemos hablado más arriba: las osamentas habían desaparecido casi por completo.

En la tumba número 2 encontrábanse algunos fragmentos de objetos de alfar, un pedazo de maxilar inferior y algunos restos de huesos largos. Al parecer, hubo allí dos muertos.

CAPÍTULO II

LUGARICO VIEJO.

SE ha dado este nombre á una colina en forma de herradura situada en la orilla derecha del río de Antas, ochocientos metros más arriba de Fuente Vermeja y á un tiro de fusil del lugarejo llamado *Los Castaños*.

La garganta que aparece al pie de la estación es estrecha y está sembrada de enormes pedruscos destacados de las márgenes del río, que aparecen con frecuencia cortadas á pico y resquebrajadas.

Por este lado el caserío estaba bien defendido. Por el Este, Oeste y Sud las vertientes son más ó menos rápidas y terminan en vallejos secundarios que vienen á parar al río.

La estación ocupa una extensión de una hectárea próximamente, en la cúspide de la colina, cúspide por lo demás bastante ondulada y cuyo punto culminante se encuentra á sesenta metros de altura sobre el lecho del torrente. Es más importante en extensión que Fuente Vermeja.

La lámina 15 muestra la vista y el plano del sitio. En una longitud total de noventa metros (V. el plano) hemos comprobado la existencia de vestigios de una muralla importante, siguiendo la arista de la meseta, en el ángulo Sudoeste. Este muro está construído de la misma manera que los que ya hemos descrito.

Su espesor varía de setenta centímetros á un metro.

El paramento Sud de la porción oriental está inclinado en ciertos puntos, ofreciendo unos toscos escalones. El trozo del mismo que aparece situado en el ángulo se halla bastante bien conservado, llegando con frecuencia á un metro cincuenta centímetros su altura.

Parece lo más probable que esta muralla debió existir en la mayor parte del perímetro que afecta la cúspide. Pero el tiempo y los hombres no han pasado en vano por allí. Parte de la muralla se ha derrumbado y el cultivador ha recogido las piedras caídas para formar con ellas muros de sostenimiento de sus tierras. Ha observado luego que el terreno era fértil, gracias al asiento que allí hicieron los antiguos; y ha cavado, labrado y nivelado cuanto le ha sido posible, destruyendo para siempre jamás los restos de sus obras.

En *A* (Lám. 15) existía una casa, de la cual damos al lado el corte y los detalles sobre un plano horizontal.

En *u* (V. este plano) pudimos observar algunos restos de maderos quemados, lo mismo que en *r*, pareciéndonos que una parte de los últimos penetraba en el muro.

Esta vivienda fué destruída por un incendio; excavando el suelo hasta el terreno virgen, es decir, en un espesor de un metro cincuenta centímetros, encontramos un ajuar bastante completo: la posición en que todas las piezas fueron encontradas está indicada en el mismo plano. El corte de esta habitación recuerda el de las casas de Campos y de Fuente Vermeja. El mismo espesor de escombros, la misma capa inferior, marcando el nivel del suelo de la habitación, cubierto por unos cuarenta centímetros de tierra arcillosa, proveniente del techo ó del piso superior: más arriba todos los escombros hallábanse en el mayor desorden y no hemos podido estudiarlos suficientemente. He aquí la enumeración de los objetos encontrados:

Quince sierras de pedernal (Figs. 38 á 41, lám. 16), yaciendo casi todas en el mismo sitio *s* (V. el plano detallado de la casa *A*, lám. 15); una de ellas presentaba dentellones en los dos lados.

Una tablita de pizarra dura y compacta (Fig. 36, lám. 16). Es perfectamente simétrica con relación á los ejes longitudinales y transversales; está fabricada con extraordinario esmero y no parece haber servido: yacía en *n*.

Una rodaja de pizarra con un agujero practicado en el centro (Fig. 37, lám. 16).

Cinco muelas de micacita; dos de ellas se encontraron en *m* (casa *A*, lám. 15), en un espacio rectangular de un metro sesenta centímetros de largo y un metro de ancho, circuido por algunas piedras planas, puestas de canto, á la vez que por los muros de la casa. Hallábanse en todo su alrededor desparramadas muchas cenizas.

A lo largo del muro del Este había colocadas cuatro urnas de tierra cocida (*c, d, e, f*, lám. 15), que contenían trigo, cebada y grano machacado, todo ello carbonizado.

Estas urnas están toscamente fabricadas y su pasta es rojiza; se parecen á las de Fuente Vermeja (V. n. lám. 16).

Las figuras *o* á *s* representan otros objetos de alfar encontrados en esta habitación: las vasijas *p* y *o* son notables. Los adornos que llevan consisten en líneas y puntos trazados en hueco sobre la pasta fresca.

La primera se encontraba en *g* (casa *A*, lám. 15).

La pasta es de un rojo claro algo amarillento.

El artista empezó á trazar la serie inferior de triángulos en el punto que nosotros hemos colocado en medio del dibujo, marchando en seguida de izquierda á derecha, pero tomó mal sus medidas; y como al llegar cerca del punto de partida le sobraba espacio para colocar un triángulo igual á los otros, intercaló dos pequeños. Algo semejante debió ocurrirle en la serie superior, pero la irregularidad está mejor disimulada.

La segunda vasija es de ejecución más esmerada y está cubierta de un barniz negro con manchas pardo-rojizas. El interior de algunos de los agujeritos que aparecen practicados con regularidad entre las líneas curvas estaba lleno de una substancia blanca terrosa. Es probable que se quiso así obtener una suerte de decoración, por el contraste del color claro de esta substancia con el obscuro de la pasta.

M. Schliemann ha encontrado en las vasijas de Hissarlik dibujos en hueco, rellenos de creta.¹

La vasija de que se trata yacía en *b* (casa *A*, lám. 15), teniendo á su alrededor algunos pedazos de una tosca urna que contenía residuos carbonosos, parecidos á una especie de pan carbonizado. No hemos comprobado el empleo del torno en la fabricación de la cerámica del Lugarico.

¹ *Ilios*, op. cit., p. 207.

En *p* (casa *A*, lám. 15) encontrábanse varios panes ó pesas de tierra cocida, análogas á las que hemos ya descrito.

Separadamente de la cebada y el trigo que llenaban algunas urnas, y que ya hemos citado, pudimos recoger además una buena partida de cebada en grano que se hallaba cubierta con esparto; todo ello aparecía dispuesto sobre los restos carbonizados de una tabla; bellotas, leguminosas, hojas, frutos, flores, hasta insectos (V. figs. 42 á 66, lám. 16), se han conservado perfectamente.

Casi no hay necesidad de hacer observar que esta conservación es debida á una carbonización completa, que no ha alterado la forma de los objetos.

No podemos mencionar, como procedentes de esta casa, otros objetos de metal más que un cincel de corte ligeramente ensanchado (Fig. 26, lám. 16) y un punzón; estas piezas son de cobre.

Fuera de la vivienda de que se trata, no hemos explorado más que algunos puntos dispersos del cerrillo.

He aquí la nomenclatura de los objetos descubiertos:

Algunos trozos de pedernal y una docena de sierras de lo mismo (Figuras 18 á 21, lám. 16).

Cuatro tablas de pizarra (V. figs. 14 á 17); en la que representa la figura 17 el agujero superior está practicado hacia la mitad del ancho de la piedra; el otro está abierto cerca del borde.

Un disco de pizarra agujereado, análogo al de la figura 37.

Un pequeño fragmento de *celt* pulimentado, de diorita.

Algunas puntas de hueso labrado (Figs. 22 y 23).

Dos botones de marfil (Figs. 24 y 25).

Un asta de ciervo labrada en la punta (Fig. *b*).

Fragmentos de barro endurecido por el fuego, con impresiones de hojas y de cañas (Fig. *g, h, i*).

Un tiesto de barro cocido (*x*), decorado á poca diferencia como la vasija *p*.

También se han encontrado algunos fragmentos de vasijas, llevando botones ó pezones salientes, así como un pedazo correspondiente á la boca de un tarro provisto de un pico; en el fondo del mismo (*w*) se ven costras de escoria adheridas.

En *y* (casa *A*, lám. 15) hemos podido reconocer una especie de artesa, formada por dos muelas puestas de canto y varias piedras cogidas con barro; el interior estaba revestido de tierra y contenía aún arcilla amasada; á su lado se encontraban también una pella de arcilla y pesas de lo mismo no cocidas, pero ya perforadas.

En cuanto á los objetos de metal encontrados fuera de las tumbas y de la casa precedentemente descrita, no tenemos que señalar más que algunos punzones y la hermosa punta de flecha que muestra la figura 27 (Lám. 16), sobre la cual se ven las señales de un ligamento.

SEPULTURAS.— Doce tumbas han sido excavadas en Lugarico Viejo. Las hemos numerado desde 1 á 12 en la lámina 15, que pone de manifiesto su posición respectiva (V. el plano de conjunto).

Las de números 1 á 8 estaban situadas sobre una línea casi horizontal, en la vertiente Sudoeste del cerrillo y á una distancia una de otra que varía entre dos metros y dos metros cincuenta centímetros.

Para enterrar los cuerpos se abría una zanja sobre el depósito de guijo que forma el suelo, rodeando sencillamente el hoyo resultante con piedras, que protegían más ó menos el cadáver.

La de número 3 estaba dispuesta con más cuidado.

La lámina 15 (V. á la derecha, hacia abajo) representa esta sepultura, en su primitivo estado, restablecida con arreglo á lo que las excavaciones hechas han demostrado.

Se ve por ellas que el terreno había sido abierto en zanja; luego, después de consolidar el pie de los taludes con algunos morrillos, se había formado la cámara sepulcral por medio de pequeñas lajas de pizarra, puestas de canto, delante del hoyo: y se había cerrado, sin duda, la tumba cubriéndola con algunas piedras planas, que de una parte se apoyaban sobre las lajas de las paredes y de la otra probablemente sobre el terreno mismo, por el intermedio de algunas piedras que formaban un tronco de bóveda.

Su interior aparecía lleno de tierra; en él reconocimos los restos de dos esqueletos, pero sólo pudimos recoger algunos dientes. Los huesos se deshacían en polvo á medida que se retiraban de entre los escombros.

Los cuerpos estaban doblados sobre sí mismos, con las rodillas pegadas á la barba.

Un pequeño punzón y un puñal (V. fig. 3, lám. 16), ambos de cobre, componían todo el ajuar de esta sepultura.

El puñal estaba fijado al mango por medio de una clavija metálica encorvada, pasando por una hendidura de la hoja: el mango había desaparecido.

La tumba número 4 contenía un pequeño punzón de cobre.

La de número 9 fué encontrada en el interior del recinto, en la cúspide del cerrillo.

Esta sepultura había sido destruída: así es que, entre los escombros, sólo encontramos algunos restos de losas y el hermoso puñal que muestra la figura 9 (Lám. 16).

Esta arma notable no estaba fijada al puño más que por dos pasadores muy pequeños; este puño no existe ya, pero ha dejado sobre el metal una debil impresión en forma de semicírculo.

Es frecuente en otros países esta forma dada á la extremidad del mango.

El borde superior del puñal está dentellado con toda intención, sin que tenga esto seguramente un fin decorativo, porque esta parte quedaba oculta. ¿Acaso se querría aumentar así su adherencia al mango?

La sección del arma es plana arriba, con cortes biselados; hacia la punta se dibuja un pequeño nervio proveniente del encuentro de los biseles de los dos cortes.

Leemos en los *Materiaux*,¹ á propósito de la comparación entre unas armas representadas en ciertos monumentos egipcios del año 1500 al 1000 y las de Micenas:

«La espada es aquí también lo que puede llamarse un puñal largo, un estoque, relativamente ancho cerca del regatón y disminuyendo uniformemente hasta la punta. Si esta correspondencia se extiende á todos los detalles de la forma y del trabajo, es cosa imposible de decidir actualmente; únicamente podemos dar por cierto que las espadas egipcias tienen con frecuencia también una escotadura semirredonda en el nacimiento del puño y dos pasadores que fijan este puño á la hoja ».

¹ Cuaderno de Enero de 1886, pág. 22. *L'Origine du bronze en Europe*, por el doctor Sophus Muller, traducido del danés por L. Morillot y H. Tripard.

No es posible dejar de sorprenderse de la semejanza que hay entre las armas descritas en lo que precede y la del Lugarico Viejo.

La tumba número 10 fué encontrada en una pequeña caverna muy irregular, estrecha y de difícil acceso, situada en la vertiente Este. Tiene dos entradas. Antes de nuestros trabajos había sido removida, pero la suerte nos favoreció lo bastante para poder extraer aún de entre la tierra que llenaba la cueva los objetos siguientes, que en la misma se hallaban diseminados:

Una punta de hueso labrado.

Otra de cobre.

Un colmillo de jabalí labrado.

Una hoja de pedernal gris, larga y fina, con los bordes muy cortantes, que ha sido labrada con gran destreza.

Un conus horadado.

Por último, un hermoso *celt* plano de cobre.

Estas piezas están figuradas en 10 (Lám. 16).

El *celt*, visto de frente y de lado, reproduce de una manera sorprendente la forma de los *celts* de piedra; su sección prueba que ha sido recibido al fundirlo en un molde análogo á los que volveremos á encontrar en el Argar.

De las osamentas de esta tumba no hemos recogido más que un húmero, con la parte correspondiente al cúbito perforada, muy bien conservado y tapizado de dendritas de manganeso, lo mismo que la punta de hueso.

Las sepulturas números 11 y 12 se encontraban en otra pequeña cueva, en la vertiente Sudeste.

De la tierra que los envolvía pudimos destacar algunos huesos, un punzón y un pequeño puñal de cobre, con tres pasadores; esta arma había sido en un principio más larga, y en ella se ve muy bien el sitio que ocuparon los tres primeros agujeros para los pasadores; los otros han sido abiertos posteriormente más abajo, á causa del desgaste de la parte superior.

Las tumbas de que hemos hablado no contenían otra cosa más que detritus de osamentas.

Entre las poblaciones prehistóricas de Fuente Vermeja y Lugarico Viejo y las de Campos y de Parazuelos existen diferencias importantes, pero nada impide considerar á aquéllas como procediendo de éstas por un mayor adelantamiento.

Hicimos notar ya cierta preocupación por la defensa en la disposición de una casa de Campos; este móvil es mucho más seguro y aparece más indicado aún en Fuente Vermeja y en Lugarico Viejo. En estas dos estaciones así la elección del emplazamiento como las condiciones de las construcciones de todas clases concurren al mismo fin. Existían, sin duda, motivos para temer más al enemigo, de quien ya se recelaban las gentes de Campos, y guardarse mejor de él.

Lo que sabemos del sistema de construcción de las viviendas es próximamente idéntico en unas y otras estaciones.

En cuanto á las armas y á los utensilios vemos en las dos estaciones que acabamos de describir un mejor empleo del metal. El pedernal apenas se utiliza más que para hacer sierras. En Parazuelos la hoja de cobre se usaba sin mango ó bien simplemente introducida en la rendija abierta en un puño; ahora la vemos ya con agujeros y provista de pasadores; uno de los ejemplares presenta además bellas dimensiones, junto con una forma elegante; el regatón se ensancha.

Los dardos triangulares tan primitivos de Parazuelos se convierten en un tipo más racional y hasta elegante. Los punzones y los *celts* permanecen iguales. En cuanto al metal empleado hasta el presente en las armas y los útiles, no encontramos nada de bronce; solamente el cobre era empleado.

Volvemos á encontrar el esparto trenzado, las conchas perforadas, las pesas (?) de tierra cocida; las formas de las vasijas de barro se multiplican y más de una vez resultan más complicadas.

Las sepulturas por el sistema de inhumación, aunque, al parecer, poco numerosas, están bien caracterizadas.

El enterramiento de los muertos en cavernas naturales no puede ser más lógico; sin embargo, encontramos también tumbas en estas estaciones dentro de los mismos caseríos. Una idea piadosa obligaba á los sobrevivientes á no alejar de sus moradas los despojos de sus antepasados, sin duda para que el adversario, de quien se recelaban, no profanase estos restos. Al lado de ciertos muertos depositábanse útiles y armas; otras sepulturas no contenían más que el esqueleto.

De la colocación de esas armas junto á los muertos puede deducirse la creencia que aquellas gentes debían tener en una vida futura. El rito

de la incineración ha desaparecido. No encontramos ya aquí los brazaletes de bronce y las cuentas de collar de bronce, de caliza y de cornalina, objetos que tanto caracterizan á la época precedente; observemos, no obstante, que tampoco los hemos encontrado de otra clase.

La conclusión que deducimos de la comparación de esta estación con las precedentes, es la de que asistimos á la evolución de un mismo pueblo, cuyos primeros pasos hemos señalado precedentemente.

Todos los progresos esenciales anteriormente realizados permanecen como ya adquiridos; todos los útiles usados en la época neolítica han acabado por transformarse y adquirir formas adaptables al empleo del metal; salvo el *celt*, ya no los veremos modificarse más en lo sucesivo.

Aparte de estos progresos en la industria, otros dos hechos quedan comprobados: el retorno al rito funerario de la época neolítica, la inhumación: y el miedo siempre creciente á un enemigo, que debía ser poderoso.

CAPÍTULO III

IFRE.

EL orden cronológico que existe en nuestros hallazgos nos obliga á transportarnos de nuevo al Nordeste, hacia los alrededores de Parazuelos.

La estación de Ifre está situada en lo alto de una escarpa rocosa, estrecha y larga, cuyo eje mayor se dirige de Sudeste á Noroeste. Este peñasco estéril se encuentra casi aislado en una llanura de corta extensión, suavemente ondulada y muy árida en su mayor parte.

El grupo de colinas que rodea á Parazuelos la separa al Sud de la Sierra del Lomo de Bas, situada á cinco kilómetros; á una distancia algo menor, hacia el Norte, se desarrolla la Sierra de las Moreras; estas dos líneas de montañas son ramificaciones de la importante cordillera de las Almenaras, que limita al Sud la cuenca hidrográfica del Sangonera ó río de Lorca.

Ifre dista de la estación de Parazuelos, precedentemente descrita, dos kilómetros, hacia el Nordeste.

La escarpa en cuestión se compone toda ella de una roca caliza, de color gris amarillento á gris rojizo, con frecuencia ferruginosa.

Se encuentra esta formación en toda la costa Sudeste de las provincias de Murcia y de Almería.

Esta caliza no contiene fósiles, y presenta hendiduras y fallas numerosas.

Es cavernosa, encontrándose en ella cuevas que han sido alguna vez utilizadas por los pueblos prehistóricos, sea para viviendas, sea como lugares de enterramiento. El punto culminante del *Cabezo de Ifre*, nombre que en el país se da á este peñasco, se eleva ciento veinticinco metros sobre la rambla denominada de Ifre ó de Morata. Esta rambla viene de la Sierra de las Almenaras. Un chorrillo de agua corre constantemente por entre los cantos multicolores de su lecho.

Bajo los ardientes rayos del sol del mediodía, esta agua apaga la sed del viandante; los pastores conducen á ella sus rebaños, los arrieros sus bestias de carga. Da movimiento á un rústico molino, un poco más arriba del cabezo; y constituye la principal riqueza de dos pequeños cortijos situados al pie mismo de la escarpa el uno y un poco más abajo el otro. Cuando llueve fuertemente, lo que es raro, el torrente baja impetuoso. La proximidad de esta agua atrajo indudablemente á los hombres de que vamos á hablar. Vese aquí la repetición de un hecho con frecuencia observado en los países meridionales, y sobre el que muchas veces se ha llamado de un modo especial la atención de los arqueólogos; nosotros hemos tenido ocasión de comprobarlo frecuentemente, y más de una vez nos ha servido de guía en nuestras exploraciones.

La inclinación media de las dos vertientes del monte es de treinta grados sobre la horizontal.

La roca se presenta generalmente descarnada; apenas si un poco de tierra cubre algunos hoyos, dando así vida á alguna maleza, á unas cuantas matas de esparto, ó á soberbios romerales.

Esta tierra proviene principalmente de la cima del monte, donde la mansión del hombre la ha acumulado.

Hemos representado en la lámina 17 el perfil y la vista longitudinal de este sitio. El lector podrá ver por ella que ocupa una posición fortificada de antemano por la naturaleza y verdaderamente formidable.

De lo alto de esta áspera cima descúbrense muchas leguas cuadradas de terreno. Los centinelas prehistóricos podían señalar la aproximación del enemigo, ora viniese por tierra, ora por mar, á grandes distancias: y ya veremos más lejos que nuestras gentes se hallaban preparadas para recibirlo, en el caso de que quisiera intentar el asalto del cabezo.

Nadie, por otra parte, va á construir su vivienda en la cima de un peñasco cuando no tiene que guardarse de un mal vecino ó de un invasor lejano.

De la estrecha banda formada en la cima por el encuentro de las dos vertientes, una parte es de por sí muy escabrosa, destacándose, irregularmente esparcidas, grandes peñas sobre el suelo de la misma.

Para construir sus casas utilizó nuestro pueblo toda la superficie más ó menos llana, adosando las construcciones á algunos salientes naturales del terreno.

En la parte superior de la vertiente Sud encontramos también algunas casas. Por el lado Norte no se ven ni vestigios de ellas. Es posible, sin embargo, que en estos parajes hayan sido más numerosas de lo que hoy día parece. Concíbese perfectamente, en efecto, que las construcciones levantadas sobre una pendiente sean más fácilmente destruidas que las que se erigen sobre espacios horizontales.

En las vertientes se ha sacado partido de las pequeñas depresiones naturales, debidas á la disposición de los estratos, para construir cabañas, que, por lo demás, podían fácilmente ensancharse por medio de pequeños muros de sostenimiento que unieran la parte de arriba con la de abajo.

En *m* (V. plano I, lám. 17) se ven algunos vestigios de muros, que pudieron pertenecer á una construcción defensiva avanzada, si es que no sirvieron para encerrar rebaños por la noche, como se hace hoy todavía en el país.

Hemos ejecutado nuestras excavaciones principalmente en las casas de lo alto del monte, que son las más interesantes. Tiempo es ya de que demos á conocer su construcción y su mobiliario.

Cerraban el perímetro de estas casas muros hechos con piedras de pequeño volumen, separadas en hiladas irregulares por una argamasa formada de un barro bastante fino; habiéndose utilizado con frecuencia también, á guisa de mortero, una pizarra arcillosa descompuesta, de color violado, conocida en la comarca por *tierra roya ó láguena*. El aparejo es más ó menos grosero, sin que se tuviera siempre la precaución de hacer cruzar las juntas. El espesor varía de cuarenta á setenta centímetros para los muros de las casas, y alcanza á veces á dos metros cincuenta centímetros para los muros del recinto ó de la fortificación de que hablaremos más adelante.

La superficie de los paramentos es por lo común rugosa; hemos encon-

trado, con todo, un cierto número de pequeñas costras lodosas que pudieran provenir de un revestimiento más ó menos fino.

Las piedras inferiores descansan sobre la roca firme ó sobre escombros que rellenan las cavidades naturales.

Es probable que nuestros albañiles primitivos recogieran para sus obras las piedras más ó menos sueltas que encontraban en las vertientes, y que de esta suerte separasen todas aquellas que no se resistían al trabajo con sus toscos útiles.

En el plano II se ve que el caserío se componía de dos partes bastante independientes; la mitad Noroeste es la más interesante. El relieve mismo del suelo le proporcionaba un acceso bastante cómodo por *o*: allí estaba seguramente el camino; mas como en este punto existían además los cimientos de un muro, destinado, sin duda, á interceptar el paso, á voluntad de los habitantes, podemos tomarlo por la puerta de la población. Por cualquier otra parte la entrada era poco menos que imposible, á causa de lo escarpado de la peña y de los muros de defensa que existían. El plano III (Lám. 17) presenta en escala mayor esta parte de la que podemos llamar ciudadela; en él puede observarse la distribución en grupos de las casas y la idea fija que se tenía de estrechar todos los pasos y facilitar su defensa.

El muro *A* (Plano III) es discontinuo, pero las soluciones de continuidad existen solamente allí donde los salientes que formaba la peña hacían inútil toda construcción; los trozos de muro vienen, por consiguiente, á apoyarse á una y otra parte contra las desigualdades naturales del terreno, presentando á veces escalones (V. lám. 17, corte *H*). La idea de defensa no puede presentarse, á nuestro parecer, con más claridad.

Al Norte de *A* ningún vestigio de viviendas encontramos.

Hacia el lado opuesto vemos otro muro correspondiente al recinto, de forma curva, *D, C...* (Plano III), apoyándose igualmente contra las prominencias de la peña. Más allá del mismo había algunas casas.

La presencia de estas viviendas fuera del recinto puede explicarse de dos maneras: ó bien por un ensanche de la estación, posteriormente á la construcción de dicho recinto; ó bien, si el caserío ha tenido desde el principio la importancia que revelan nuestras excavaciones, suponiendo que el espacio *F, A, D, C, G, O* (Plano III) fuera la acrópolis en que se reunieran las mujeres, los niños y los viejos, así como las cosas de algún

valor, en caso de asalto; los defensores mismos podían atrincherarse en tal caso detrás de estas murallas.

Sea de ello lo que quiera, debemos creer que dichas murallas fueron levantadas con objeto de oponer una sólida barrera á todo ataque exterior; su posición, su disposición y sus dimensiones así lo prueban.

El lector puede examinar (Plano III, lám. 17) el plano del caserío, tal como nuestras excavaciones lo han puesto al descubierto; hemos respetado los muros tanto como nos ha sido posible, subsistiendo aún en la actualidad. Pero el tiempo no dejará de ejercer sobre ellos su obra de destrucción; y bien pronto, sin duda, en la cúspide del Cabezo de Ifre, no quedará más que un montón de piedras.

La superficie de estas diversas habitaciones era muy pequeña para que toda una familia ocupase una sola de semejantes divisiones; posible es que cada casa dispusiera de varios compartimientos y que tuviera más de un piso. Creemos, en efecto, haber descubierto restos de una escalera, en un muro grueso formado por escalones groseramente indicados para pasar de *g* á *i*; y una cosa análoga parece presentarse en *f*.

La altura de los muros no podía ser muy grande, á causa de su escasísima resistencia. Los trozos más altos de los mismos que aun se sostenían en pie tenían próximamente un metro sesenta centímetros. Los muros del recinto, en razón á su mayor espesor, podían tener más elevación; apenas quedan de ellos más que las piedras de la base.

Los techos debían ser planos y formados, como en Campos, con cañas y ramas yuxtapuestas, unidas con cordelillos de esparto, sosteniendo un revestimiento de barro. Los pedazos de este barro, endurecido por el fuego, abundaban mucho en nuestras excavaciones (V. *g*, *f*, lám. 18). Los hay en que la impresión de las cuerdas se percibe perfectamente. Otro ejemplar está representado en *g* (Lám. 18); tiene cinco centímetros de espesor, habiéndosele redondeado uno de los bordes. Creemos que este fragmento pudo corresponder al canto de una abertura practicada en un tabique intermedio.

Algunas de estas cañas debían tener unos cinco centímetros de diámetro, que es una buena dimensión. No estaban mondadas, es decir que, al tiempo de emplearlas, no se les había quitado sus hojas, las cuales, en parte, se hallan todavía pegadas al tallo, como se ve por el examen de sus impresiones.

De lo que precede puede ya concluirse que este caserío fué destruído por un incendio. De ello encontramos, por otra parte, pruebas numerosas en nuestras excavaciones.

Concíbese fácilmente que las capas de escombros que hemos registrado tengan un espesor muy variable, según los parajes; así debía resultar, en efecto, por consecuencia del modo cómo fueron destruídas las viviendas y de su situación.

La abundancia de detritus de cenizas y de tierra explicaría la hipótesis de un piso superior, que hemos emitido ya á propósito de la estación de Campos.

Describiremos con algún detalle la casa *c* (Plano III), que ofrece ciertas particularidades dignas de especial atención.

La lámina 17 (casa *c*) permite apreciar el estado en que se encontraba esta habitación, después de separados los escombros que la cubrían. Hacia el medio, cerca del muro Sudeste, aparecía, formado con piedras, un circuito semicircular de un metro setenta centímetros de diámetro, el cual por la parte interior se hallaba revestido de un enlucido terroso, de uno á dos centímetros de grueso. Este circuito estaba abierto por delante, lo que nos permitió emprender por este lado la extracción de los escombros; en su parte posterior hallábase cerrado por un macizo de piedras y barro, de unos ochenta centímetros de espesor, que se apoyaba contra el muro de la casa.

En el interior de este espacio hemos descubierto tres compartimientos, separados uno de otro por paredes delgadas, formadas con tierra y cascajo, de un espesor de cinco centímetros.

El primero, empezando por la derecha del espectador, estaba abierto hacia el Sud; tenía cuarenta y cinco centímetros de ancho y cincuenta de profundidad, y no se hallaba cubierto por la parte superior; únicamente en la pared del fondo había una pequeña banqueta horizontal de cinco centímetros de anchura. El compartimiento de en medio tenía cuarenta y dos centímetros de ancho y treinta y cinco de profundidad; su mitad posterior estaba cubierta con una pequeña bóveda formada con tierra y un pedazo de una gran urna de barro; el extrados de esta bóveda era plano. El tercer compartimiento formaba, en proyección horizontal, unos tres cuartos de círculo de setenta y cinco centímetros de diámetro, quedando abierto el otro cuarto,

conforme indica el plano III. Sus paredes, en lugar de ser verticales, iban aproximándose las unas á las otras en la parte superior, con tendencia á formar una especie de cúpula. En el centro de este compartimiento se levantaba un pequeño macizo cilíndrico de cuarenta y cuatro centímetros de diámetro y treinta y cinco de altura, hecho de tierra; en su parte posterior habíase empotrado una muela de micacita, de treinta centímetros de longitud por veinte de anchura, puesta de canto.

El suelo de este compartimiento estaba quince centímetros más alto que el de los otros.

Esta construcción debió hacer el oficio de horno; el gran número de muelas encontradas en esta casa nos ha hecho creer que en él se cocería pan, hipótesis tanto más verosímil cuanto que encontramos en la misma cereales carbonizados. Podemos también preguntarnos si se habrán cocido piezas de alfar en este mismo horno; su disposición parece prestarse á ello bastante bien.

A la derecha y fuera del circuito se encontraba una banqueta hecha de piedra y barro, sobre la cual descansaban diez muelas de dimensiones y naturaleza diversas; una de ellas es de traquita, otras son de micacita y otras de una arenisca fosilífera, rocas todas resistentes y que suministran fácilmente una superficie áspera. Otras seis muelas se encontraban además entre los escombros de esta casa.

En diferentes ocasiones hemos mencionado ya estos objetos, que en todas partes se han encontrado, bien que, en las estaciones que nosotros hemos explorado, su número sea mucho mayor que en ninguna otra de que tengamos conocimiento, á excepción tal vez de las de Hissarlik. Sus dimensiones varían desde veinte á ochenta centímetros de longitud, y es preciso distinguir entre ellos dos clases: las muelas fijas y las muelas móviles; al igual que en uno de nuestros molinos, una de las piedras permanece quieta mientras que la otra se mueve. Las muelas móviles, más pequeñas que las otras, tienen la forma de unos semielipsoides. Una de las caras, por consiguiente, es casi plana. Las muelas fijas son piedras que presentan una depresión cilíndrica, sobre cuya depresión viene á apoyarse la cara plana de la muela móvil, de tal manera que solamente las extremidades de ésta llegan á tocar á la primera; si en el intervalo que queda así entre las dos piedras se hace caer grano y se imprime á la primera un movimiento de vaivén, asegurando

siempre el contacto de sus extremidades con la otra, se obtiene fácilmente una harina grosera.

La figura adjunta representa el modo de hacer la operación; nosotros mismos la hemos ejecutado con éxito frecuentemente.

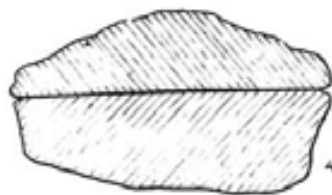
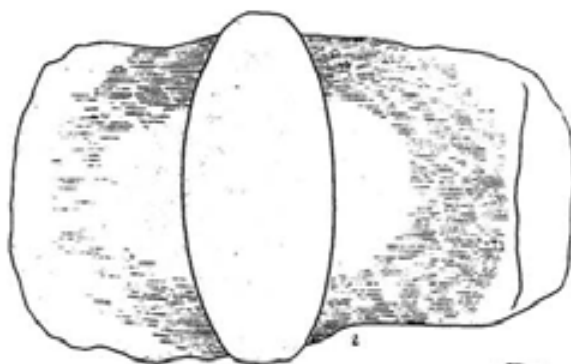
La posición de las dos muelas, tal como el dibujo la presenta, es la misma en que fueron encontradas en las excavaciones de la casa *c* de Ifre. Puede observarse en ellas perfectamente el desgaste de los dos extremos de la muela móvil y el de los dos lados mayores de la muela fija, habiendo conservado la parte central de una y otra la superficie rugosa que intencionalmente se les daba.

M. Schliemann ha encontrado un gran número de estas piedras en los trabajos de Hissarlik, siendo más abundantes en las poblaciones inferiores que en la parte superior de las excavaciones.

Vamos ahora á describir sucintamente los objetos que yacían irregularmente y á todos niveles entre los escombros que llenaban las habitaciones.

Respecto á las muelas de que acabamos de hablar, podemos decir que existían en gran número en todo el caserío. Poseemos, procedente también de Ifre, un fragmento de muela durmiente, de arenisca fosilífera, en la que se practicó una cavidad en forma de cúpula, de catorce centímetros de diámetro y siete de profundidad; pudiendo haber servido esta cavidad de mortero, ó bien estar destinada á recoger en ella la harina molida sobre la muela, ó ciertas substancias líquidas, como por ejemplo el aceite producido por el estrujamiento de ciertos frutos.

Los útiles de pedernal abundaban, pero eran extremadamente groseros: casi todos son cortos y anchos; la mayor parte, si no la totalidad, consistían en sierras. La lámina 18 (V. en *O*) representa los principales tipos. Nada de esas hojas elegantes y finas, ni de esas delicadas puntas de flecha que hemos visto en Campos; diríase que son verdaderamente las primeras tentativas del salvaje paleolítico en la industria de la piedra labrada. Mas, en realidad, estos instrumentos responden perfectamente á su destino. La piedra está poco menos que abandonada, el metal la ha destronado para casi todas las necesidades de la vida. No subsisten más que algunos útiles de piedra destinados á usos restringidos, siempre los mismos, para los cuales el pedernal es aún lo más ventajoso, y hasta indispensable, pero ya no se ve el hombre forzado á pedir á la piedra todos sus útiles, todas sus armas; la



1. Molienda del grano.—2. Muela durmiente y muela móvil, en la posición respectiva que ocupaban en una casa de Ifre. Las estrías en la muela durmiente indican la parte pulimentada por el roce con la muela móvil, permaneciendo la superficie del centro más áspera. La línea de puntos indica una cavidad que existe en otra muela durmiente de Ifre.—3. Las mismas muelas, presentadas según un corte que pasa por el eje de la muela durmiente y que deja ver el hueco existente, en el sitio indicado, entre las dos piedras.—4. La misma muela durmiente, teniendo encima otra muela móvil; corte perpendicular al precedente, que muestra el contacto de las muelas en las extremidades y el hueco en el centro.
La muela durmiente es de pudinga. La primera muela móvil es de micacita granatífera y la última de traquita.—Escala de $\frac{1}{16}$.

industria neolítica, pues, no tiene ya razón de ser, y algunos toscos pedazos de pedernal llenan su oficio tan bien ó mejor que las finas hojas, paciente-mente retocadas. El pedernal mismo es de calidad mediana, de color amarillento generalmente, y formado de pequeños elementos redondos ú oolíticos, incrustados en la pasta. La mayor parte de estos elementos son silíceos; obsérvanse, no obstante, á veces algunos diminutos granos de caliza cogidos en la masa. La fractura de este pedernal oolítico es más rugosa que la del ordinario; probablemente sería ésta una buena cualidad para el uso á que se le destinaba.

Hemos recogido un centenar de estos útiles en Ifre; de ellos un gran número ofrecen dentelladuras bastante groseras, producto de algunos retoques; y por lo común presentan señales de un uso continuado sobre uno ó dos de sus filos, que han llegado por esta causa á pulimentarse y hacerse suaves al tacto.

Á propósito de instrumentos del mismo género, aunque mucho mejor trabajados, procedentes de las criptas sepulcrales de Palmella (Portugal), M. de Cartailhac hace notar que las mejores sierras son las que no llevan dentelladuras de ninguna clase, las cuales no podían hacer más que dificultar el trabajo de aserrar. M. de Mortillet va más lejos aún, considerando ² á los pedernales dentellados como impropios para ejecutar este trabajo.

Por nuestra parte, dudamos que esto pueda afirmarse tan terminantemente. Todo depende de la substancia que se tratase de aserrar; y puesto que nuestros hombres de Ifre se han servido de sierras muy dentelladas, lícito nos es suponer que estas sierras llenaban su oficio mejor que otros pedazos de pedernal sin ninguna dentelladura.

M. J. Evans dice ³ que, sirviéndose de pedazos de pedernal como sierras, pueden fácilmente ejecutarse entalladuras en los metales que permitan destacar porciones superfluas tales como las rebabas.

Dentro de este orden de ideas, cabe suponer que estos útiles podían servir para dividir hilos metálicos, á fin de prepararlos para formar pendien-

¹ *Materiaux.* — Cuaderno de Enero de 1885, pág. 13.

² *Le Préhistorique*, por G. de Mortillet, págs. 513-514.

³ J. EVANS.—*L'âge du bronze*, trad. Barbier, pág. 495.

tes, brazaletes, pasadores de puñales, etc. Debían prestar también buenos servicios para dividir los huesos en rodajas destinadas á convertirse en perlas, y sobre todo para aserrar las maderas, las ramas de los árboles y las cañas. Recuérdese el gran empleo que hemos visto se hacía de estos materiales y que ninguno de los otros útiles que encontramos puede reemplazar á estas toscas serrezuelas. Nosotros las ensayamos con éxito para aserrar gruesas cañas para los techos, sin que la experiencia nos demostrara que las hojas con dientes fueran inferiores á las que no los tienen.

M. Schliemann, al mencionar las numerosas sierras de pedernal y de calcedonia encontradas en las cuatro primeras ciudades de Hissarlik, hace observar que, en toda el Asia Menor, se emplean hoy día para trillar las mieses unas hojas de pedernal fijas á la parte inferior de un trineo, que un caballo arrastra por encima de las espigas esparcidas sobre una era. El mismo procedimiento existe en el Sudeste de España, sólo que las hojas son de hierro.

Los retoques que se ven en muchas sierras prueban que unas se fijaban á un mango, mientras que otras se cogían directamente con la mano, lo que todavía nos pondrán mejor de manifiesto las series más numerosas del Argar y del Oficio.

Una de las hojas de Ifre presenta una muesca que recuerda las de los raedores cóncavos; conserva, sin embargo, señales de haber servido largo tiempo como sierra.

Volvemos á encontrar de nuevo las tablitas de pizarra perforadas (Véanse las figs. *X, Y, Z*, lám. 18) de que ya hemos hablado; cuatro de estos objetos han sido hallados en Ifre; de ellos haremos un estudio más profundo cuando describamos la bella serie de estas piedras que nos ha suministrado la estación del Argar.

No podemos señalar de este caserío más que un solo *celt* pulimentado de diorita, entero, de un tipo estrecho y largo, y un fragmento de otro más grande (V. *q, r*, lám. 18).

Los instrumentos de hueso estaban representados por una cincuentena de puntas de todas magnitudes (V. *P, Q, R, S, T*, lám. 18). Llamamos la atención sobre las figuradas en *Q* y *R*; son las únicas que presentan agujeros, y estos agujeros no dejan ver la menor señal de desgaste.

Las conchas marinas del género *pectunculus* han sido encontradas á

montones; la mayor parte de ellas están horadadas. Las de conus y de cipreas perforadas eran más raras.

Desde el punto de vista de la composición y del trabajo, nada tenemos que señalar en la cerámica. Las vasijas son, como precedentemente, más ó menos toscas; y la tierra empleada en ellas contiene, por lo común, chinitas de todas clases. El color varía también del negro al rojo, según el grado de cocción. Las superficies están ordinariamente barnizadas y alisadas con mayor ó menor pulcritud.

Por lo que mira á las formas, el progreso se manifiesta por la abundancia de las copas con pie, que por vez primera se han señalado en la Pernerá y tan características son de nuestros poblados.

El primer ejemplar de estas elegantes vasijas fué encontrado por don Manuel de Góngora en Caniles (provincia de Granada).¹

Las circunstancias que acompañaron al descubrimiento no le permitieron decidir á qué civilización debía referirse esta hermosa pieza. Hoy la duda no es ya posible: esta forma de vasija pertenece en propiedad á la civilización cuyo estudio hemos acometido.

Los trabajos de Ifre no nos han suministrado ni una sola copa entera, sino tan sólo fragmentos de una quincena de esta clase de vasijas. Casi siempre estos fragmentos corresponden al cuello de la vasija; lo que se explica porque, siendo esta parte la más sólida, es también la que mejor ha resistido á la destrucción. De estos pedazos, por otra parte, se ha hecho posteriormente algún uso, como lo prueba el desgaste de sus bordes.

La figura 5 (Lám. 18) representa la parte superior de una copa, de forma más plana que la usual en nuestras estaciones siguientes; la pasta es negra con manchas de un color rojo obscuro, hallándose cuidadosamente alisada.

El dibujo descubre en el interior cuatro grupos, á manera de haces de largas facetas producidas por el alisador, cruzándose unas con otras en ángulo recto, de tal suerte que forman una cruz. El centro está ocupado por circunferencias concéntricas, que resultan igualmente de aquel trabajo de pulimento. Volveremos á encontrar este género de ornamentación en otras copas.

¹ *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, págs. 111-112.

OBJETOS DE METAL ¹.— Las figuras 2 y *M* (Lám. 18) nos muestran los dos *celts* planos de cobre que se han descubierto en Ifre.

Adjunto presentamos además el dibujo de las diversas formas dadas por nuestros pueblos al arma que tan gran papel ha jugado en los tiempos primitivos. La primera de las hachas que representamos es de piedra y procede de Tébar, no lejos de Aguilas (V. nuestro mapa).

La segunda proviene de Campos y es de cobre; de ella hemos hablado precedentemente (V. lám. 11).

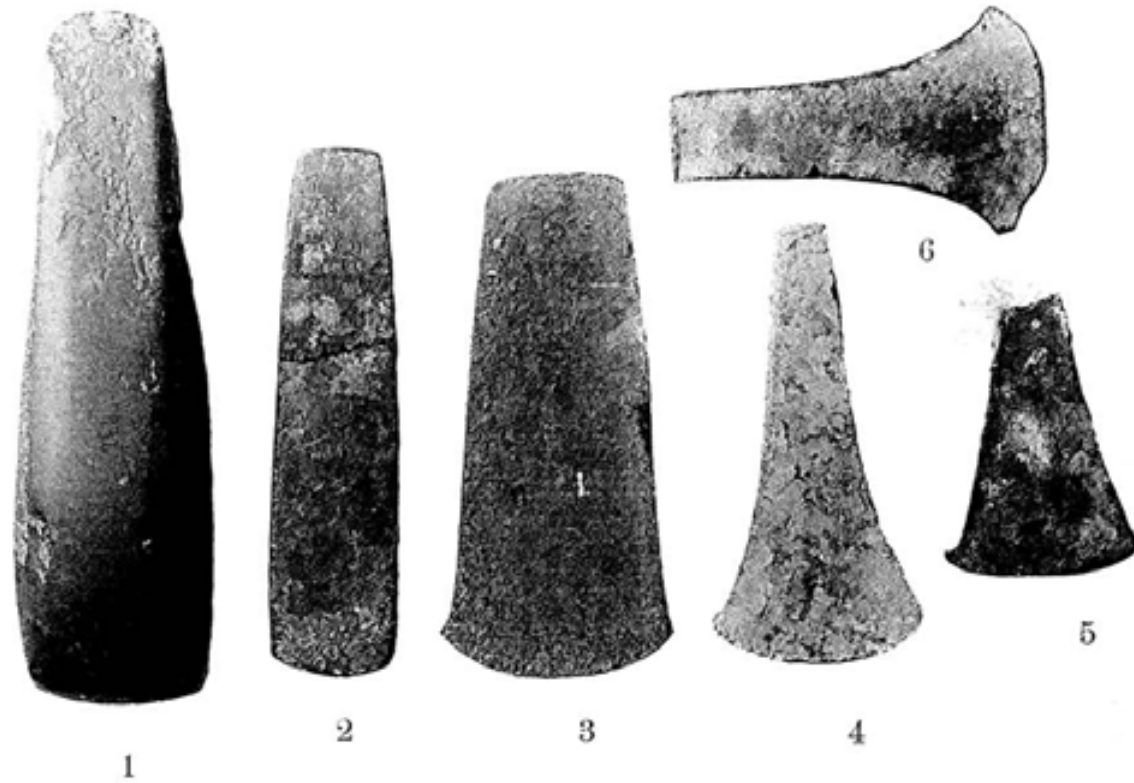
La tercera ha sido encontrada en la boca de la Cueva de Montaju, dos kilómetros al Noroeste de Ifre (V. pág. 51). Esta forma está mejor estudiada; es más plana y su corte más ancho, á la vez que á uno y otro lado ciertas partes curvas facilitan su enlace con el cuerpo del arma. Pero la modificación no está todavía más que tímidamente indicada; con ella se utiliza mejor, sin embargo, el metal y nos encaminamos hacia el tipo número 4, forma de los *celts* de Ifre y de la generalidad de los del Argar, donde se han recogido en número de cerca de sesenta.

Por último, el número 5, que cierra la serie, presenta, ligeramente indicado, un borde obtenido batiendo la plancha lateralmente; proviene del Argar. En estos bordes no podemos ver una tendencia hacia el *celt* con cubo, porque todos nuestros *celts*, siempre que hemos podido comprobar su modo de fijarse, aparecían colocados en mangos rectos, y los bordes no podían desarrollarse sin dificultar su fijación; un borde poco marcado facilita, no obstante, la introducción de una cuña de madera destinada á ajustar el útil contra el mango; con frecuencia hemos encontrado vestigios de estas cuñas.

Todas estas hachas son de cobre; representamos también un *celt* de bronce encontrado cerca de la *Cueva del Agua*, vasto subterráneo natural lleno de agua, situado al pie del monte Talayón, á una legua buena al Oeste de Ifre, y á una distancia un poco menor al Noroeste del sitio de Zapata, de que luego nos ocuparemos (V. nuestro mapa).

Esta hacha nos fué entregada por un labrador de la localidad, sin que hayamos podido determinar exactamente la estación de que procede. Los

¹ En la designación de los objetos emplearemos la palabra *metal* cada vez que no hayamos podido determinar de si el de que se trata es *cobre* ó *bronce*.



NEOLÍTICA

EDAD DE TRANSICIÓN

EDAD DEL METAL

DERIVACIÓN DE LAS FORMAS DEL HACHA

Escala á un tercio del natural

1. Hacha pulimentada de diorita — Tébar — p. 118.
2. Hacha plana de cobre — Campos — págs. 79 y 118 y lám. 11 del Album.
3. Hacha plana de cobre, de corte algo ensanchado — Cueva de Montajú — págs. 67 y 118.
4. Hacha plana de cobre, de corte grandemente ensanchado — Ifre — págs. 118 y lám. 18 del Album, fig. M.
5. Hacha de cobre, con pequeños bordes laterales — Argar, sep. 38 — págs. 118 y 183 y lám. 29 del Album.
6. Hacha plana de bronce — Cueva del Agua — pág. 118.

restos de esta estación habrán sido destruidos probablemente por una pequeña plantación de naranjos, hecha no ha mucho frente por frente de la Cueva del Agua. Parece casi innecesario insistir en la importancia de la serie en cuestión, por la cual se demuestra claramente que, en la región por nosotros explorada, el *celt* procede del hacha de piedra y le sucede sin interrupción.

Poseemos también de Ifre dos hermosas puntas de flecha de metal (Véanse figuras *K* y *J*, lám. 18) de dos tipos bien distintos; una de ellas reproduce la figura de una punta de flecha de pedernal con aletas; la otra lleva una espiga bastante larga y su cabeza tiene la forma de una hoja de árbol.

Merece mención muy especial, de nuestra parte, una sierra de metal (V. fig. *L*, lám. 18). Obsérvese el agujero que la atraviesa. Sin duda, servía este agujero para suspender el útil ó bien para sujetarle á un puño, pasando por él una clavija. Es sabido que las sierras de cobre ó de bronce son raras.

M. J. Evans enumera las que existen en Europa, citando una de cobre proveniente de Niebla (España) y conservada en el *British Museum*. M. Cartailhac (Op. cit., pág. 220) dibuja otra encontrada en *Fonte da Ruptura* (Sétubal, Portugal) con dos muescas para unirla al mango. Otra se encontró en Santorín. M. Schliemann describe una muy grande procedente de Hissarlik. Cítanse además dos de Suiza, una de Italia, otra del lago de Bourget y cinco fragmentos del Larnaud. En el museo de Saint-Germain hemos visto tres de ellas enteras.

Es probable que las sierras de pedernal prestasen mejores servicios.

Para terminar con la lista de los objetos de metal encontrados fuera de las sepulturas en Ifre, señalaremos dos especies de paquetes ó atados, formado uno de ellos por fragmentos de pasadores y de puñales. Todos estos materiales se hallan soldados entre sí, pareciendo una reunión de objetos de desecho, destinados á la refundición. El otro está constituido por dos fragmentos de puñal sujetos con un hilo carbonizado, dejándose ver en ellos además la impresión de un tejido (V. figs. *G* y *H*, lám. 18).

En fin, un pequeño pedazo de cobre que ha estado suspendido de un hilo, el cual se ha conservado gracias á la incrustación de sales cúpricas sobre el mismo, y cuyos ramales se cruzan sobre las dos caras del propio pedazo (Véase fig. *N*).

Ya que hemos descrito la morada de los vivos, vamos á hablar ahora de la de los muertos.

Se ha visto al hombre de Ifre, celoso de su libertad, escoger la aguda cima de un peñasco para asentar en ella su casa. Este hombre no entierra sus muertos en la llanura, dejándolos á merced del pillaje, sino que los deposita cerca de él, bajo su custodia, bajo el suelo que cava todos los días, bajo su mismo techo. Esos muertos son para él tan preciosos como su propio hogar y todo cuanto el mismo encierra.

Ya en Campos, en Fuente Vermeja y en Lugarico Viejo hemos visto sepulturas abiertas, si no dentro de las mismas casas, en su inmediata vecindad, en el recinto mismo de los poblados. En Ifre los había incontestablemente en el interior de las casas.

Seis tumbas tan sólo hemos encontrado, número, en verdad, reducido. ¿Por qué así? ¿No han estado ocupadas estas habitaciones más que muy poco tiempo? ¿La costumbre de enterrar los difuntos dentro del caserío alcanzaba solamente á ciertas clases de individuos? ¿Han sido destruidas por el tiempo ciertas sepulturas?

Entre los enterramientos de Ifre, cuatro se habían practicado en urnas de tierra cocida; éstas se hallan designadas en el plano III (Lám. 17), que determina su posición, con los números 1, 3, 4 y 6.

Hallábanse respectivamente á 1^m50, 0^m00, 0^m00 y 1^m50 de la superficie del suelo, tal como lo encontramos. Todas estas urnas estaban rotas, aplastadas por el peso de los escombros, hallándose los fragmentos en muy mal estado.

Esta circunstancia no nos ha permitido recoger cráneos enteros; sólo poseemos algunos restos de huesos y de dientes.

Las urnas presentaban en su exterior botones ó pezones salientes. Estas protuberancias son muy frecuentes en las urnas funerarias de este período; de ellas volveremos á encontrar más adelante centenares de ejemplares, y entonces describiremos con más pormenores estas vasijas tan notables.

Al lado de la sepultura número 1 yacía la vasija figura 1 (Lám. 18). Acaso alguien se sorprenda de que refiramos á la tumba esta obra de alfar, pero es que en el Argar (Véase más adelante) pudimos comprobar con mucha frecuencia que debía haber alguna relación entre las sepulturas y los objetos de alfar encontrados junto á ellas.

La de número 3 estaba situada casi á flor de tierra, al lado de una muralla y sobre un saliente de la roca. Difícilmente nos explicamos tan

rara posición. El cráneo aparecía reducido á fragmentos, llevando á cada lado dos pendientes de bronce (V. fig. 3, lám. 18), formados por simples hilos redondos arrollados en espiral. La aleación contenía 1,83 por ciento de estaño; esta proporción es muy fuerte, y como no parece que haya podido ser producida por el tratamiento de ningún mineral de cobre de la comarca, debió serle añadida intencionalmente.

La de número 4 se encontraba al lado de la precedente y consistía en una urna de pequeñas dimensiones, de la que no quedaban más que algunos restos. Era una sepultura de niño probablemente; no existía en ella osamenta ninguna.

Sobre la de número 1 encontramos un *celt* plano, del que se ha hablado más arriba (V. fig. 2, lám. 18), y una pequeña vasija (Fig. 2). Creemos que estos objetos pertenecieron á una tumba destruída, á la que hemos dado el número 2.

En fin, la de número 5 hallábase formada en el ángulo de la morada *d* (Plano III, lám. 17) por un saliente de la peña, por los muros de la habitación y por dos losas, colocada una en la parte delantera y sirviendo la otra de tapa. Las dimensiones de la sepultura eran: sesenta centímetros de longitud, cuarenta y dos de anchura y cuarenta de altura. Contenía los restos de un niño y la parte superior de la copa con el dibujo en forma de cruz que hemos ya descrito.

En la estación de Ifre se ponen de manifiesto casi todos los caracteres de la civilización que tan magníficos ejemplos nos ha presentado en las estaciones siguientes.

Estos caracteres son:

La construcción de acrópolis bien defendidas; el enterramiento de los cuerpos, encogiéndolos, bajo el suelo de las casas, en féretros que consistían lo más frecuentemente en grandes urnas; el empleo del cobre y del bronce, reemplazando al del pedernal, salvo para aserrar substancias duras; la forma del *celt* de cobre, de corte ensanchado; las copas con pie, de tierra cocida; en fin, la presencia de la plata.

Este último hecho falta en Ifre, lo que puede provenir de que este poblado fuese pobre, hipótesis que estaría de acuerdo con su reducida extensión; no vemos, por otra parte, en él más que seis sepulturas y

ya veremos que la plata rara vez se encuentra fuera de las tumbas, en las que los objetos más preciosos han sido depositados con cuidado.

Lo hemos de ver mejor aún más adelante: los objetos depositados en las tumbas, he aquí lo que nos ha permitido llegar á conocer tan íntimamente á estos pueblos.

Allí donde las tumbas son raras no debemos encontrar más que lo que los habitantes han abandonado en su huída, ó lo que el enemigo ha dejado entre los escombros humeantes del incendio que promovió.

¿Quién era ese enemigo? ¿Qué ha sido de él?

Esta pregunta se presenta siempre ante nosotros, y hasta ahora viene quedando sin contestación.

CAPÍTULO IV

LAS ANCHURAS.

DENOMÍNASE así una porción de terreno situada junto á un afluente del río de Lorca, cinco kilómetros próximamente al Oeste de Totana; y nosotros damos especialmente este nombre á una colina que se eleva unos cien metros sobre el torrente, en su orilla izquierda. Está formada por areniscas, á las que se sobreponen pudingas de elementos variados y dimensiones muy desiguales. Las capas están fuertemente enderezadas. En toda la región presenta, por otra parte, el terreno dislocaciones no escasas, que le dan un aspecto grandioso: por un lado, obsérvanse bancos de caliza levantados á grandes alturas por acciones mecánicas potentes; por otro, el agua, abarrocando profundamente las partes más flojas, ha dado á las montañas el aspecto de gigantescas ruinas, prontas siempre á derrumbarse. Inmensos peñascos calizos hállanse por doquiera á punto de rodar por las rápidas vertientes; otros, faltos de apoyo, precipitáronse ya al fondo de los torrentes, que multiplican sus sinuosidades para contornearlos, siempre que su acción secular no ha llegado á desagregarlos, arrastrando sus restos al mar.

Las areniscas y las pudingas sobre que está asentado el caserío prehistórico de Las Anchuras, han sido también fuertemente corroídas por las aguas: hacia el Este forman una escarpa casi vertical de más de sesenta

metros de elevación, que alcanza hasta el punto más elevado de la colina: ésta presenta una cumbre puntiaguda; sus faldas son rápidas, terminándose á Sud y á Oeste por escarpas menos altas que la del Este, pero constituyendo todavía una seria barrera contra todo asalto. Al Norte únese dicha colina por una garganta á las montañas vecinas.

Toda la superficie aparece cubierta de restos de muros, entre los cuales nos ha sido imposible descubrir un plan de conjunto bien marcado: cerca de la cumbre se ve un pozo que atraviesa unos diez metros de terreno virgen, abierto en busca de la mina que la leyenda supone oculta en el interior de la montaña.

Poco resultado han producido nuestras excavaciones: ni una sepultura se ha encontrado.

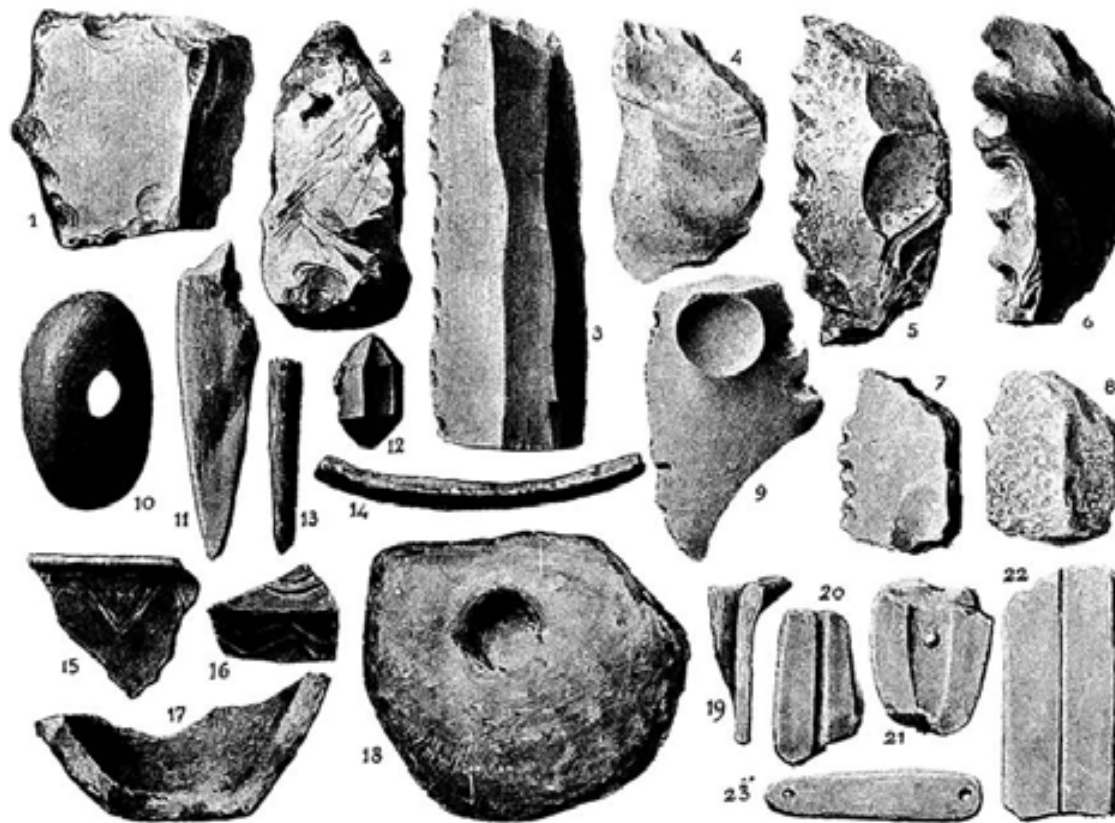
Las osamentas de animales eran bastante abundantes relativamente, así como las conchas marinas, las muelas y los cacharros de tosco barro. Entre éstos hay un pedazo de vasija de fondo plano; en otros se comprende que las vasijas correspondientes fueron fabricadas en dos piezas: encuéntranse algunos con adornos formados por líneas y puntos en hueco: las asas y las orejetas son de la misma forma que en los caseríos precedentes.

El conocimiento del metal se revela por una punta y un fragmento de anillo, ambos de sección rectangular bastante chata, así como por algunos fragmentos de mineral de cobre. Una piedra de afilar, de pizarra, perforada por sus dos extremos, confirma el hecho.

Un pequeño canto redondo preséntase atravesado por un agujero próximamente cilíndrico, que parece ser natural. Un pequeño cristal de cuarzo rojo con sus dos pirámides terminales parece haber sido llevado allí intencionalmente. Cinco ó seis puntas de hueso constituyen tipos ya conocidos. Los objetos siguientes son de arenisca: una piedra con una especie de cubeta en el centro, otra que lleva una larga ranura, un molde para la fundición de las barras cuadrangulares de metal, otra (?) que presenta un hueco como si en ella hubiesen debido fundirse puñales con espiga, dejando un agujero para un pasador en el momento de moldear el metal.

Los objetos de pedernal merecen que nos detengamos en ellos algunos instantes.

El yacimiento de la primera materia debía estar muy próximo, porque hemos encontrado un fragmento grande de pedernal oolítico formando parte



LAS ANCHURAS

Los objetos 1 á 14 están reproducidos en su magnitud natural y los objetos 15 á 23 á mitad de tamaño.

1. Núcleo de pedernal, con aristas embotadas á consecuencia de choques repetidos. (V. págs. 125 y 126.)
2. Núcleo empleado para triturar cierto polvo rojo (pág. 126).
3. Hoja retocada en sus filos.
4. Sierra de pedernal tirando á calcedonia, salpicado de puntos negros; el borde opuesto al filo es grueso en la parte superior y delgado en la mitad inferior (p. 125).
5. Sierra gruesa de pedernal oolítico; sección groseramente lenticular (p. 125).
6. Sierra de pedernal azulado oscuro (p. 125).
- 7, 8. Pequeñas sierras de pedernal.
9. Fragmento de sierra, con una muesca de forma muy regular en el punto de apoyo (p. 125).
10. Canto perforado, por modo natural, sin duda (p. 124).
11. Punta de hueso (p. 124).
12. Cristal de cuarzo rojo opaco (p. 124).
13. Punta de cobre ó bronce (p. 124).
14. Fragmento de anillo de cobre ó bronce (p. 124).
- 15, 16. Fragmentos de cerámica ornamentada (p. 124).
17. Fragmento de vasija, de fondo plano (p. 124).
18. Pedazo de arenisca, con una cavidad en forma de vaso (p. 124).
19. Fragmento de vasija, con una orejeta en el mismo borde.
20. Molde para la fusión de barras (p. 124).
21. Pedazo de arenisca, con un hueco dispuesto como si debiera servir para la fusión y moldeo de cuchillos (p. 124).
22. Pedazo de arenisca, con una ranura (p. 124).
23. Piedra de afilar (124).

de la construcción de un muro; por otra parte el río de Lorca, que atraviesa los mismos terrenos que circuyen á Las Anchuras, arrastra por su lecho numerosos fragmentos de pedernal de diversas variedades, de naturaleza igual á los que estudiamos. El pedernal oolítico es el que domina; después de él viene la calcedonia amarillenta y trasluciente; y en seguida otras variedades pardas, rojas, negras, etc.

El útil principal es la sierra; volvemos á encontrar aquí los tipos de Ifre, así como los del Argar, de que hablaremos más adelante. Algunos ejemplares, con todo, no pueden menos de llamar la atención. Tales son:

Una sierra con dientes en forma de D, muy gruesa, de secciones groseramente lenticulares, teniendo retocado todo su contorno; otro ejemplar por el estilo volveremos á encontrar en el Oficio, pero mucho más ligero. Esta forma es muy rara en nuestras colecciones, como es raro también ver útiles tan gruesos como el de Las Anchuras; es de pedernal oolítico y parece haber sido más ancho, debiéndose á algunas recortaduras que habrá sufrido su fuerte espesor cerca del corte.

Otra sierra con dientes, groseramente formados, es de calcedonia impura y tiene también la forma de una D, presentando, sin embargo, en todo el borde opuesto al corte su máximo espesor: su sección es, por consiguiente, próximamente triangular; otra tercera, sin dientes, de calcedonia, es de la misma forma y ofrece á la vez dos secciones: la parte superior, que tiene un lomo grueso, como si estuviera destinado á dar apoyo al índice de la mano; y la inferior, de bordes delgados, que se presta á introducirse entre los dedos pulgar y medio.

Algo parecido, aunque mucho menos indicado, se ve en una cuarta hoja de pedernal de un color azulado oscuro; el desarrollo de los dientes es aquí muy notable; el corte, muy afilado, se presenta curvo en el sentido perpendicular al plano principal, no observándose en esta hoja, como en las precedentes, señales de desgaste. Es, no obstante, para nosotros, una sierra, sin género de duda.

Un fragmento de sierra muestra en el punto de apoyo una cavidad próximamente circular, de una regularidad extraordinaria.

Diversos trozos de pedernal presentan formas que pudieran ser intencionales, pero es difícil decidirlo.

Un núcleo, especie de tronco de pirámide cuadrangular, conserva señales

de gran número de golpes sobre sus aristas, como si por largo tiempo hubiese sido utilizado.

Otro de ellos, que se distingue por su longitud, tiene sus dos extremidades muy desgastadas á consecuencia de choques ó de reiteradas presiones ejercidas sobre el mismo; vense además en él residuos de un color rojo algo parduzco, que no existen más que en los dos extremos, lo que parece indicar que ha servido para moler colores.

MM. de Mortillet (*Musée préhistorique*, lám. XLV) dibujan varios pedernales que se parecen mucho á este último; creen ellos que son «destrozadores, ó mejor, retocadores» destinados á retocar los útiles de pedernal; dos de ellos (Núms. 411 y 412), sin embargo, están mucho mejor dispuestos para moler ciertas substancias en polvo que el fragmento casi informe de Las Anchuras, sobre cuyo destino nos parece que han de quedar pocas dudas. La elección del pedernal para esta operación se comprende, porque las piedras blandas hubieran dado un polvo que debía alterar el color que se deseaba obtener.

CAPÍTULO V

ZAPATA.

ZAPATA se encuentra cuatro kilómetros al Oeste de Ifre y á una distancia casi igual por el Noroeste de la estación de Parazuelos. No es un pueblo, ni un lugar, sino un sitio agreste, designado por los habitantes del país con un nombre que nada significa; la lámina 19 da una vista del mismo.

Los campesinos nos habían asegurado que existían allí restos de construcciones de los árabes; visitamos nosotros el paraje, y en seguida comprendimos con qué clase de árabes teníamos que habérmolas.

El caserío prehistórico de que vamos á tratar se extiende por la cumbre y por las vertientes Este, Sud y Oeste de una colina escarpada, que forma parte de un grupo de pequeñas montañas constituídas por calizas cavernosas, que descansan sobre pizarras descompuestas.

Por la parte del mar esta pequeña sierra corre á lo largo de la rambla de Ramonete, en una longitud de poco más de un kilómetro; y por el otro lado va á juntarse con la Sierra de las Almenaras.

Por el Sud y al pie del monte serpentea un vallejo plantado de viñedos, que termina en la rústica aldea del Ramonete, cuya pequeña iglesia dista apenas del sitio en cuestión algunos centenares de metros.

En la orilla opuesta de la rambla extiéndense, como un inmenso y triste telón, las sombrías vertientes de la Sierra del Lomo de Bas.

Al Norte, las azuladas olas del Mediterráneo aparecen circundadas de montañas, que se elevan formando escalones hasta perderse de vista.

Los primitivos habitantes de Zapata habían escogido una vez más con gran acierto el emplazamiento de sus moradas.

Grandes tajos verticales y peñascos derrumbados los defendían por el lado del Norte. Las demás vertientes tienen pendientes más suaves, bien que irregulares; y por la parte del Oeste descíendese con facilidad hasta el lecho de un pequeño torrente de pendiente muy rápida.

En la parte superior del montecillo desarróllase una explanada algo inclinada hacia el Sud. Encontrámosla en parte ceñida por los vestigios de un muro, que sirvió, sin duda, como el de Ifre, para la defensa de una especie de ciudadela ó acrópolis interior. Hállase construido este muro, lo mismo que algunas porciones de otros pertenecientes á determinadas moradas, con piedras trabadas con un barro procedente de la descomposición de las pizarras. No existían de estos muros más que los cimientos; la lámina 19 muestra su disposición.

Hacia la mitad de la vertiente vense también algunos recintos circuidos de muros sumamente toscos; en uno de ellos practicamos algunas excavaciones, sin resultado ninguno.

Si estas construcciones son prehistóricas, habría que considerarlas como obras de defensa avanzadas, ó, al igual que dijimos á propósito de las de Ifre, como toscas construcciones que servirían para guarecer los rebaños, puesto que las piedras que forman el recinto están dispuestas irregularmente, sin ningún cuidado; apenas si puede llamarse á esto muros.

Hemos excavado en Zapata una gran parte de la cumbre y varios puntos de la vertiente y del pie del monte.

El espesor de los escombros en la cumbre variaba de uno á dos metros; estaban constituidos por una tierra arcillosa pizarreña y por piedras provenientes de los muros, junto con algunos lechos de cenizas, carbón vegetal y detritus diversos.

Encontramos entre ellos algunos fragmentos de tierra calcinada, con impresiones de cañas y de ramas; esto nos permite creer que la construcción de las viviendas debía ser la misma que en Ifre y también que el case-río de Zapata fué incendiado, en parte por lo menos.

Un gran número de las sepulturas descubiertas en la cumbre encon-

trábanse, con seguridad, en el suelo de las viviendas, á una profundidad que variaba de cincuenta centímetros á un metro cincuenta; pero las tumbas de números 22 á 29 estaban situadas en un paraje que parece haber sido poco ó nada habitado. Haremos ante todo un rápido examen de los descubrimientos hechos fuera de las sepulturas, de los que los principales se hallan representados en la lámina 20 (Figs. 39 á 123). He aquí lo que encontramos:

Unas treinta hojas de pedernal toscas y anchas, de las cuales un cierto número presentan bordes dentellados en forma de sierra (Figs. 51 á 56).

Cuatro hachas pulimentadas de diorita (Figs. 77 á 79).

Dos pequeños discos planos de pizarra agujereados (Fig. 70).

Un canto redondo con una ranura que da la vuelta al mismo por completo y tres muescas perpendiculares; dos de ellas son visibles en la figura 71.

Algunas otras piedras larguiruchas, que debieron servir de percutores ó aguzaderas.

Cipreas, bocinas, conus y sobre todo pectúnculus perforados.

Una veintena de esquirlas de huesos puntiagudos, de magnitudes y formas diversas (Figs. 57 á 62).

Un huso de tierra cocida (Fig. 88).

Dos fragmentos de cucharas de tierra cocida (Figs. 89 á 90).

Numerosos pedazos de objetos de alfar, más ó menos finos, absolutamente semejantes á los de Ifre.

Asas ú orejetas de vasijas de diversas clases; citaremos como notable la de la figura 67; para fijarla, se la había provisto de una pequeña espiga que entraba en una mortaja practicada en la vasija; pero como se había desprendido de ella, esto nos ha permitido observar esta particularidad.

Algunos objetos de cerámica enteros.

Debemos señalar, de un modo muy especial, las copas con pie de Zapata, de las cuales encontramos tres ejemplares casi enteros y fragmentos de otros.

Una de estas copas (Fig. 104) es de una forma baja, muy rara en nuestra colección, y de una ejecución muy esmerada; otras también están acabadas con una perfección sumamente notable (Figs. 99, 100, 103, 104, 105, 106): La de número 99 lleva en el fondo un dibujo como el de la

vasija de igual forma de Ifre; mas, en vez de cuatro brazos, sólo hay aquí tres.

Hemos encontrado también muchos ejemplares de esas pesas redondas de tierra cocida, agujereadas, que tantas veces hemos citado.

Por último, granos de lino y de trigo y cuerdas de esparto carbonizadas.

SEPULTURAS.—Nuestras excavaciones de Zapata han puesto al descubierto treinta y ocho sepulturas.

Todas ellas eran de inhumación, aunque las tumbas empleadas fuesen de diversas formas.

Tan pronto los cadáveres eran enterrados en pequeñas cavidades naturales, ó en hoyos rodeados de piedras, como se los introducía en sepulturas formadas con losas ó con piedras y losas á la vez, ó también en urnas de tierra cocida tapadas con una gran piedra plana. Con frecuencia estas vasijas llevaban en su exterior botones salientes.¹ Las sepulturas de números 30 á 38 se encontraban á una profundidad de un metro veinticinco centímetros próximamente por debajo de la superficie; las de números 22 y 29 hallábanse á flor de tierra, pero la denudación por un lado y el hundimiento de las habitaciones por otro han hecho variar estas profundidades.

Al lado de los difuntos colocábanse armas, útiles, vasijas de barro y alimentos, como lo prueban los huesos de animales encontrados á veces junto á algunos restos humanos. Se les adornaba con joyas y se les vestía, como lo demuestran los restos de tela que hemos encontrado.

Describiremos sucintamente algunas de las tumbas más notables de Zapata. En la lámina 20 pueden verse todos los objetos encontrados en estas tumbas; cada uno lleva el número de aquella de que procede.

Sepultura número 1.—Está representada en la lámina 21. El dibujo está sacado en el momento de acabar de quitar la capa de tierra superior. Se ve que el cuerpo fué depositado, en una postura encogida, en el interior

¹ Nos contentamos aquí con estas indicaciones sumarias respecto de las urnas funerarias; su descripción detallada se encontrará en la monografía del Argar, estación en que hemos encontrado algunos centenares de ellas de todas clases.

La misma observación hacemos con respecto á diferentes piezas del mobiliario funerario, semejantes en un todo á las de los caseríos siguientes.

de una pequeña cavidad natural. A su lado se había puesto una hoja plana que debió estar asegurada al mango con cuatro pasadores de plata, sin que de este mango quedara ningún vestigio. En sus inmediaciones y dentro de una hendidura de la roca se había enterrado el cuerpo de un niño; los huesos hallábanse casi del todo destruidos; cerca de ellos encontrábanse pedazos de una gran concha del género *fusus*.

Número 18. — Urna tapada con una delgada laja de pizarra y colocada al abrigo de una gran roca derrumbada y apoyada contra la peña; el peso de las tierras la había aplastado, reduciendo á polvo los huesos. No contenía más que una vasija (Fig. 18, lám. 20).

Número 36. — Urna aplastada, conteniendo una hoja de metal plana, sin pasadores ni agujeros para ellos (Fig. 36).

Número 4. — Urna aplastada, conteniendo tres anillos de plata (uno de ellos parece ser de una aleación de cobre y plata) y dos piezas de alfar.

Número 8. — Urna reducida á fragmentos; en ella encontramos un pequeño brazalete de cobre ó bronce y cuatro pendientes, dos de cobre y los otros dos de plata: tres de ellos hallábanse adheridos á un pedazo de tela de lino; en fin, algunas cuentas de collar de hueso y un conus agujereado.

Número 11. — Urna quebrada; en medio de detritus de huesos, encontróse una hoja de metal, provista de tres pasadores de plata, y una taza.

Número 37. — Sepultura de ochenta centímetros de largo, cincuenta y dos de ancho y de cincuenta y dos á cincuenta y cinco de profundidad, formada por cinco losas de arenisca; faltaba la losa superior. La posición de esta sepultura está indicada en la lámina 19; el esqueleto aparecía destruido y llena de tierra la misma sepultura, de la cual extrajimos dos hachas pulimentadas, una de diorita y otra hecha de una roca análoga á la que está figurada en *O* (Lám. 7). Estas dos hachas están representadas en el número 37 (Lám. 20); es probable que se introdujeran accidentalmente en la tumba.

Número 3. — El cadáver estaba encogido dentro de la urna; junto á los restos del esqueleto, encontramos un pequeño anillo de plata y una vasija de tierra cocida con una protuberancia en su interior, hacia el fondo, que corresponde á una depresión en la superficie exterior.

Número 30. — La urna está hecha con mucho esmero y alisada exteriormente; habíasela dispuesto además con un cuidado muy especial, defendiénd-

dola con piedras planas colocadas á su alrededor. Gracias á esta precaución, bien que rota en gran número de fragmentos, había conservado su forma propia, permaneciendo todos los pedazos en su sitio, lo que nos permitió restaurarla convenientemente (V. fig. 30, lám. 20); es casi idéntica á otra urna encontrada en Ifre (V. lám. 18). Estaba en posición recostada y ligeramente inclinada; la tierra que en ella había penetrado era muy poca, pero el pequeño esqueleto no estaba representado más que por algunos restos informes, de entre los cuales recogimos dos pendientes de plata.

De todas las tumbas anteriores no tenemos, por desgracia, más que escasas osamentas.

Poco tenemos que decir de las sepulturas números 22 á 29, situadas en la parte baja del montecillo, donde no parece que haya habido casas. Todas ellas, á excepción de la de número 23, consistían en una especie de cajas rectangulares de cincuenta y cinco á setenta centímetros de longitud, cincuenta y cinco de anchura y de treinta á cincuenta de altura; hallándose formadas por seis lajas de arenisca ó más frecuentemente de pizarra, procedentes de la montaña vecina, según todas las probabilidades, y estando las paredes más ó menos consolidadas exteriormente con piedras empotradas á su alrededor. Estas tumbas hallábanse en muy mal estado, presentándose llenas de tierra y siendo apenas posible distinguir en ellas ningún resto de osamentas. Eran además pobres, de tal suerte que el mayor número carecían absolutamente de todo ajuar funerario.

La sepultura número 23 hallábase mucho mejor dispuesta: el cuerpo había sido depositado en una gran jarra sin botones exteriores, al abrigo de un saliente de la roca, cubriéndola con una gran losa. Estaba rota, pero los pedazos habían permanecido en su posición natural; así que pudimos recogerlos y reconstituir fácilmente la urna. La tierra que había penetrado en el interior era mucha y las osamentas habían desaparecido; sólo encontramos en esta tumba un punzón de metal. Como de costumbre, habíasela protegido, al practicarse el enterramiento, con piedras y tierra arcillosa pizarreña fuertemente apisonada. Esta arcilla, empleada, así por los prehistóricos como por los modernos, en la construcción de muros y de techos, se había vuelto tan dura que, algunos años después de quitada de su sitio la urna, veíamos todavía perfectamente en dicha arcilla la impresión de la misma; hallábase en ella tan por completo amoldada, que

hasta podían reconocerse con toda claridad las señales de las hendiduras que habían partido la vasija.

El caserío prehistórico de Zapata es probablemente contemporáneo del de Ifre. Por lo menos no se separa de éste por ninguna fase nueva de la civilización. Como él, ocupaba un sitio elevado, defendido en varios puntos por la misma naturaleza y en otros por obra de aquellos que escogieron este emplazamiento.

Los objetos de alfar, los utensilios, los útiles son los mismos; las costumbres son semejantes. El hábito de enterrar los muertos junto á las casas ó en su mismo suelo se ha seguido en Zapata de un modo patente, bien que pudo no haber sido general. Hemos hecho notar, en efecto, que algunas sepulturas fueron encontradas fuera del recinto ocupado por las viviendas, bien que en su proximidad.

Entre estas tumbas y las encontradas dentro del recinto es fácil, por otra parte, percibir una distinción: las primeras son más pobres que las segundas. Ser enterrado dentro del mismo caserío era tal vez privilegio de los ricos. Una consideración, sin embargo, nos impide afirmar esto demasiado categóricamente; y es la de que las sepulturas situadas en la vertiente y al pie de la colina han estado más expuestas que las otras á las acciones atmosféricas y á la destrucción.

La principal diferencia entre las dos estaciones que comparamos consiste en la aparición en Zapata de la plata, empleada en la confección de alhajas y de pasadores para puñales.

El hecho en sí mismo es de la más alta importancia, pero desde el punto de vista de la relación entre Ifre y Zapata podría no tener otra significación que una diferencia de riqueza entre los dos caseríos.

Hemos encontrado en Zapata seis cuchillos ó puñales; dos de ellos tenían pasadores de plata. De trece brazaletes, anillos y pendientes ocho eran de plata.

Estas cifras son de una elocuencia irrefragable, probando que ya en esos tiempos lejanos, al día siguiente de las edades neolíticas, la plata era conocida y empleada, no solamente en la joyería, sino hasta en la confección de las armas.

De ella se hacían dijes para los niños, y esto cuando apenas se utilizaba el bronce para elaborar útiles y armas de los tipos más primitivos.

Y no son éstas gentes salvajes que conocen este hermoso metal á la manera de esas poblaciones brutales en las que se ha encontrado oro recogido en los ríos; es un pueblo que construye sus viviendas al abrigo de toda sorpresa, que las defiende con obras especiales, dispuestas con gran inteligencia, que trenza el esparto, que cultiva los cereales y el lino, con el que teje sus telas, que fabrica bellísima cerámica, y sobre todo que profesa por sus muertos un respeto que no puede menos de conmovernos profundamente.

Todavía podremos juzgarlo mejor en lo que nos resta por exponer.

CAPÍTULO VI

LA ROCA.—LA CIÑUELA.—LA BASTIDA.—SAN MIGUEL.—CERRO DEL MORO.
CABEZO DE LAS PIEDRAS.—CABEZO LARGO.

LA ROCA.— Este sitio se encuentra dos leguas al Norte de Ifre; es una colina rocosa, escarpada, en la que existen algunas viviendas agrupadas, formadas con muros hechos de piedras trabadas con tierra; murallas más sólidas sirven para su defensa.

Hemos encontrado allí restos de cerámica, muelas, pedernales, conchas, etc., objetos contemporáneos todos, á nuestro parecer, de nuestras estaciones más adelantadas; por desgracia, la peña se halla al descubierto casi en todas partes, y esta circunstancia nos ha impedido hacer trabajos formales.

LA CIÑUELA.— Hemos descubierto en este paraje, cerca de un torrente que va á juntarse con la rambla de Mazarrón (V. nuestro mapa), dos estaciones prehistóricas situadas sobre pequeñas eminencias, poco importantes por lo demás; vense también allí algunos vestigios de construcciones antiguas y fragmentos de vasijas de tierra cocida, junto con otros menudos objetos muy semejantes á los de Ifre.

LA BASTIDA.— Este nombre, que recuerda el de Basti (hoy día Baza), capital de la Bastetania, y el de Bastia, otra población antigua situada no lejos de nuestra región, ha sido dado á un grupo de colinas situado algunos centenares de metros más abajo de Las Anchuras, caserío prehistórico ya estudiado precedentemente.

La Bastida está descrita por M. Cartailhac en sus *Âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal* (pág. 294), según la relación hecha por don Rogelio de Inchaurrendieta al Congreso Internacional Antropológico de Copenhague (1869-1875, pág. 344). Este ingeniero mandó hacer trabajos importantes que pusieron al descubierto veintidós sepulcros, de los cuales veinte eran urnas y los otros sepulturas hechas con losas; encontráronse, junto con los esqueletos, objetos de bronce, de plata y de oro, espadas, puñales, lanzas, flechas, punzones, anillos y pendientes, brazaletes, impresiones de tejidos, vasijas de tierra cocida y huesos de animales.

Alguna vez hallábanse dos de las urnas funerarias acoladas, boca contra boca.

M. Cartailhac deplora que no se hayan publicado dibujos de estos objetos y se pregunta qué ha venido á ser de estos preciosos hallazgos.

Nosotros exploramos el sitio, que estaba casi del todo revuelto. Es lo más probable que, después de las excavaciones del señor de Inchaurrendieta, las gentes del país habrán continuado los trabajos, en busca de tesoros ocultos; devastándolo así todo. De esta manera la colina en que el caserío se desplegaba ha sido absolutamente saqueada.

La descripción de los objetos encontrados por el ingeniero español era ya suficiente para permitirnos clasificar esta estación entre las de nuestro tercer período.

Hemos sido, no obstante, bastante afortunados para encontrar aún trece sepulturas. Dos de ellas estaban hechas con losas de piedra; las demás estaban constituídas todas por urnas, encontrándose de nuevo en ellas los tipos que en el Argar se han presentado con gran abundancia y de los que luego nos ocuparemos.

Al lado de los esqueletos, de los que no había más que restos escasos, encontrábanse vasijas de tierra cocida, hachas planas de cobre, punzones y alhajas, tales como pendientes de metal y cuentas de collar de hueso y de piedra.

Estos objetos son absolutamente semejantes á los de Zapata y de las estaciones que á continuación describiremos.

Las trece sepulturas por nosotros encontradas en la Bastida contenían ajuares bastante pobres; ninguna joya de oro ni de plata hallamos en ellas, pareciéndonos que hay que tener algún tanto en cuenta la vivacidad de la imaginación meridional, si queremos apreciar bien las habladurías del vulgo respecto á las riquezas que haya podido proporcionar este sitio.

CABEZO DE SAN MIGUEL.— En la cumbre de esta colina, situada siete kilómetros al Oeste de Cuevas, se encuentra una capilla; para construirla sirviéronse de piedras arrancadas de unos muros prehistóricos, de los que se ven aún algunos trozos: están hechos á la manera de los que tenemos ya descritos; se recogen en medio de ellos un buen número de conchas agujereadas, fragmentos de cerámica y muelas de piedra. Hemos excavado con escaso éxito algunos rincones que escaparon de la destrucción.

CERRO DEL MORO.— CABEZO DE LAS PIEDRAS.— Á tres leguas y media al Noroeste de Águilas y otras tantas al Norte del Oficio, junto á la Sierra de Enmedio, se nos presentan dos colinas, que no son otra cosa más que unos mogotes calizos que se yerguen en medio de las pizarras. Uno de ellos se llama Cabezo ó Cerro del Moro, el otro Cabezo de las Piedras; el primero se eleva unos cien metros sobre la llanura, el segundo se encuentra doscientos metros más al Este y es algo menos elevado. Ambos ofrecen en su cumbre, dirigida de Este á Oeste, vestigios de viviendas sentadas sobre la roca y mirando de preferencia al Norte; por este lado y algo más abajo de las habitaciones corre un grueso muro de ochenta metros de longitud en el Cerro del Moro y casi otro tanto en el Cabezo de las Piedras.

Hemos encontrado aquí los restos característicos de nuestra tercera época, sin que ningún objeto merezca atención especial.

CABEZO LARGO.— Una sepultura, encontrada en la vertiente Este de esta colina, se distingue de todas las que describimos en este libro. Nos hallamos, sin embargo, en el centro del golfo terciario y prehistórico que nos ha dado la mayor parte de nuestros objetos: el Argar, particularmente, no dista de aquí más que dos kilómetros hacia el Nordeste.

Numerosos pedazos de piedra desprendidos de la cumbre se han detenido á diferentes alturas sobre la pendiente; tres de ellos formaban una pequeña cavidad suficiente para encerrar uno ó dos cadáveres; frente á la entrada de esta cueva otras piedras fueron colocadas por la mano del hombre, aumentando de esta suerte casi del doble el espacio resguardado: á estas piedras sobrepusieron otras piedras, y las paredes así formadas, aproximándose unas á otras hacia el vértice, parece que debieron formar una especie de bóveda. Echáronse todavía más piedras encima y alrededor de las primeras, formando por su acumulación un pequeño *cairn*, de cinco á seis metros de diámetro y un metro cincuenta centímetros de altura.

Este montón de piedras llamó la atención de un hombre ocioso del país, que lo destapó y halló en el centro una sepultura, conteniendo algunos huesos; de ella extrajo dos pequeñas vasijas y un cuchillo de metal con espiga. Aquellas vasijas, que hoy nos pertenecen, tienen una forma que hemos encontrado ya, pero su fondo apenas está encorvado. En cuanto á la hoja de metal, no hemos podido adquirirla. Otros objetos, sin duda, se habrán perdido al practicarse esta excavación, guiada únicamente por un vil espíritu de codicia.

CAPÍTULO VII

EL ARGAR.

DESCENDIENDO por el río de Antas, á partir de la estación de Fuente Vermeja, se llega, después de media hora de trayecto, al burgo de *Antas*.

El aspecto de este villorrio es muy miserable; sus tristes casuchas se extienden en anfiteatro por la orilla derecha del río, sin que el conjunto ofrezca el menor carácter pintoresco.

El verdor, que á aquéllas circunda, alegra, con todo, un tanto la vista, encerrando en gracioso marco los picos rocosos de Sierra Cabrera, que se perfilan en el horizonte.

Hásenos asegurado que existían, dentro de este mismo grupo de casas, antiguos vestigios análogos á los que vamos á describir.

Es de todos modos curioso encontrar aquí de nuevo el nombre de Antas con que se designan los monumentos megalíticos portugueses, siendo así que no encontramos ninguno de estos monumentos en la región por nosotros recorrida.

El terreno, inclinado suavemente del lado de la población, situada en la ribera convexa, ofrece por el lado opuesto una serie de escarpas cortadas á pico. La facies general de la comarca se asemeja á la que más

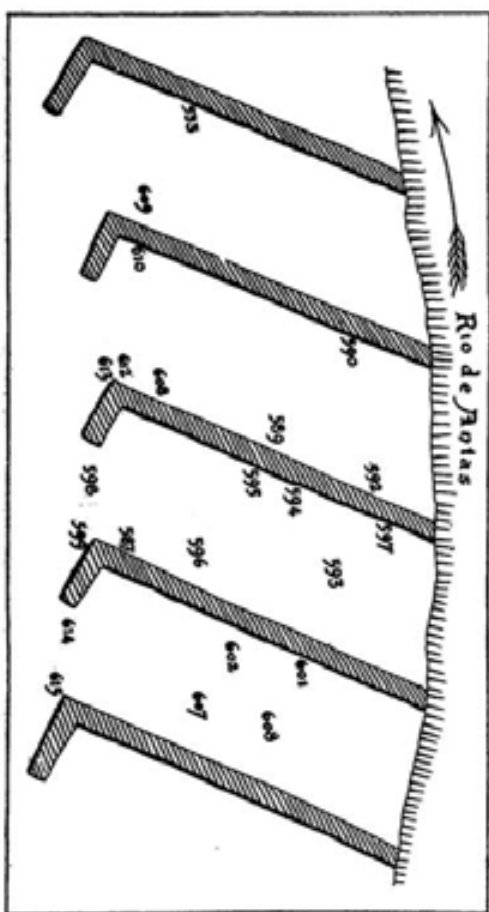
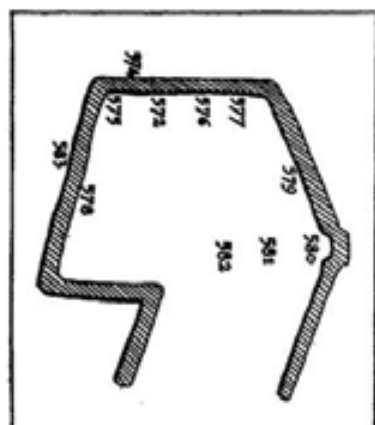
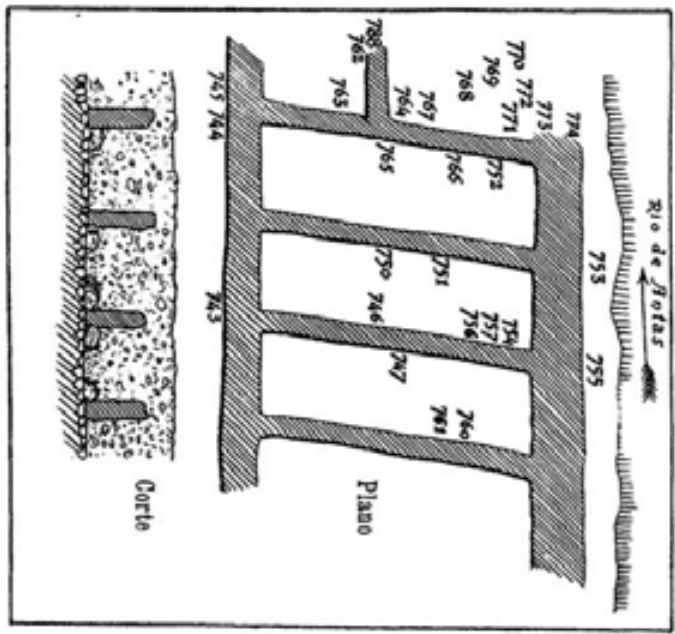
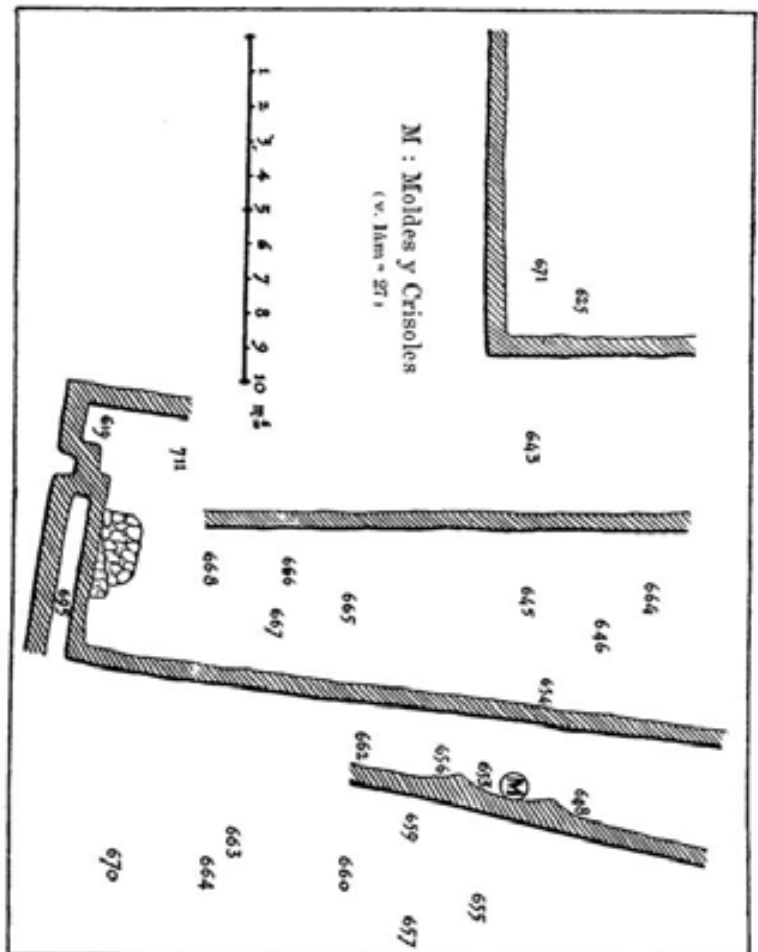
de una vez hemos descrito, es decir, que volvemos á encontrar esas mesetas formadas por margas terciarias, cubiertas con frecuencia por aluviones y conglomerados recientes y profundamente abarrancadas por las acciones erosivas, que han producido á veces muros verticales de hasta cuarenta metros de altura. Una de estas mesetas se llama *El Argar* ¹.

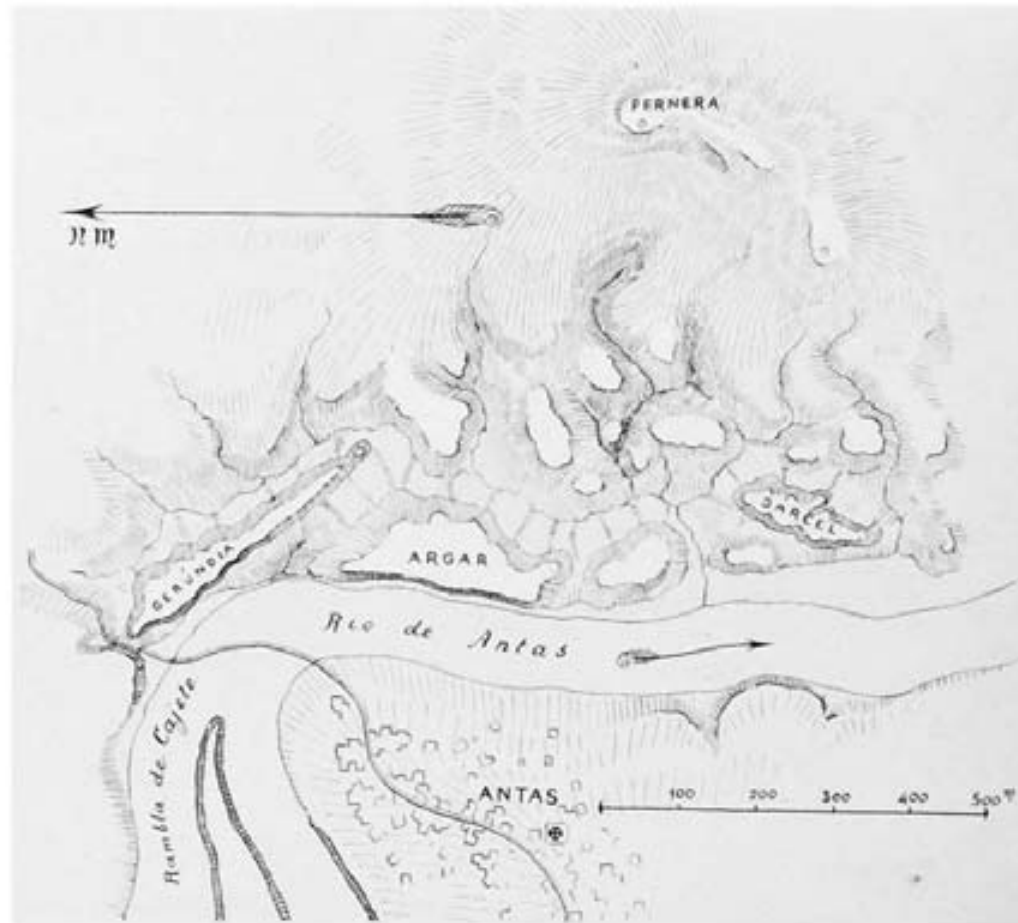
Su forma es irregular. Su mayor longitud es de doscientos ochenta metros, su mayor anchura de noventa, y su superficie de diez y seis mil metros cuadrados próximamente. Al Oeste preséntase cortada verticalmente por el río de Antas, sobre el cual se eleva treinta y cinco metros. En las fuertes avenidas, las aguas del torrente socavan su pie; fórmanse así oquedades en el seno de las margas, é inmensas columnas de terreno, minadas por su base, desplómanse de tiempo en tiempo. Envueltos en un lodo amarillento, marchan entonces confundidos hacia el mar los fósiles pliocenos con las urnas funerarias y los esqueletos prehistóricos que éstas contienen. La acción del tiempo ha puesto así al descubierto no pocas sepulturas, que naturalmente se ha dado prisa en destruir la gente, como si para ello no bastaran los elementos.

Por los demás lados son más suaves las pendientes de la meseta, viniendo á terminar en un vallejo cultivado en bancales colocados en gradería, según la costumbre del país. La altura del Argar sobre este vallejo varía de quince á veinticinco metros.

La posición topográfica es poco notable. En realidad, la escarpa del lado de Poniente era absolutamente inaccesible y formaba una protección natural, suficiente por sí misma; pero, en la mayor parte del perímetro, requeríanse obras de fortificación formales para defender aquella posición. Estas obras existían, no podemos dudarlo. En nuestras exploraciones por las vertientes Sud y Este, así como por la meseta misma, encontramos piedras acopiadas en grandísima abundancia, procedentes en parte, de seguro, del recinto de defensa. Una porción considerable del caserío de Antas ha sido construída con las piedras que provenían del Argar; lo mismo ocurre con los muros de piedra seca que sostienen los bancales cultivados de los

¹ Se confunde con frecuencia la *r* con la *l* en el lenguaje vulgar del país; en vez de Argar, pudiera ser el verdadero nombre *Algar*, sitio en que abundan las algas. Nómbresele también *Largar*, palabra que provendría de *largo*; estas etimologías no nos dicen nada.





PLANO DE LOS CASERÍOS PREHISTÓRICOS

del Gárcel (v. página 6), de la Gerundia (v. página 11),
del Argar (v. página 139) y de la Pernerá (v. página 43).

vallejos vecinos. Esta es la causa que nos ha impedido reconstituir la traza de la muralla de protección; aparte de que las vertientes, lo mismo que la meseta, han sido labradas y sembradas desde tiempo inmemorial. El arado, por un lado, y las excavaciones practicadas para extraer piedras de construcción, por otro, lo han revuelto todo; y han sido precisos los hundimientos parciales de la porción occidental, así como los pedazos de cerámica diseminados por la superficie, para que nuestra atención se fijara en el destino primitivo de este sitio memorable. Por su aspecto exterior nada hacía sospechar la existencia de los tesoros que allí hemos encontrado.

Desde cualquier punto de la meseta se dominan los alrededores; al Norte y Oeste vese como un cerco de quebradas montañas, y hacia el Sud el Mediterráneo, bañando la base de la pintoresca Sierra Cabrera. Por el lado de Levante el horizonte es más reducido; un grupo de colinas terciarias oculta la vista de las fértiles llanuras del Real y de Vera. Al pie de la escarpa y por el lecho pedregoso del torrente, serpentea un delgado chorro de agua; óyense desde allí las voces de las lavanderas de Antas, luciendo sus sayas multicolores; en frente, junto con la vista del villorrio, percíbense el golpeo acompasado del herrero, los relinchos de las mulas y los gritos de los arrieros que transitan.

Como ya dijimos, todo el cerro no es más que una masa de margas pliocenas bastante compactas. Son muy yesosas; numerosas venillas de sulfato de cal cristalizado las atraviesan en todos sentidos; entre las margas intercálanse, además, capas de fina arena micácea; y por encima de todo se desarrolla una hilada de escombros de dos metros á dos metros cincuenta centímetros de espesor.

Esta es para nosotros la zona interesante.

En ella hemos encontrado gran número de muros contruidos con piedras rodadas de las que transporta el torrente, trabadas entre sí con tierra. El peso de estas piedras rara vez excede de diez kilogramos.

Las figuras adjuntas muestran la disposición de algunas series de estos muros. Damos igualmente el corte de una de ellas. Encima de una capa sabulosa vese un suelo artificial formado con piedras, sobre el que se han construido los muros longitudinales, de medio metro de grueso, y distando uno de otro dos metros cincuenta centímetros; los hemos reconocido desde la base hasta llegar á pequeña distancia de la actual superficie del terreno; á

partir de este punto para arriba han sido destruidos. Son paralelos, tienen unos ocho metros de longitud y se terminan á una y otra parte, bajo un ángulo ligeramente agudo, en dos paredes más espesas.

La misma figura enseña la distribución de las sepulturas que, en esta parte de la meseta, descansaban sobre el suelo artificial de que acabamos de hablar. Alguna que otra vez han sido total ó parcialmente empotradas en los muros, después de la construcción de éstos.

Lo repetimos, había un gran número de estas series de muros, siguiendo disposiciones diversas; mas no todas presentan el pavimento artificial que antes hemos señalado. Podremos estudiar estas construcciones mucho mejor en el Oficio. Allí demostraremos que son moradas destinadas á los vivientes, y no monumentos para uso de los muertos.

Hemos practicado, en la meseta del Argar, anchas zanjas en número considerable, de una profundidad que variaba en general de dos metros á dos metros cincuenta centímetros, y de esta suerte hemos explorado casi por entero dicha meseta.

Estos trabajos han dado lugar á dos clases de hallazgos; unos, hechos fuera de las sepulturas, constituían los objetos abandonados en las viviendas; los otros formaban los ajuares funerarios.

Vamos á ocuparnos ante todo de los primeros.

OBJETOS ENCONTRADOS FUERA DE LAS TUMBAS

OBJETOS DE PIEDRA.—*Hachas pulimentadas*.—Se han recogido una treintena de estos instrumentos, unos enteros y otros quebrados (Fig. 1 á 12, lám. 23). La roca de que están formados es generalmente diorítica. Algunos de ellos tienen el filo muy embotado, transformándose en una superficie combada y á veces pulimentada. Se ve perfectamente que han servido de percutidores, trituradores ó alisadores. Verosímilmente, son hachas neolíticas, á las que se dió diferente destino del primitivo.

Útiles de pedernal.—Poseemos trescientos de ellos procedentes del Argar. Son todos sierras groseras, de igual factura que las de Ifre, y lo más frecuentemente de la misma substancia, es decir, de un pedernal compuesto de pequeños elementos unidos por una pasta silícea; el color de ésta como el

de aquéllos no es generalmente muy obscuro, dominando el blanco opaco en los últimos y el amarillento algo traslúcido en la primera; alguna vez, con todo, se observa lo contrario, presentando ciertos ejemplares una pasta teñida de color violado ó rojo, y con más frecuencia gris.

Muchas de estas sierras son de pedernal ordinario, de estructura homogénea y colores variados: blanco, amarillo, pardo, rojo, gris. Casi nunca la patina ha alterado su superficie.

De las trescientas piezas de que hablamos, ciento setenta y cinco son de pedernal de pequeños elementos oolíticos y ciento veinticinco de pedernal homogéneo.

Como hemos comprobado siempre en las estaciones de nuestra tercera época, ó sea, la edad del metal, hay aquí ausencia completa de toda forma neolítica; ninguno de los pedernales presenta esos finos, pacientes y diestros retoques que tanto abundan en las épocas precedentes. Nada más decisivo que los caracteres de la labra en estos dos períodos, hasta tal punto que una pequeña serie de sierras bastaría por sí sola para permitirnos clasificar con toda seguridad la época á que un hallazgo corresponde, y que uno solo de estos objetos que se encuentre en yacimientos más antiguos revela casi siempre su origen más reciente. De este criterio hicimos uso á propósito del Gárcel y de la Gerundia.

Describiremos primeramente las sierras de pedernal homogéneo.

Forma.— Puede referirse casi siempre á una D, cuyo lado rectilíneo formaba el filo. En una veintena de ejemplares esta forma es muy característica y perfectamente indicada. Cuando los ángulos se hallan mejor marcados, la D se aproxima á un trapecio, cuya base mayor corresponde al filo. En la generalidad de los ejemplares esta figura no resulta tan clara, pero es raro que no pueda reconocérsela.

Filo.— Bien presenta muescas en forma de dientes, bien simples retoques; y aunque sea difícil establecer una distinción bien marcada entre lo que puede tomarse como un diente verdadero ó un simple retoque, destinado á hacer un tanto rugoso el corte, hemos dividido en dos clases las sierras, en virtud de los siguientes caracteres: llamamos dentados á los ejemplares de la lámina 24, números 34, 40, 41, 42, 43, 45 y 46, y simplemente retocados los números 32, 33, 35, 36, 37, 38, 39 y 44. Observemos que el número 41 está extraordinariamente desgastado, debiendo haberse hallado

primitivamente más marcados los dientes. De las hojas que acabamos de enumerar varias son de pedernal oolítico; y si las citamos aquí, es sólo para hacernos comprender respecto á lo que llamamos dientes.

Hay próximamente el cuarenta por ciento de sierras con dientes, según acabamos de decir. Las restantes, en cantidad de sesenta por ciento, solamente están retocadas.

El filo no siempre es rectilíneo; las hay convexas, cóncavas y otras que presentan á la vez combaduras y depresiones.

La cifra que da el número de las de filo rectilíneo es, sin embargo, la más elevada; llega al setenta por ciento; trece por ciento son convexas; doce por ciento cóncavas y cinco por ciento de doble curvatura.

Lo que precede se refiere á los objetos vistos por sus caras, pero la curvatura puede existir también en sentido perpendicular, lo que proviene generalmente de que la misma hoja no es plana. En la serie precedente este hecho se observa tres ó cuatro veces solamente; en uno de los casos esta curvatura hasta es doble y, lo que es más, se complica con otra curvatura igualmente doble en sentido opuesto.

Los retoques están hechos indiferentemente por el lado posterior ó por el anterior, ó por los dos á la vez.

Desgaste.— Los filos se hallan casi siempre desgastados; las aristas de los dientes y los retoques rara vez han conservado su vivacidad primitiva, llegando hasta á desaparecer en ocasiones por completo: la hoja está de ordinario pulimentada, enlustrada, á fuerza de servir, en una faja de tres á diez milímetros de anchura, siguiendo toda la longitud del corte. Solamente las diversas partes del útil que no realizan trabajo alguno durante la operación han conservado su estado natural. Las que presentan mayor relieve son, por el contrario, las que mayor transformación han sufrido. Este desgaste se halla tan bien caracterizado que no puede dejar duda ninguna acerca del destino de todos estos instrumentos.

Colocación en mangos.— ¿Estaban estas sierras colocadas en mangos, ó se cogían directamente con la mano? Para que pueda servir sin puño es preciso que la sierra se adapte perfectamente á la mano; que no la lastime y que pueda tenerse fija en ella con toda seguridad; estos caracteres se encuentran con frecuencia, pero no bastan por sí solos; es preciso además que el filo de la herramienta pueda aplicarse normalmente á la superficie sobre la que

se trata de producir el corte. Todas estas condiciones se encuentran reunidas en el útil representado en la figura 41 (Lám. 24). Se le coge muy fácilmente con la mano derecha, haciendo coincidir la arista del lomo con el dobléz del índice (primera y segunda falanges); la parte inferior está retocada del lado del lomo de manera que no pueda lastimar el dedo. El pulgar se aplica sobre la cara. Si se fija ahora la atención en el pedazo de pedernal, tal como nosotros lo representamos, cogido con la mano, se ve que puede introducirse en el objeto que se va á entallar, sin que los dedos de la mano tropiecen con él é impidan la operación.

Lo más concluyente aún es que, si se coge la sierra como acabamos de indicar, se observa que toda la superficie que no queda oculta por los dedos, la misma, por consiguiente, que penetraba en las substancias que había que aserrar está perfectamente pulimentada y se ofrece suave al tacto, mientras que la que corresponde á las porciones ocultas por la mano ha permanecido más mate. Además esta zona lustrosa es estrecha en la base, en la que el trozo quedaba cogido en toda su anchura bajo los dedos; pero en la parte superior se extiende hasta la arista del lomo, y aun la traspasa. En la cara que en la figura está representada este ensanche es menos grande, á causa de la convexidad producida en el vértice alrededor del punto de choque, es decir, á causa de su fractura concoide. Si la pieza hubiese tenido mango, las partes así pulimentadas habrían quedado ocultas y hubieran permanecido mates. Conviene observar también que para dar la explicación completa del lustre de la parte alta, debe admitirse que se introducía esta parte oblicuamente en el cuerpo que se debía aserrar, avanzando más que la base. La entalladura así producida tenía por lo menos quince milímetros de profundidad y diez de anchura.

Esta pieza suministra, pues, la prueba cierta de su empleo á mano limpia; el sitio de los dedos está marcado en ella con toda claridad; y nótese á la vez que es imposible cogerla convenientemente de otro modo que el indicado. Rara vez se puede ser tan afirmativo en estas cosas; así que, de toda la serie aquí examinada, ninguna otra sierra nos permite negar decididamente, como ésta, su colocación en mangos. Aquellas cuyo lado opuesto al filo empleado se termina igualmente en otro filo pueden, por lo general, emplearse perfectamente bien á mano, como el número 41; pero presentan arriba y abajo retoques que hubieran sido en este caso absolutamente inútiles.

Otras pueden cogerse entre el dedo pulgar y el medio, apoyando el índice sobre el lado pequeño de arriba; pero si se quiere empezar á aserrar, conservando el útil perpendicular al plano del objeto, la mano tropieza con éste, á causa de su inclinación, antes de que la sierra muerda la materia.

Hemos dicho ya que la forma general es la de una D ó de un trapecio. Por lo común, todo el lado opuesto al filo está recortado, lo mismo que los pequeños lados de arriba y abajo. Estos retoques producen en ellos facetas próximamente perpendiculares al plano de la hoja, de tal manera que su sección resulta ser triangular.

Esta forma es muy desfavorable para el empleo de las sierras á mano limpia, mientras que, por el contrario, permite unir las sólidamente á un mango; la mortaja practicada en éste debía tener su máxima anchura hacia el fondo, así que, forzando un poco la piedra dentro de la madera, una vez ya introducida, quedaba con esto más y más fija; algún betún interpuesto entre las dos substancias impedía todo juego y aseguraba la solidez del aparato. Hemos encontrado en el Argar un *pectunculus perforado*, conteniendo una pequeña provisión de betún; y algunos restos de esta substancia existen también en una de las sierras que examinaremos luego y en otros ejemplares del Oficio.

La labra, por decirlo así, teórica, que algunas líneas más arriba hemos descrito, no siempre se ha realizado con entera sujeción á lo expuesto; encuéntranse, por el contrario, variantes en gran número.

Todas estas hojas están toscamente labradas; no hay más que cuatro ó cinco cuchillos que puedan tomarse por neolíticos, los cuales probablemente serían recogidos por los habitantes del Argar de algún solar más antiguo, utilizándolos como sierras; la figura 31 (Lám. 24) representa uno de ellos, fuertemente desgastado.

Tenemos que llamar, en fin, la atención sobre cuatro de estas hojas, cuyos dos filos están labrados en forma de sierra y presentan señales de su uso. Otra de ellas tiene dientes á uno y otro lado; la ausencia del pulimento producido por el uso, el fuerte espesor de la hoja en el centro y el esmero con que el fondo de las muescas se halla redondeado nos obligan á pensar que es un raedor, que servía para trabajar las puntas de hueso ó de madera. Es, por lo demás, la única pieza en que esta explicación parece plausible.

Hagamos ahora la descripción de las sierras de pedernal oolítico.

Observemos, ante todo, que esta variedad es menos fácil de trabajar que la precedente; que su fractura es más áspera, á causa de la yuxtaposición de elementos de naturaleza y con frecuencia también de dureza diferentes.

Por estas dos razones se han empleado estos pedernales, con más frecuencia que los precedentes, tales como el quebrantamiento de los grandes trozos los producía; y por consiguiente, notaremos en ellos menos retoques. Así, solamente unos quince tienen dientes, y los demás están ó no retocados indistintamente. Esto nos enseña con cuánta discreción se hacía la elección de esta variedad.

Toda vez que su forma no depende de la voluntad del obrero en tanto grado como la de los precedentes, insistiremos menos sobre este carácter.

Son más anchas y relativamente también más largas.

La forma bien perceptible de D rara vez se presenta. Casi siempre se encuentran los lados pequeños de las extremidades retocados, sobre todo en su parte media, tendiendo á hacerlos rectilíneos, ó bien algo cóncavos. Uno de los ejemplares, cuyos dos filos han servido para aserrar, lleva en cada extremo una pequeña muesca ligeramente marcada, que recuerda hasta cierto punto el que con el número 277 aparece en el *Musée préhistorique* de MM. de Mortillet.

Otros ejemplares, á consecuencia de estos retoques, han adquirido enteramente el aspecto de raspadores; y fácilmente nos inducirían á error, si las señales de su uso no se vieran á lo largo de su corte.

En cuanto al lado largo opuesto al filo, tan pronto aparece retocado y grueso como se presenta agudo.

Solamente para seis ó siete ejemplares parece admisible el uso de ellos á mano limpia; la muesca que se observa en el número 36 (Lám. 24), por ejemplo, podría estar destinada á alojar el índice; otras veces no aparece absolutamente ningún retoque; seis ó siete ejemplares han servido por los dos lados; y casi todos tienen entalladuras dirigidas á facilitar la colocación del mango. Volvemos á encontrar, como precedentemente, los contornos rectilíneos y en algunos casos curvaturas convexas, cóncavas y aun dobles, así en el sentido de la longitud de la hoja como en el perpendicular á dicha longitud. En una misma pieza ocurre que la mitad superior del filo es sumamente cóncava, no teniendo siquiera la curvatura dos centímetros de radio, mientras que la mitad inferior, lo es muy poco y forma con la prece-

dente un ángulo tal que induce á creer que probablemente las dos partes han debido servir aisladamente.

Una de las sierras más curiosas del Argar es una hoja de cuchillo que presenta tres facetas del lado del lomo; los lados pequeños, perpendiculares á los largos, han sido rectificadas; uno de los filos es dentado; el otro apenas tiene algún retoque; á lo largo del primero, en toda su longitud, se ve una faja lustrosa, pulimentada, de siete á diez milímetros de ancho, mientras que el resto de la superficie presenta á trechos pequeñas costras negras de una substancia probablemente bituminosa, destinada á mantener la adherencia de la piedra á la madera; esta sierra, por consiguiente, tenía mango.

Podemos enunciar, en resumen, las conclusiones siguientes:

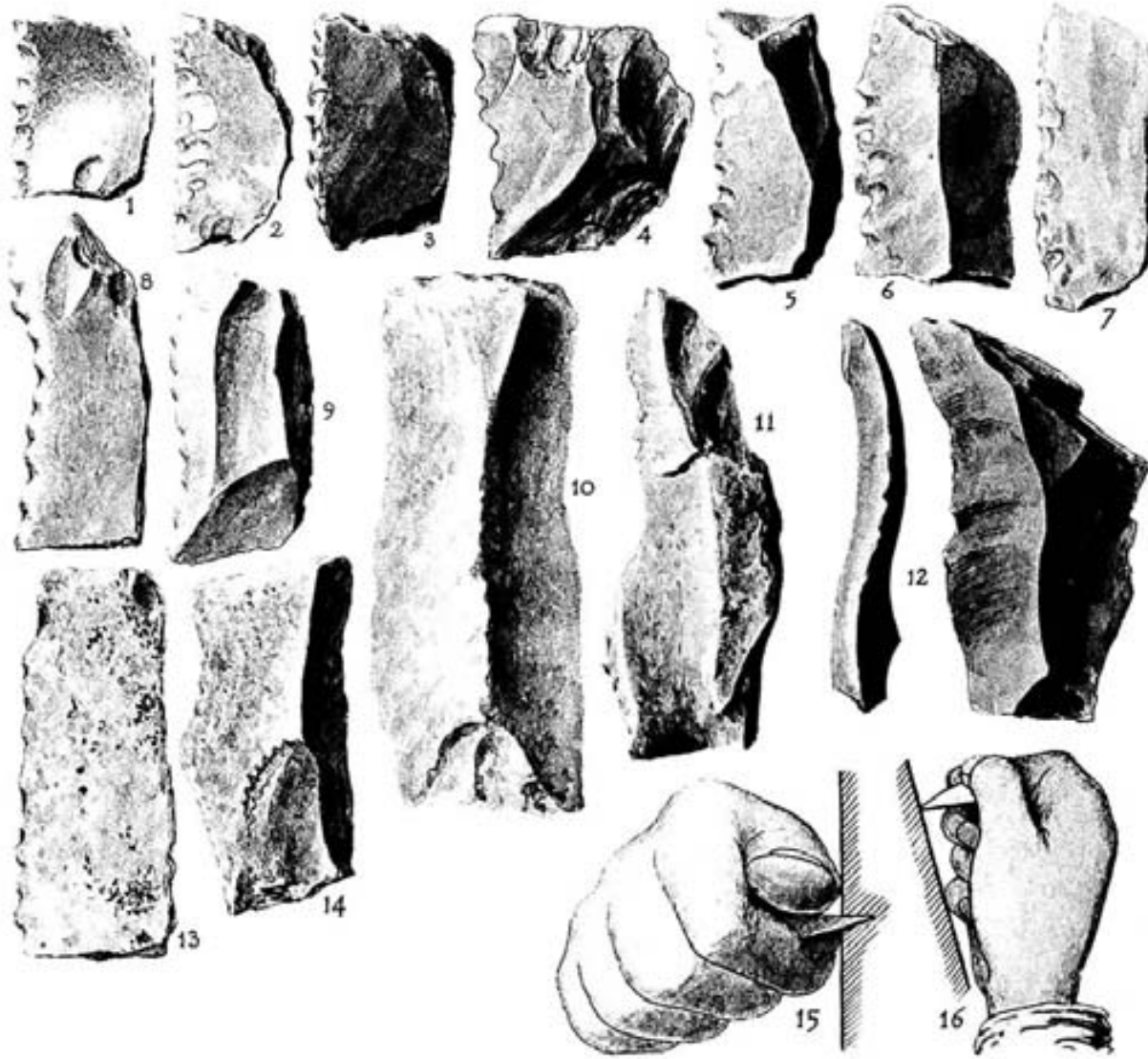
Las sierras tenían mango por lo general; pero algunas veces debían cogerse á mano limpia. El filo era con frecuencia dentado, y las más de las veces simplemente retocado ó desprovisto de toda labra. Se escogía de preferencia para fabricarlas el pedernal oolítico de fractura áspera.

Servían para aserrar substancias diversas, según su modo de construcción y la piedra de que estaban formadas. Algunas observaciones pueden servirnos de guía en este asunto. Sabemos que las maderas y sobre todo las cañas entraban por mucho en la construcción de las casas; pues bien, nosotros hemos aserrado tablas y cañas de una manera satisfactoria con sierras del Argar, dentadas ó no. Acaso para cortar árboles fabricaríanse sierras especiales en las que se empalmarían varios pedernales unos á continuación de otros.

Hemos citado una de ellas cóncava, cuya curvatura no llegaba á tener dos centímetros de radio; otras igualmente cóncavas, pero con una curvatura menor, son muy frecuentes; preséntanse, sin embargo, desgastadas en toda su longitud, lo que prueba que han sido utilizadas para dividir objetos de pequeño diámetro: cañas, huesos, etc. Las convexas, por el contrario, debían hallarse destinadas á aserrar grandes superficies planas, tablas, pieles acaso, y hasta piedras, tales como las que habían de formar losas y muelas.

Hemos indicado ya los cortes de sierra que habían de producirse para partir las varillas y las barras de metal; sin embargo, varias veces hemos podido comprobar que se aplastaba, al efecto, el hilo ó la barra metálica, bastando luego una simple flexión para romperlos.

En un solo montón encontramos juntas cincuenta y seis sierras; todas,



SIERRAS DEL ARGAR

- 1, 2, 3 Sierras de pedernal homogéneo, en forma de D, retoñadas en todo su contorno y teniendo su máximo espesor en el borde opuesto al filo. Esto ha adquirido lustro por el uso. — V. págs. 143 y 145.
- 4 Id. si bien su máximo espesor se encuentra en el centro.
- 5 Pedernal homogéneo, el filo de la izquierda se halla dentellado y pulimentado, el de la derecha ha desaparecido a consecuencia de retoques dorsales, adquiriendo el aspecto de un raedor, en sus lados pequeños presenta cóncavas sus caras, por modo natural en el inferior y a causa de retoques en el otro.
- 6 Pedernal homogéneo; el filo de la izquierda ha adquirido pulimento por el uso, el de la derecha no tiene ningún retoque. Los otros dos la 1); están retoñados. Esta sierra puede cogarse muy cómodamente entre el dedo pulgar y el medio, aplicando el índice sobre la faceta superior retoñada (v. fig. 15), pero entonces los retoques de la base son inútiles, aparte de esto, resulta que, antes de que la sierra muerda el objeto que ha de dividir, éste tropieza con la mano e impide la operación, es preciso, por lo demás, admitir que este útil, muy tosco, servía para aserrar objetos de volumen bastante grande. Debía usarse con mango. — V. pág. 145.
- 7 Lo mismo que 1, 2, 3.
- 8 Id., salvo su forma encorvada. Las aristas de los dientes han desaparecido por completo a consecuencia de un largo uso. — V. pág. 144.
- 9 Análogo al 5, pero menos tosco. El lado opuesto al filo está retoñado en forma de raedor perfectamente caracterizado, pero este retoque no tiene otro objeto que su fijación en un mango; el pedernal se hallaría tal vez simplemente aplicado contra el palo que servía de mango por su superficie plana y sujeto al mismo con algunas ataduras. Las muescas en las extremidades del 5 correspondieran bien a esta disposición.
- 10 Pedernal oolítico, el filo de la izquierda levemente pulimentado, la extremidad superior tiene apariencia de raedor. — V. pág. 147.
- 11 Pedernal oolítico; el filo de la izquierda pulimentado por el uso, el otro parcialmente retoñado.
- 12 Pedernal homogéneo, filo de doble curvatura en uno y otro sentido, pulimento adquirido por el uso. — V. pág. 144.
- 13 Pedernal oolítico, pequeñas costras negras de una materia bituminosa, que dan la prueba de su colocación en mangos, filo pulimentado. — V. pág. 148.
- 14 Pedernal oolítico, fosilífero, filo pulimentado, formado de dos partes aisladamente empleadas. — V. págs. 147 y 148.
- 15 Manera de coger la sierra fig. 41 (lám. 21 del Album). — V. págs. 144 y 145.
- 16 V. 6 y pág. 145.

salvo unas pocas, parecían proceder de un mismo pedazo de pedernal: los granos oolíticos eran de un color blanco sucio y la pasta de un gris bastante obscuro, habiendo servido la mayor parte de ellas. Debemos recordar con este motivo esas tablas en que ciertos pueblos insertan hojas de pedernal para desgranar el trigo, paseando por encima de él dichas tablas, así dispuestas, cargadas de pesos. Uno de los pedernales había servido por los dos lados.

Algunas veces la parte usada lleva estrías longitudinales, que podrían resultar del empleo de la arena durante el trabajo de aserrar, ó bien nos demuestran que sirvieron para dividir substancias duras. Alguna que otra vez, con todo, pudieran explicarse estas estrías por la existencia de pequeñas protuberancias en el pedernal.

Piedras de afilar.—Poseemos del Argar una colección notable de estos objetos, compuesta de ciento cincuenta ejemplares de diversas formas y magnitudes. En la lámina 24 (Figs. 1 á 31) puede verse la reproducción de sus diferentes tipos, en los que, por otra parte, volverá á encontrarse la forma de los de las estaciones precedentes. Todo el mundo estará de acuerdo seguramente en considerar la mayor parte de ellos como piedras destinadas á afilar armas é instrumentos de metal.

Es éste, en efecto, el destino que parece más racional; el desgaste proveniente de la operación del aguzamiento es manifiesto para un cierto número de estas tablitas, mientras que otras no parecen usadas; jamás hemos observado, no obstante, en su superficie, esté ó no gastada, partícula ninguna de carbonato de cobre. Estos objetos unas veces están perforados, otras no. En el primer caso, salvo una ó dos excepciones, y cuando están acabados y enteros, hay un agujero cerca de cada extremidad, cuya necesidad no comprendemos. Si era un útil destinado á ser llevado colgado de la cintura ó á estar suspendido en cualquier parte, un solo agujero parece suficiente. Y sin embargo, nosotros hemos comprobado la presencia del segundo hasta en ejemplares rotos, en los que se había practicado otro nuevo, en sustitución del antiguo, junto á la rotura; una de las veces ha sido reemplazado por una ranura.

M. Evans se ocupa con bastante extensión y en diferentes ocasiones de estos objetos; en sus *Ages de la pierre*,¹ da el dibujo de unas tablas perfo-

¹ Pág. 240 y siguientes.

radas semejantes á las nuestras, sin que se atreva á decidirse sobre el uso que hay que atribuirles, inclinándose con todo á creer que las hay que han servido de hilera para igualar el grosor de las cuerdas y que otras serían brazales. Según el mismo autor, debían ser en Europa bastante raras. Cita la de la caverna de *Genista*, en Gibraltar. Por otro lado, las que no llevan más que un agujero son consideradas por el sabio inglés como piedras de afilar útiles de piedra ó de metal. ¹ También se ha querido ver en ellas amuletos. Podría igualmente pretenderse que algunas han servido de broches ó botones.

M. Schliemann ha encontrado algunas en Hissarlik; éstas no llevan de ordinario más que un agujero.

Nosotros creemos que el mayor número han servido como piedras de afilar y que su destino es bastante problemático por lo que se refiere á algunas otras.

Las del Argar están hechas de pizarra más ó menos micácea, de dureza variable y de color gris verde á gris azul ó violado.

Los agujeros han sido perforados de diversas maneras. Unos con una punta grosera, como lo indica la conicidad de los bordes, tan pronto de un lado solamente (Fig. 22, lám. 24), tan pronto por las dos caras, de manera que constituyen dos pequeños troncos de cono yuxtapuestos por los vértices (Fig. 17, lám. 24). En este caso suele ocurrir que el encuentro de los dos agujeros está mal hecho. Otros lo han sido por medio de un útil fino, acaso de metal; entonces son próximamente cilíndricos (Figs. 14 y 15, lám. 24). Llamamos la atención sobre la tabla figura 21, que está provista de un agujero por un lado y de una ranura por el otro, lo que parece indicar bien que el agujero servía para sujetar el objeto, puesto que una ranura puede reemplazarlo; la de la figura 28, provista de tres agujeros, que debe haber servido de pendiente; las de las figuras 9, 10 y 12, que muestran agujeros empezados tan sólo; y en fin, las tentativas de perforación en las de números 19 y 24.

Debemos considerar también como piedras de afilar unos cantos larguiruchos que presentan superficies más ó menos estriadas y usadas.

Discos agujereados.—Son estos discos unas rodajas de pizarra agujereadas en el centro (Figs. 64 á 66, lám. 23 y figs. 53-54, lám. 24); las dos

¹ *L'Age du bronze*, pág. 494.

últimas son de una ejecución más esmerada y tenían, sin duda, un destino diferente de las otras: las primeras servían tal vez de pesas para redes. Están desgastadas en toda su superficie, pero las partes más duras han quedado en algunos puntos formando resaltos. La arena en movimiento en el fondo del agua debe producir un desgaste análogo.

Anillos de piedra.—Hemos tenido ya ocasión de señalar estos curiosos objetos, de los que hemos encontrado en el Argar veintiún fragmentos, quince de los cuales son de mármol blanco, tres de caliza azul y tres de pizarra.

El ejemplar figura 64 (Lám. 24) tiene un agujero cerca de la fractura, lo que nos ha hecho pensar que un cierto número de estos pedazos pudieron pertenecer á porciones de círculo, que figurarían en collares parecidos á los de *pectunculus* de Palacés.

La sección transversal de estos trozos de anillos es rectangular, trapezoidal ó exagonal; las aristas están por lo común redondeadas. Ya vimos precedentemente cómo se labraban. El número 63 confirma cuanto á este propósito manifestamos.

Muelas y morteros.—Las muelas, como de costumbre, se nos han presentado en gran número, no difiriendo de las que anteriormente hemos descrito. También encontramos varios morteros.

Uno de ellos lo forma un tronco de pirámide de mármol blanco, que en su centro presenta como una cubeta; el fondo está de tal modo gastado por el uso que ha llegado á horadarse; en su exterior obsérvanse señales de golpes producidos por un pico puntiagudo; este objeto podría ser que fuese moderno. Los demás consisten en piedras de igual naturaleza que las muelas; en ellas se han practicado cavidades de diversas magnitudes en forma de cúpula, siendo sobre todo notable esta forma en ciertos ejemplares, como el que está figurado en la lámina 23 con el número 55.

Alisadores.—Llamamos así á unos prismas largos, exagonales, de yeso, cuyas extremidades han servido para alisar objetos de alfar, armas, huesos, etc. (V. fig. 30, lám. 23, y figs. 47-52, lám. 24).

Martillos, etc.—Para terminar la enumeración de los útiles é instrumentos de piedra del Argar, fáltannos mencionar los cantos de todas formas y magnitudes, que conservan señales de algún uso, como majaderos, alisadores, piedras para pulimentar, martillos, pesas, etc.

Algunos de estos útiles (V. fig. 48, lám. 23) presentan una ranura en todo su contorno, recordando los martillos de diorita del Cerro Muriano (cerca de Córdoba) y de otros parajes. Su superficie rugosa indica que han debido servir para romper piedras ó para otras operaciones mecánicas del mismo género. Fácilmente se conciben diversos medios para fijar sólidamente en sus mangos estos martillos, mediante ciertos ataderos que se harían pasar por las ranuras; así arreglados, dichos martillos debían constituir un buen útil.

Otros (Fig. 47, lám. 23) tienen dos sistemas de ranuras, y su base, bien que ofreciendo señales de uso, es lisa, de suerte que el instrumento debe haber prestado distinto servicio que los precedentes; el de martillar, por ejemplo, los objetos de cobre, en la forja.

OBJETOS DE HUESO Y DE MARFIL.— La serie de ellos es notable y se compone próximamente de seiscientos cincuenta ejemplares.

Los más interesantes están representados en la lámina 25. El mayor número de ellos son puntas de hueso más ó menos finas, para la fabricación de las cuales se ha utilizado con frecuencia el peroné del jabalí, hueso muy resistente como es sabido.

De estas puntas algunas llevan solamente un ojo, siendo de este número la pequeña aguja figura 69, lámina 25. Vense en ella grabadas dos pequeñas circunferencias con un punto en el centro; á cada lado y un poco debajo del ojo existen dos escotaduras. Es la única pieza de hueso que aparece un poco ornamentada.

Los instrumentos figurados en los números 47, 48, 49, 50 y 55 (Lám. 25) son de marfil. La extremidad opuesta á la del agujero, en lugar de ser puntiaguda, es más gruesa que la otra. Estos útiles están muy pulidos; acaso fueran agujas para hacer redecilla.

Los números 51, 52, 53, 54 y 56 son igualmente de marfil.

Hay también unos palitos de hueso, puntiagudos por sus dos extremos, que pudieran haber servido de anzuelos ó de puntas de flecha; están figurados con los número 95. Otros tienen la forma de cinceles (Figs. 70 á 74, lám. 25).

Señalemos también los colmillos de jabalí (Figs. 39, 40 y 41) y los botones de marfil (Fig. 44), formados por pirámides de base rectangular larga y estrecha; en esta base se han practicado dos agujeros convergentes